

A RAS DE SUELO

**IVÁN DARÍO JIMÉNEZ SÁNCHEZ
JIMMY FELIPE ÁLAVA GONZÁLEZ**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2016**

A RAS DE SUELO

**IVÁN DARÍO JIMÉNEZ SÁNCHEZ
JIMMY FELIPE ÁLAVA GONZÁLEZ**

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar el título de
Licenciados en Filosofía y Letras

Asesor:

Mg. GONZALO JIMÉNEZ MAHECHA

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2016**

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de los autores.”

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Firma del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, Agosto de 2016

A mis padres, Gabriela y Hernán, cuyo aporte ha sido la base, no solo experiencial sino también espiritual, para llegar hasta este punto, y a nuestro desaparecido amigo, Edison (Loro), quien en vida logró encontrar, en la sensatez y perspicacia de sus palabras, un relato siempre que contar.

A mí, madre, abuelo, hermano y demás familiares, que con su apoyo y sabias palabras, me llevaron día a día a proyectar mis metas.

AGRADECIMIENTOS

Los autores desean expresar su gratitud a:

La Universidad de Nariño, por haber abierto sus puertas a nuestros sueños.

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha, nuestro asesor, no solo por brindar sus vastos y experienciales conocimientos, sino por enseñar que el oficio de ser maestro no solo se ve reflejado en lo que se menciona, sino también en lo que se practica; su apoyo académico y la dedicación de su tiempo han sido aspectos relevantes para alcanzar este objetivo.

Nuestras familias, amigos y todos aquellos que han ofrecido su historia para realizar este trabajo, por ser el apoyo incondicional en la construcción de esta formación.

A Jairo Chaves Acosta, quien, con su aporte experiencial e infinidad de historias, ha sido un apoyo relevante en la construcción de este objetivo, pues sus conocimientos, no solo académicos sino vivenciales, han sido una arista importante que ha enriquecido la intención literaria de este trabajo.

A Martha González, mi madre, por su constante e incondicional, apoyo en todo este proceso.

A Diego Alexander, por haber plasmado, a través de la sutura de sus sentidos, la ilustración de algunos relatos.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	10
1. EL CAMINO HACIA EL RELATO	13
1.1 ORALIDAD Y VIDA COTIDIANA	17
1.2 LA NARRACION Y EL RELATO, COMO EJERCICIO DE ESCRITURA	20
1.3 LA NARRACIÓN COMO RECURSO PARA DESARROLLAR EL DISCURSO PEDAGÓGICO	22
BIBLIOGRAFÍA	27
2. A RAS DE SUELO	29

RESUMEN

A ras de suelo es un ejercicio literario hacia el encuentro con las libertades de la palabra, mezclado con el acto de la escucha y la creatividad, puesto en calles, parques, en la infinita tempestad de policromos parajes, etc. Desde un punto de vista educativo-literario, el trabajo contiene una arista concreta: conocer y desprender, de una serie de relatos, el aspecto de composición que posibilita: a través de estos elementos, poder darles una metamorfosis, que provoque en el lector la sensación de ser partícipe de cada quimera.

Se debe tener en cuenta, en el momento de escribirlos, no solo su estructura gramatical, sino el sentir de cada palabra emanada de esa variedad de voces, en el acto que permite retenerlos, la escucha, en compañía de variedad de factores, que facilitan su desarrollo. En cuanto a lo educativo, su intención se encamina a desarrollar la idea respecto a cómo, a través de la práctica del relato, una persona puede formarse como docente de filosofía o literatura, puesto que la palabra es la herramienta base para el pleno desempeño de esta labor, ya que, a través de ella, el saber se manifiesta en todo sentido, tanto académico como experiencial, por lo que este elemento da el paso a tener la oportunidad de conocer estas historias.

Palabras clave: Relato, Educación, Experiencia, Narración, Vida.

ABSTRACT

A ras del suelo is a literary exercise to the meeting with the freedoms of speech, mixed with the act of listening and creativity put into streets, parks, in the endless storm of polychrome landscapes, etc. From an educational-literary point of view, work has a particular edge: to meet and snap a series of stories from the aspect of composition that allows, through these elements, to give them a metamorphosis, which provoke in the reader feeling of being a participant in every chimera.

Authors must be aware, at the time of writing, not only their grammatical structure, but the feeling of every word emanating from that variety of voices in the act that allows retain, listening, accompanied by variety of factors, facilitators of development. The educational intention is aimed to develop the idea about how, through the practice of storytelling, a person can train as a teacher of philosophy or literature. Definitely, the word is the basic tool for the full performance of this work; through it, knowledge is manifested in every sense, both academic and experiential; so this element promotes the opportunity to know these stories.

Keywords: Education, Experience, Life, Story, Storytelling.

INTRODUCCIÓN

La creación de relatos emerge de la necesidad de poder expresar una diversidad de situaciones y experiencias que han sido parte tanto de la historia personal como de la tradición oral, lo que puede generar un efecto relevante en la sociedad pues, debido a ella, los saberes histórico-culturales se han podido conocer. A partir de este punto, se pretende, con la realización de este texto, llegar a desempeñar una labor como docentes de filosofía o de literatura, si se tiene en cuenta que este elemento, este paso esencial de la historia (el relato) forma parte del quehacer docente/disciente como tal, al igual que ocurre en la vida de todo ser humano, puesto que el acto de “relatar”, a través de la palabra, escrita y hablada, manifiesta una capacidad para ejercer de manera adecuada esta acción.

También, resulta pertinente decir que *A ras de suelo* es un ejercicio de investigación en la creación de una variedad de relatos, que pudieran llegar a ser herramienta básica para el desarrollo de la tarea de educadores, en el proceso de formación como docentes, pues la creación literaria no solo se debe supeditar a una conceptualización orientada hacia una alternativa en la búsqueda de verdades; también, se puede ver desde una perspectiva en la que emergiera una situación de cambio, como una válvula de escape a una forma de verdad; por el contrario, a partir de la creación y el uso constante de la realidad como recurso para el desarrollo de dicha creación, allí estriba la idea del manejo de un discurso, que deja un poco de lado el sujetar la palabra a una serie de preceptos, para darle precisamente la posibilidad de vislumbrar dicha válvula, que permitiera el paso a una lectura y escritura que precisase de una variedad de ilaciones, en el recurso a libertades que viabilizan la diferencia, en el momento de manejar ese discurso.

A ras del suelo no solo tiene, en su contenido escrito, los relatos mencionados; la idea lleva a tratar de encontrar una forma para que la carencia de lectura literaria, que se evidencia en el contexto, se redujese, en cierta medida, ya que, de modo infortunado, ha entrado a formar parte de la escolaridad; por el contrario, se trata de evidenciar el gusto por la lectura, ya que, en el ámbito pedagógico y este, a su vez, derivado de un espacio socio-cultural, el cultivo de la lectura literaria se ha venido perdiendo cada vez más y, con ello, se tiene en claro que el ser humano debería leer de manera más constante, pues su ejercicio promueve la posibilidad de abrirle el espacio a la imaginación y, por ende, a la apertura de dicha válvula.

Existen limitaciones que trastornan el paso a dicha apertura, vía o alternativa (como se quisiera llamar), como el uso intenso de algunos de los sistemas tecnológicos vinculados con la comunicación, la impertinencia de algunos medios en el momento de hablar sobre educación; en fin, la forma cómo se ha ido formando una idiosincrasia alejada del ejercicio lector y escritor, pero cuando se tiene acceso a dicha imaginación y

se puede recurrir a ella, debido básicamente a un buen hábito de lectura, se siente que la realidad puede llegar a ser más llevadera, al dar cabida a la creación, porque para que este proceso diera frutos siempre se debe llevar hacia la lectura como ámbito y ejercicio que permite la posibilidad de ser libres.

Vargas Llosa menciona:

Igual que escribir, leer es protestar contra las insuficiencias de la vida. Quien busca en la ficción lo que no tiene en la realidad, dice, sin necesidad de decirlo, ni siquiera saberlo, que la vida tal como es no nos basta para colmar nuestra sed en absoluto, fundamento de la condición humana y que debería ser mejor. Inventamos las ficciones para poder vivir de alguna manera las muchas vidas que quisiéramos tener cuando apenas disponemos de una.¹

Por esto, el inculcar un buen hábito, tanto de escritura como de lectura, brinda dicha posibilidad, al llevar a perfilar la posibilidad de asumir una actitud de crítica, que dejara de lado cierta tendencia hacia la sumisión que el ser humano tiene, precisamente por la carencia de estos dos elementos, con lo que se tiende a aumentar un indeseable conformismo ante lo que, dicen algunos, “nos toca vivir”:

Quienes dudan de que la lectura y la literatura, además de sumirnos en un sueño de belleza y libertad, nos alerta contra toda forma de opresión, pregúntense ¿por qué todos los regímenes, empeñados en controlar la conducta de los ciudadanos de la cuna a la tumba, le temen tanto, que establecen sistemas de censura para reprimirla y vigilan con tanta suspicacia a los escritores independientes? Lo hacen porque saben el riesgo que corren dejando que la imaginación discurra por los libros, lo sediciosas que se vuelven las ficciones cuando el lector corteja la libertad que las hace posibles.²

Ahora bien, este trabajo contiene, en su realización, el apoyo de referentes literarios, obras de creación narrativa, que han marcado un paso importante para encontrar el camino hacia el relato, lo que se ha compaginado con una labor de campo, en la que se ha recorrido una variedad de lugares y espacios, en los cuales se ha podido “con-versar” con las personas que han prestado su voz, para enriquecer una escucha y el aspecto epistemológico inherente para, de esta manera, fortalecer cada vez más el proceso mismo de escritura, al decir, de antemano, que esta actividad, como todo en la vida, contiene un proceso, que no se va desarrollando únicamente con el paso del tiempo, sino con un constante ejercicio de encuentro con la palabra, tanto desde cada uno mismo, como desde ese ser que camina, pausa sus ideas y les permite vivir en libertad, debido a la escritura.

Con una estructura, basada en la persistencia en el trabajo sobre un lenguaje y unas historias que, se espera, dejasen o produjeran en el lector un efecto que lo llevara a

¹ Mario Vargas Llosa. Elogio de la lectura y la ficción. Discurso Nobel. 7 diciembre de 2010, p. 5 [en línea].

² Vargas Llosa, *Op. cit.*, p. 7

despertar y desarrolla un prolongado hábito de lectura, de emprender viajes a través del espejo, de oír relatos musicales e historias que, al integrarse al texto, son más que partes o capítulos del trabajo, son la evidencia misma de que la literatura permite, como seres andantes en la variedad de senderos de la existencia, experimentar y explorar el mundo, o los mundos que cada uno lleva consigo, intrínseca y de manera palpable, o explícitamente, para darle el espacio necesario a la organización misma de una narración, sometida a algunos preceptos de carácter epistémico e imaginario.

1. EL CAMINO HACIA EL RELATO

El relato está presente en todos los tiempos, en todos los lugares, en todas las sociedades; el relato comienza con la historia misma de la humanidad; no hay ni ha habido jamás en parte alguna un pueblo sin relatos; todas las clases, todos los grupos humanos, tienen sus relatos y muy a menudo estos relatos son saboreados en común por hombres de cultura diversa e incluso opuesta; el relato se burla de la buena y de la mala literatura: internacional, trans-histórico, transcultural, el relato está allí, como la vida.

Roland Barthes

Existe, en el uso del lenguaje, un carácter particular, que permite, de manera práctica, tener acceso al saber, encontrado en un vaivén desde la antigüedad hasta la contemporaneidad, debido a marcadas diferencias culturales, saber que se difunde por medio de la tradición oral, que se encuentra referenciada por la diversidad de la palabra y, con ello, se desprende ese conocer a través del relato, que sustenta un concepto de proliferación en diversidad de contextos.

Hablar o definir el término “relato” pareciera un asunto trivial, pero al proveer una exégesis más a fondo, tiene, en su estructura, puesta en contexto, un nivel de complejidad; por ello, es en el lenguaje (hablado) y la lectura donde se utiliza como herramienta básica para el desarrollo de una buena comunicación, puesto que cada protagonista de las historias tiene, en la expresión de su sentir, un constante uso de estos dos elementos. Para un aspecto pedagógico, el lenguaje (hablado) y la lectura juegan ese papel importante para el desarrollo de un proceso de asimilación, creación-escritura y oralidad.

Este punto evidencia un sentido polisémico que deviene en el docente, en un constante sendero donde se asimila, con el paso de la experiencia, un concepto para desarrollar una visión acerca de lo que concierne a la lectura y el desarrollo del lenguaje (hablado); Larrosa dice:

Pensar la lectura como formación implica pensarla como una actividad que tiene que ver con la subjetividad del lector: no sólo con lo que el lector sabe sino con lo que es. Se trata de pensar la lectura como algo que nos forma (o nos de-forma o nos transforma), como algo que nos constituye o nos pone en cuestión en aquello que somos. La lectura, por tanto, no

es sólo un pasatiempo, un mecanismo de evasión del mundo real y del yo real. Y no se reduce tampoco a un medio para adquirir conocimientos.³

Consiste en enfocar el sentido de la docencia hacia encontrar y comprender “por qué y para qué” se es docente; decir que la palabra es un ser amorfo, que emana desde su más visceral sentido, hasta convertirse en su más alta entidad (lectura-escritura) es llegar al punto de tener la “virtud” o el “conocimiento”, en el que Sócrates basaba parte de su filosofía, para encontrar el desarrollo del ser como tal, para dar pie a un signo, donde “virtud” es palabra y “conocimiento” es su equilibrio. Al condensar esta serie de ideas, en el relato, quienes han prestado una parte de su espacio-tiempo brindan, mediante su voz, ese principio de experiencia que tras-toca la existencia de quien lo escucha y re-escribe esas voces, con la idea de provocar poli-sémicos sentidos en quien lee estos sucesos.

En el instante de re-escribir estos relatos, no solo es relevante su estructura gramatical, sino el sentir de cada palabra que emana de esa variedad de voces, en el acto base que permite retenerlos, la escucha, en compañía de una variedad de factores, que facilitan su presencia y desarrollo: un café, una noche tranquila o incluso la calma de un amanecer, engalanado por el inicio del día o el aroma dulce y a la vez tranquilo del humo de un cigarrillo, etc.

Hablar de oralidad, es referirse, o es intentar referir una dialéctica constructiva en pro de un saber, pues este contiene un carácter de difusión, en el que pierde parcialmente su hegemonía, para compartirlo con los demás por medio de este aspecto; no su hegemonía en el sentido de una validez, sino de una exégesis, que hiciera saber al otro la posibilidad que tiene como individuo de poder acceder a una construcción del conocimiento; para ello, entonces, requiere el relato, en un contexto educativo, la figura de “docente”, que se proyecta a través de la hegemonía de la palabra, aquel mínimo significativo en una corriente lingüística, pero que va mucho más allá de su sentido denotativo, pues la palabra afecta, destruye, nutre, mata y revive a quien toca, todo el saber incorpora su sentido en ella, lo que se evidencia en el papel del docente por el uso constante y fluido de este elemento, puesto en esa dialéctica con el otro, la difusión de conocimientos por medio de la escucha, la lectura y la escritura de unos relatos.

Darle un diáfano carácter educativo al texto, encaminado a desarrollar el sentido más evidente respecto a cómo, a través del relato, es posible formarse como docentes de filosofía o literatura, se refiere a la posibilidad de asimilar la palabra como herramienta base para el pleno y óptimo perfeccionamiento de esta labor; a través de ella, el saber se manifiesta en todo el sentido de su interpretación; no solo de forma académica, sino también experiencial y, precisamente, este elemento, la “experiencia”, da paso a tener la oportunidad de conocer algunas de estas historias, pues los viejos cercanos, o aquellos

³ Jorge Larrosa. Literatura, experiencia y formación, en: *La experiencia de la lectura*, p. 25-26.

rostros en ocasiones con cierto carácter de inefabilidad, que prestan su voz para relatar su historia, o quienes recorren las calles de la ciudad y han conocido un sinnúmero de sensaciones, proporcionan sus aportes experienciales para la construcción de este trabajo, todo debido al entorno del encuentro con la palabra.

Se es ese extranjero que, desde una posición imparcial, retiene en su ser aquellas historias, cuyo sentido subjetivo se incluye quizá en la añoranza de un pasado, tal vez en un par de hojas de calendario; se actúa como destinatarios de aquellos relatos, de la historia como una sucesión de acciones que han ocurrido a lo largo del tiempo, que sería insulsa sin el complemento de quien organiza y narra dichas acciones, para tener la oportunidad de ingresar en un mundo imaginario, desde donde cada autor relata la historia, al comprender que la difusión del saber tiene más que una connotación académica, un aspecto aún más relevante, una sensación experiencial, que empalma a quien relata con aquel que escucha, para formar así una sucesión de hechos narrados, los que, al organizarse desde una perspectiva literaria, constituyen una diversidad de historias.

Constituye una re-consideración de aquellos personajes anónimos, que se encuentran en toda la policromía de un contexto, olvidados quizás por su propio entorno, pero que, a través de la palabra, vuelven a re-construirse, cuando aportan con su relato un saber de vida, que se debe compartir a través de otra voz, orientada hacia un contexto educativo, no solamente limitado al espacio de un aula de clase, movido más bien hacia un encuentro con la diversidad de la palabra, compartida con el otro.

Este encuentro con diversos personajes pone de manifiesto una parcialización del lenguaje que, aunque contuviera preceptos que no dan lugar a refutaciones, posee un carácter de fragmentación; es decir, con el uso de un lenguaje coloquial, popular, que evade de alguna manera los cultismos, con la inclusión de ciertos eufemismos, que le brindan a los textos un matiz diferencial, a su contenido, un sentido (poli)-funcional, el relato deja en sí esa brecha entre el mundo “real” y la “imaginación”, le da, a veces, un sentido literario al hecho, aunque sonase trivial, para intentar escribir y dar rienda suelta a la imaginación.

Es una lectura, que difiere de la realidad en la que se vive, en un ámbito educativo, se aprende a escuchar, se deja la arcaica idea del docente instalado como figura hegemónica, que “imparte saberes”, pero no aporta experiencias; por el contrario, con la práctica de este ejercicio de investigación, se trata de ahondar en un cambio epistémico, que se intenta aplicar, para re-formar al otro, por medio de su expresión oral, con utilización, como elemento básico, para dicha labor, de la escucha de estas historias, porque entre más se tuviera el desarrollo de este sentido, la faena como docentes se hará más a cabalidad y su desenvolvimiento alcanzará una mayor diafanidad.

Se trata de dejar en claro que, por medio de los relatos, la palabra cobra una experiencia de vida en la voz de estos personajes; se quiere, entonces, ahondar en un elemento, básico de manera equitativa a ella, que tiene un evidente sentido de carencia en el contexto actual, sobremanera en el educativo, ya que la formación de cualquier persona, más aun de un docente, se centra en el desarrollo de una buena escucha, una lectura y, por ende, un buen empleo de la escritura, una amplitud léxico-lingüística que le brinda forma al desarrollo de este aspecto, al evidenciar, a través de una variedad de situaciones, que se encuentran en una constante decadencia en muchos institutos y establecimientos académicos; con la incisiva y marginal llegada de la tecnología, han adquirido un carácter complejo en el instante de dar constancia de estos procesos, que no solo traen beneficios al desarrollo mental e intelectual, sino también a la comprensión clara de lo que rodea a las personas; por ello, no solo la metamorfosis de estos relatos y la formación como docentes son las principales aristas del trabajo, sino el ahondar en que el estudiante desarrollase estos campos, para seguir con la idea de un cambio epistemológico.

Estos objetivos tienen, para su desarrollo, una ayuda básica con el conocimiento de relatos y de un proceso de creación-investigación acerca de cómo escribirlos, estrategias metodológicas que se han obtenido de fuentes y referentes literarios, grandes obras y reconocidas historias que, con su aporte al saber universal, han dado pie para que no solo se conociera todo tipo de hechos, puesto que son la arista para definir un aspecto como tal, sino la búsqueda de un estilo propio de escritura, una constante lucha con ese otro interno que pide vorazmente salir a flor de piel; un estilo en el que no se destaque el seguimiento de una ideología filosófica o literaria, sino una forma de escritura que llevase a una buena manera de compartir saberes, en el momento de desenvolverse como docentes en un determinado contexto educativo.

Mediante el relato, que significa una organización de hechos, que devienen en un sentido subjetivo proyectado hacia una objetividad aplicada en los campos pedagógicos, se establece esa dialéctica necesaria para que, en el recorrido de este desarrollo como docentes, se pueda ir formando, cada vez más, esa relación de dicotomía con el otro, para la construcción de experiencias, con un fin formativo y práctico, que se evidencia en el empleo de estos tres aspectos: la escucha y la lectura, proyectados hacia la escritura, lo que fortalece la responsabilidad ética y moral, con esa particularidad que difiere de cada propio ser.

Es una “comunicación con sentido”, donde se da espacio a ese lenguaje que difiere de formalismos lingüísticos, al poner en escape el significado de un lenguaje que fuera en otra dirección, pero orientado a la misma intención, que va de la mano con la idea de encontrar un “mundo posible”, que facilitase un cambio epistemológico, una distinta manera de concebir el lenguaje común y tradicional, al enriquecerlo mediante una

proyección que lo ubicase fuera de la cotidianidad y plantear diferentes ópticas acerca de las historias que se pudieran escuchar; se trata de dejar una evidencia de que historias y hechos reales se pueden transformar, pueden tener una connotación distinta, para ser un punto relevante que permitiera seguir por la línea de investigación en cuanto a la creación de textos literarios y narrativos, en un aporte que posibilitara entender cómo la narrativa abre una variedad de canales para la utilización de las historias que se quieren conocer, lo que admite visualizar el sendero pedagógico en pro de una “transformación” literaria.

1.1 ORALIDAD Y VIDA COTIDIANA

Hablar de tradición oral y cotidianidad es adentrarse en un espacio donde juega un papel relevante la concepción de la historia, tejida a través de la palabra, su promulgación y difusión, para la formación de las esferas populares sociales; adueñarse de un carácter epistémico que da paso a una escala, donde el conocimiento va desarrollándose con el tiempo, de generación en generación, hasta el punto de que los saberes pasasen a manos de quien menos se lo espera.

La presencia de la tradición oral tiene su significado en ese carácter de popular y la no exigencia de un cierto nivel académico; para llegar a su máxima expresión, el contar, el relatar, el comentar, no hacen parte de un andamiaje culto; basta solo con tener esa capacidad y manejo de la palabra, para propiciar una persuasión epistémica; para entender el aspecto de la tradición oral, el universo de lo hablado permite su acceso a través de tener en cuenta el amplio sentido que contiene; la oralidad no solo se ve proyectada en los grandes diálogos y eminentes discursos literarios; se ve, igualmente, evidenciada en la más ínfima de sus expresiones, con un carácter discursivo más elemental, al que se accede en todo tipo de contexto.

Con la idea de contar y compartir experiencias, donde la educación pasa por una dicotomía procesual entre lo vertical y lo horizontal, lo primero enfocado hacia relatar una experiencia desde su inicio hasta su contemporaneidad y, lo segundo, que fuese de un sujeto a otro, que rompiese ese paradigma y ese canon epistémico, en el que la figura del docente se ve tomada como la de ese alguien que, en el ejercicio de su hegemonía, no da presencia cabal a una horizontalidad, sino solo a la verticalidad del saber, que margina la figura del otro. Al ser así, la tradición oral y la vida cotidiana se encuentran inevitablemente cohesionadas para su óptimo funcionamiento; basta con visualizar que la gran parte de los saberes, académicos o ancestrales, se manifiestan a través de una gran variedad de canales orales.

De esta manera, se conservan las manifestaciones orales, en su carácter más primario, relacionadas con grandes y relevantes acontecimientos históricos, político-sociales,

populares, que pueden llegar a tener, en su manifestación literaria, ese carácter de notoriedad, pues su difusión se ha producido en pro de una viva proliferación, evidenciada debido a la expresión del saber por medio de la palabra, en ese vaivén de existencia espacio-temporal.

La tradicional oral, en la cotidianidad, se expresa a través del relato, en el esplendor de su minuciosidad, para referirse a detalles relevantes que le dan vida a dicha palabra hablada, en historias mínimas, ínfimas en su estructura gramatical, pero que proyectan un carácter inigualable, el desarrollo de un sentir popular donde el relato perpetúa una visión del mundo, a través de la fantasía, las quimeras, las alegorías y demás. Cada elemento, cada parte, cada palabra, componen el sentido de la historia puesta en el acto de narrar, lo que entra en un juego de espacio-tiempo, que establece parámetros académicos, extraacadémicos y humanos, en la relación epistémica entre el docente y el estudiante, el narrador y el destinatario.

El relato es la clásica, plácida y completa expresión popular de los quehaceres del ser humano en el espacio de su cotidianidad; hablar de oralidad es viajar, conocer, sentir, imaginar la vida, desde una perspectiva fuera de un ilustrado discurso, tatuado en la hoja de papel; hablar de oralidad es ejercer la libertad de expresión a través de una metamorfosis de lo amorfo. Por ello, en las sociedades urbanas la tradición oral y el relato de la vida cotidiana, sostienen un carácter de veracidad en relación con los recuerdos de una comunidad, las subjetividades sobre hechos que han marcado una objetividad, las tradiciones, los cuentos, las leyendas, los mitos, las ideologías, etc., lo que se ha posibilitado, en un aspecto popular, debido a la palabra hablada.

Al difundir y conservar algunas ideas, pensamientos disidentes, para dar forma a una diversidad, debido a la manifestación de la palabra a través del relato, se permite complementar y dar un equilibrio a dicha diversidad, lo que otorga una imagen que identifica al pueblo y a un precepto de cultura, con la manifestación de una pluralidad de infinitas perspectivas, que se encaminan al encuentro con diferencias cognoscitivas, que re-forman un concepto epistémico-objetivo, el que, en un aspecto pedagógico-educativo, ejerce su hegemonía vertical, la expresión de la palabra en favor de un cambio que concierne a una visión desde la diferencia, en contextos pedagógicos e institucionales.

A través de la palabra hablada, se difunde y enseña una diversidad de saberes, que conforman una cultura, puesto que el ser humano conoce y llega al aprendizaje de su lenguaje, de su cultura y la construcción de ambos elementos, a través de la conformación de una dialéctica (desde la perspectiva socrática, donde se manifiesta que el saber se construye a través de la opinión del otro, como ser que reconoce su propia ignorancia). Manifestada por medio del lenguaje y el habla:

La lengua no se confunde con el lenguaje, ella no es más que una determinada parte del lenguaje, aunque esencial. Es, a la vez, producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos.⁴

Se considera, entonces, que la existencia de estos dos elementos es de suma relevancia para la oralidad, hechos que se manifiestan solo a través de ella; es decir, una dialéctica que propone la expansión de saberes académicos y tradicionales.

La docencia, como ejercicio pedagógico y dialéctico, evidencia la naturaleza de este andamiaje académico y humano, puesto que, en la práctica, como bien se sabe, debe verse como tal una aprehensión de estos saberes; a través de la acción coercitiva del lenguaje, los seres humanos tienen la capacidad de moldear el pensamiento, tanto desde la particularidad, hasta una generalidad; las reflexiones, acciones y todo tipo de acontecimientos, ven puesto su reflejo en la acción que ejerce el lenguaje; por ende, la manera como se ve y se vive en el mundo se sujeta a este aspecto, en todas sus significaciones.

El relato hace parte evidente de la cotidianidad; la palabra hablada siempre genera el conocimiento en la variedad de sus expresiones, originando una dialéctica practicada a través de una didáctica, donde el lenguaje se manifiesta más allá de sus componentes formales, lingüísticos, para dar cabida a su exégesis, con una intención de que se pudiera entrar en un proceso investigativo, que desatase la imaginación del lector. En sus relaciones con la educación, el aprovechamiento de la oralidad puede constituirse en una investigación de campo, que abre nuevas relaciones entre el salón, la escritura de la historia y la historia oral tradicional de la cotidianidad, no solo enfocada hacia lo pedagógico, sino también en perspectiva de la parte investigativa. A partir de la recuperación de la memoria individual, los estudiantes participan activamente de la construcción colectiva de un pasado cercano.

Porque la comunicación verbal (oralidad) debe tener una atención especial, el lenguaje puesto en contexto, y ello logrado a través de los relatos, es una herramienta básica para la realización de un proceso epistémico-pedagógico, que conlleva la permanente formación del docente, y no solamente de ello, sino también del ser humano como parte activa de un proceso de desenvolvimiento político-social. De la continua práctica de la palabra hablada (oralidad) depende la supervivencia de las tradiciones y, por ende, la pluralidad de epistemologías, educativas, literarias, filosóficas, artísticas, musicales, sociales, etc., para estrechar con ello lazos sociales, estructuras emocionales y muchas remembranzas que sostienen la idiosincrasia de una comunidad lingüística, que es el cimiento de la vida de muchos seres humanos, ya que si la oralidad llegase a

⁴ Fabio Daniel Dandrea. La influencia de Durkheim en la teoría del lenguaje de Ferdinand de Saussure [en línea].

desaparecer, con la evidente y marginal implementación de la tecnología, el lenguaje pasaría a ser un estado de letargo que, a la larga, tendría una intención, la de “difundir” conocimiento, a través de conceptos, pero el sentido mismo de la enseñanza se vería reducido a una lectura superficial, que deja de lado la labor del docente, como fuente que brinda saberes, comparte ideas y relata experiencias, por medio de la palabra hablada.

1.2 LA NARRACIÓN Y EL RELATO, COMO EJERCICIO DE ESCRITURA

La lectura y escritura de relatos lleva a adquirir una relación de participación, fraterna, entre el autor y el lector, ya que la literatura juega un papel de mediadora, pues asume la figura que posibilita diferentes y diáfanos perspectivas del contexto, modificadas con la alteridad, para complementar una vitalidad, por medio de la creatividad, que le permitiera al ser humano facilitar partes que son fundamentales para su desarrollo social: una grata interacción, una clara comunicación, etc.

Todos los seres humanos poseen, en sus esquemas mentales y sociales, la habilidad de relatar, con el manejo de códigos y estructuras lingüísticas, que permiten la interacción social, desde el simple manejo de la palabra, hasta la más compleja de sus interpretaciones (el lenguaje figurado en aspectos literarios, filosóficos, artísticos, etc.) que posibilita un arduo andamiaje cultural; el relato y la narración, como ejercicio de escritura, se basa en el manejo de un discurso que evoca saberes y difunde experiencias, puesto que estas dos esferas mantienen una relación de co-fraternidad a la hora de su exégesis; pues bien, hablar de narración y relatos es remitirse fundamentalmente a entender el mundo a través de una interacción epistémica, evidenciada debido a la expansión de experiencias, del narrador que, en su práctica, adentra al lector o al oyente hacia su mundo, lo que provoca una pluralidad de sensaciones y estados emocionales, que lo afectan en su fuero interno:

La experiencia que se transmite de boca en boca es la fuente de la que se han servido todos los narradores. Y los grandes, de entre los que registraron historias por escrito, son aquellos que menos se apartan, en sus textos, del contar de los numerosos narradores anónimos.⁵

Debido a la proliferación del relato, se ha posibilitado evidenciar nuevas formas de ver el mundo; con ello, la inclusión de manifestaciones escritas, de hechos y experiencias, que hacen parte de una comunidad lingüística, que determina su rol dentro de la sociedad; la narración y el relato, como ejercicio de escritura, le permiten, al que se encuentra en un proceso de escritura-lectura, tener una visión más amplia de lo que concierne al empleo de este ejercicio, puesto que su investigación y la práctica componen, de forma concisa, la base para una difusión de una labor pedagógica, en este

⁵ Walter Benjamín. *El narrador*. Trad. Roberto Blatt. Madrid: Taurus, 1991, cap. II.

caso la docencia. Esto lleva a entender cómo el docente tiene la capacidad, gracias a la praxis escrita, de poder difundir y brindar conocimientos concernientes a las esferas literarias, el manejo de una retórica y oratoria, que le permite establecer esa relación sujeto-sujeto, que provoca una reciprocidad epistémica con el estudiante, incluso al encontrar su fuente, fuera de un contexto de aula, por la pluralidad de espacios, lo que fortalece esta aptitud, que corrobora que este ejercicio escritor-lector produjese un estado de visión, desde la diferencia, para una re-forma del concepto de educación.

En la cotidianidad y su uso del lenguaje, el ser humano tiene la evidente facultad de moldear o modificar la palabra hablada (oralidad) a través de la imaginación, donde los preceptos teórico-lingüísticos se ven alterados en su estructura gramatical, para dar paso a una serie de libertades que se proyectan desde lo particular hacia lo universal, en invenciones literarias que, en una acción libre, permiten el acceso al desarrollo de ese proceso de investigación escritor-lector. Así, entonces, el relato conforma esa acción, en un proceso de formación pedagógica, que brinda diversos saberes, fuera de los cánones educativos.

La lectura y escritura, más allá de su nivel denotativo, permiten, a quien recurre a ellas, esa capacidad de entrar en una dicotomía de juego con el lenguaje; el ejercicio de escritura pone de manifiesto la pluralidad de estados que se plasman en la palabra escrita; la oralidad deviene alteraciones, erróneas, dígame, de alguna forma, tanto en sus preceptos gramaticales, pero, en el instante de hacer un ejercicio de escritura, se revela realmente cómo este proceso escritor-lector ha provocado o no un resultado satisfactorio, donde su lector determina, estéticamente hablando, la evidencia de dicho proceso, por lo que, en el momento de ampliar el sentido de la escucha, la acción de la lectura y la praxis de la escritura, se encuentra esa función transversal que compone el acto de elaborar relatos y darles un tipo de narración:

Una persona que no es capaz de ponerse a la escucha ha cancelado su potencial de formación y transformación.⁶

Este es un ejercicio básico, en el que se evidencia una comunicación con sentido; en el instante mismo en que se realiza una interpretación clave de esta facultad que todo ser humano tiene, la escucha, se facilita, a través del relato, su desarrollo. Hablar de la narración y el relato como un ejercicio que cala la escritura y la lectura, lleva a evidenciar que el papel del docente no solo se ve supeditado a los estándares curriculares de un modelo objetivo-epistémico, porque la constante acción de leer y escribir es la base para el desarrollo de este papel, una puesta en escena, dígame, de alguna manera, del lenguaje, en la diversidad de contextos educativos en los que se desempeña el docente como tal. Se trata de ser oportuno en el momento de ejercer este

⁶ Larrosa, *Op. cit.*, p. 29.

oficio, el relato y la narración como parte de un proceso de escritura, que deja repercusiones positivas en el instante de explorar este campo educativo.

El leer y escribir relatos, como ejercicio pedagógico, abre una senda a nuevas sensaciones, nuevas experiencias; se transita por una constante “ceguedad”, al entrar en contacto con cada fragmento, con cada paso, con cada descubrimiento, con el proceso de escritura en sí; es una forma alterna y enriquecedora de lograr una aproximación con el mundo, a través del desarrollo de la oralidad y la escritura.

1.3 LA NARRACIÓN COMO RECURSO PARA DESARROLLAR EL DISCURSO PEDAGÓGICO

Existe la posibilidad de entrar en una dicotomía epistemológica; en este punto, o por así decirlo, en una confrontación ideológica; en sí, el sentido de esta parte del trabajo se ve concretada en una interrogante: ¿Cómo puede la narración, ser partícipe del desarrollo del discurso pedagógico?

La narración, como acto primero de la posibilidad de acceder a todo tipo de saberes, ya fuesen académicos, racionales, empíricos, etc., parte desde un horizonte curricular; es decir, es parte de la proliferación de la palabra, expresada a través de diversidad de contextos educativos; por tanto, se la toma como una herramienta, más que un recurso, para el óptimo desarrollo de un discurso pedagógico; en el desarrollo del humanismo, con la llegada de ideologías como el empirismo y el racionalismo, se evidencia una confrontación entre cómo se accede de mejor manera a un conocimiento determinado, si son las ideas innatas quienes promueven los saberes o es en la experiencia, donde el conocimiento alcanza su apogeo, con el fin de encontrar una verdad.

Al apelar a esto, se realiza un enfoque hacia una exégesis de estos dos aspectos, para argumentar que tanto los discursos pedagógicos (lo racional, entendido desde un formalismo epistémico) como el acto de narrar (que otorga una arista hacia el punto de la experiencia, lo que significa el desarrollo de la escucha), forman un híbrido, en el momento de desarrollar una labor objetiva-epistémica, de la que se encarga el docente de Filosofía o de Literatura.

En general, la epistemología contiene, en la sombra de sus formalidades, tres aspectos fundamentales, que promueven el desarrollo del discurso pedagógico: la lectura, la escucha y la escritura, para entenderlos como aquella base primera para el pleno desempeño de la labor docente.

Indagar, investigar y descubrir alternativas de llegar hasta el saber es la propuesta que se plantea en el texto; darle cabida en un espacio literario, a través de una estética del lenguaje, al acto de narrar, lo que denota la amplitud de saberes, tanto desde lo formal-

epistémico, hasta lo experiencial, con lo que se desenvuelve una relación de subjetividad en un espacio de reciprocidad; el discurso deja de contener un carácter de totalidad formal, para convertirse en algo que promueve la imaginación, la creatividad, la volatilidad de ideas, una discursividad sin condiciones formales, una educación orientada a la configuración de una visión más allá de un concepto que llevase a entender al estudiante como destinatario trivial de conceptos; la narración abre una constante grieta en la diversidad de pensamientos, con el fin de crear, transformar, respirar nuevos horizontes, despertar un ímpetu polícromo, que llevase a entender el discurso pedagógico desde un punto de con-versación.

Foucault señala:

No querría tener que entrar en este orden azaroso del discurso; no querría tener relación con cuanto hay en él de tajante y decisivo; querría que me rodeara como una transparencia apacible, profunda, indefinidamente abierta, en la que otros respondieran a mi espera, y de la que brotaran las verdades, una a una; yo no tendría más que dejarme arrastrar, en él y por él, como algo abandonado, flotante y dichoso.⁷

Para llegar a este punto, a encontrar esa diferencia en el desarrollo del discurso pedagógico, es necesario entender que el manejo de la persuasión se debe realizar a partir de un constante desarrollo de estos tres aspectos: no solo se trata de escuchar, leer o escribir, también se trata de enfocar un sentido mucho más vasto en referencia a ellos.

El discurso pedagógico basa sus preceptos en el desarrollo de una plena intersubjetividad, en la que el saber se ve proyectado a través de este elemento; la escuela, como parte de este desarrollo, juega un papel relevante en este contexto; a través de la Historia, se la ha entendido, como aquel espacio rutinario en el que el lenguaje toma la variabilidad de sus formas para expresar todo tipo de saberes, conocimientos, competencias y habilidades que promueven el desarrollo ético e intelectual del individuo, con el fin de que pudiera desempeñar un papel en su contexto social y, para que esto se llevase a cabo, se implementa, entonces, el discurso pedagógico, pero ¿qué se entiende por esto?

Se dice que los sofistas tenían la capacidad intelectual y experiencial de asumir el manejo de una retórica, evidente ante quienes los escuchaban; se jactaban de afirmar que en la proliferación de su discurso se encontraba la verdad; un discurso empleado con el fin de persuadir al otro, acerca de lo que se está afirmando, más que como desarrollo, como una imposición de saberes, frente a una situación determinada; Sócrates, en cambio, comienza a manejar la retórica y la palabra como forma clara de una tentativa por encontrar la verdad por sí mismo, sin que su discurso fuera algo que se

⁷ Michel Foucault. *El orden del discurso*. [Trad. Alberto González Troyano. Buenos Aires: Tusquets, 1992; en línea], p. 4.

sobrepusiera al otro; sí, en cambio, a través de una oralidad (palabra hablada, narrada); es decir, el desarrollo de una dialéctica, que permitiera el acceso al saber, de una manera crítica y que construyera una autonomía ideológica. Se trata, entonces, de entender que, a partir de la narración, acción permanente del desarrollo del discurso, se constituye una intertextualidad de saberes; allí el acto de narrar es partícipe de esta acción, porque dichos saberes, en la mayoría de contextos, ven el reflejo de su objeto en la manifestación de la palabra escrita.

La escuela, como parte elemental de este desarrollo, tiene como fin fragmentar la totalidad de este tipo de discurso; la pedagogía, como ciencia que estudia las formalidades de la educación, da vía para las eventuales circunstancias que se han generado a través de la Historia; desde la época clásica, hasta los días actuales, el arte de narrar siempre ha estado sometido al desarrollo de este discurso, al sobrevenir las formalidades de su estructura. La legitimación de la palabra se ve de manera concreta en el discurso. Al transformar los preceptos históricos, debido a la cambiante y llamativa forma de la palabra, los procesos educativos reposan su base precisamente en el papel que juega este aspecto.

La narración, como herramienta para el desarrollo de este discurso, genera el constante descubrimiento de una relación epistémica entre quien produce el discurso y quien lo escucha; el docente, como figura que representa la intertextualidad, se ve en el papel de desarrollar un discurso pedagógico, que remite no solo a la difusión del saber, sino a encontrar las vías que más convienen para la práctica que debe ejercer el estudiante con ese saber, en un persistente desarrollo de un acto de persuasión, con la palabra hablada o la narración.

Debido a que la escuela se ha caracterizado y determinado como la institución en la que reposan las bases culturales que legitiman el orden de un discurso, a través de los saberes, que enmarcan la transformación de las relaciones del individuo con su entorno social, se resalta, de forma precisa, que la narración hace parte inherente de la transformación de dichas relaciones, en una organización que delimita las diferentes formas del saber a los individuos, que ubica el desarrollo de las relaciones tanto con el conocimiento, como con el entorno social.

Así, este trabajo contiene una propuesta de escritura encaminada al encuentro con las libertades de la palabra, mezclada con el acto enriquecedor de la escucha y la creatividad, puestas en las calles, en los parques, en la infinita tempestad de policromos parajes que engalanan de manera constante la ciudad.

Desde una perspectiva educativa y literaria, *A ras de suelo* plantea un significado puesto en una arista concreta, el conocer y desprender, en una serie de historias, el elemento que, como composición, posibilita dar el paso necesario para que algunos relatos,

expresados a través de voces sin rostro, tuvieran una metamorfosis, que provocase en el lector la sensación de ser partícipe de la quimera, contada quizá a través de la evocación de un pasado, un sueño, una canción, incluso de instantes que marcan la huella de un presente, que le podría dar sentido a un futuro.

El protagonista de cada relato se encuentra atado a aquel paraje de cemento, cual infinita e innovadora extensión de sus calles, con la hermosura de sus añejos lugares y la enajenación de su día a día, que le ha permitido retomar aquellas palabras en forma de historias, muchas quizá, pero una que pudiera evocarse: de viajes a través del espejo, donde la estética de un recuento, con el corazón, o de repente con sentimientos, permite el viaje hacia la reminiscencia de historias sin fin, sueños traídos hacia el presente, por medio de la palabra, en compañía de la noche, como un efecto que provoca la fluidez verbal y sonora, que permite el conocer dichas historias.

Se debe tener en cuenta que, en el momento de escribir estos relatos, no solo se ha incluido su estructura gramatical, sino el sentir de cada palabra surgida de esa variedad de voces, en el acto base que permite retenerlos, la escucha, en compañía de una variedad de factores, que facilitan su presencia y su desarrollo: un café, una noche tranquila o incluso la calma de un amanecer, engalanado por el inicio del día o el aroma dulce y, a la vez, tranquilo del humo de un cigarrillo, etc.

En cuanto a la intención educativa que se tiene con este trabajo, se encamina a proponer en la forma más clara cómo, a través del relato, es posible formarse como docentes de filosofía o de literatura, puesto que la palabra es la herramienta base para el pleno y óptimo perfeccionamiento de esta labor, puesto que, a través de ella, el conocimiento se manifiesta en todo el sentido de su interpretación, no solo de forma académica, sino también experiencial, y precisamente este elemento, la “experiencia”, da paso a tener la oportunidad de conocer estas historias, pues los viejos, el buen vecino que presta su voz para relatar su historia, o simplemente aquel que recorre las calles de la ciudad y ha conocido un sinnúmero de sensaciones, ellos brindan su experiencia para el alcance del objetivo de este trabajo, todo debido, como se lo ha mencionado antes, a la palabra.

El trabajo se desarrolla con un objetivo más, pues, a través de los relatos, la palabra y la experiencia de vida de estos personajes, se quiere ahondar en un elemento, básico de manera equitativa a la palabra, que tiene un evidente sentido de carencia en el contexto actual, y más aún en el educativo, la lectura, ya que se encuentra en decadencia en muchos institutos y establecimientos académicos; con la evidente y marginal llegada de la tecnología, se ha tornado difícil desarrollar este hábito, que no solo es bueno para el desarrollo mental e intelectual, sino también para la comprensión clara de lo que rodea a las personas; por ello, entonces, no solo la metamorfosis de estos relatos y la formación como docentes son las principales aristas del trabajo, sino el ahondar en que el

estudiante desarrolle el buen hábito de la lectura, que, sin duda, es un logro más que se desea alcanzar.

Estos objetivos tienen, para su desarrollo, una ayuda básica, el conocimiento de relatos y la forma de escribirlos, relatos que se han extraído de fuentes y referentes literarios, grandes obras y reconocidas historias que, con su aporte a la literatura universal, han dado pie para que no solo se conociera y se sintiera todo tipo de relatos; han sido la arista para definir un aspecto como tal: la búsqueda de un estilo propio de escritura, una constante lucha con ese yo interno que pide vorazmente salir a flor de piel, un estilo en el que no se destacase el seguimiento de una ideología filosófica o literaria, sino una forma de escritura que llevase a una buena forma de compartir saberes, en el instante de desenvolverse como docentes en un determinado contexto educativo.

BIBLIOGRAFÍA

ARCINIEGAS MEJÍA, Albeiro. *Ocho historias etnoliterarias*. Pasto: Universidad de Nariño, 2010. (Trabajo de Investigación, Maestría en Etnoliteratura, Inédito).

BARTHES, Roland. *El susurro del Lenguaje*. Buenos Aires: Paidós, 1994.

BARTHES, Roland. Introducción al análisis estructural de los relatos. En: BARTHES, Roland *et al. Análisis estructural del relato*. [Traducción Beatriz Dorriots. Buenos Aires: Tiempo contemporáneo, 1970]. Recuperado de: <https://clea.edu.mx/biblioteca/Barthes%20Roland%20-%20Anlisis%20Estructural%20Del%20Relato.pdf>

BENJAMIN, Walter. *El narrador*. Trad. Roberto Blatt. Madrid: Taurus, 1991.

BERTAUX, Daniel. Los relatos de vida en el análisis social. Recuperado de: <http://www.cholonautas.edu.pe/memoria/bertaux4.pdf>

BLANCHOT, Maurice. *El espacio literario*. Buenos Aires: Paidós, 1969.

CAMUS, Albert. *El extranjero*. Madrid: Alianza/Emecé, 2003.

CORNEJO, Marcela; MENDOZA, Francisca y ROJAS, Rodrigo C. La investigación con relatos de vida: Pistas y opciones del diseño metodológico. [*Psyke*. Vol. 17, No. 1; 2008; p. 29-39]. Recuperado de: <http://www.scielo.cl/pdf/psykhe/v17n1/art04.pdf>

DANDREA, Fabio Daniel. La influencia de Durkheim en la teoría del lenguaje de Ferdinand de Saussure. Recuperado de: <http://www.unrc.edu.ar/publicar/borradores/Vol7/pdf/La%20influencia%20de%20Durkheim%20en%20la%20teoria%20del%20lenguaje%20de%20Ferdinand%20de%20Saussure.pdf>

FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso*. [Trad. Alberto González Troyano. Buenos Aires: Tusquets, 1992]. Recuperado de: <http://www.uruguaypiensa.org.uy/imgnoticias/680.pdf>.

GENETTE, Gérard. El discurso del relato. Ensayo de método (orden, duración, frecuencia, modo), en: *Figuras III*. [Trad. Narciso Costa Ros. París: Éditions du Seuil, 1972]. Disponible en: <https://cortazarygenette.files.wordpress.com/2010/06/discurso-del-relato.pdf>

LARROSA, Jorge. Literatura, experiencia y formación. En: *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México: FCE, 2003.

LARROSA, Jorge. *La experiencia de la lectura*. México: FCE, 2003.

MONTOYA, Víctor. La tradición oral latinoamericana. Recuperado de: http://www.cuatrogatos.org/docs/articulos/articulos_189.pdf

SARAMAGO, José. *Ensayo sobre la ceguera*. Bogotá: Santillana, 1995.

SARAMAGO José. *Caín*. Madrid: Alfaguara, 2009

SARAMAGO José. *Las intermitencias de la muerte*. Madrid: Alfaguara, 2005.

Sobre el proceso de escritura y la escritura como proceso, en:
<http://escrituracreativa08.blogspot.com.label/RECURSOS-Sobre%20el%20proceso%20de%20escritura>

SUSKIND, Patrick: *El perfume*. Madrid: Penguin Books, 1985

VARGAS LLOSA, Mario. Elogio de la lectura y la ficción. Discurso Nobel. 7 diciembre de 2010. Recuperado de:
https://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/2010/vargas_llosa-lecture_s p.pdf

ZAMUDIO CADENA, Diana Emilce. *Al caminar (relatos)*. Pasto: Universidad de Nariño, 2009. (Trabajo de Grado, Lic. en Filosofía y Letras, inédito).

A RAS DE SUELO

GRIETAS EN EL CAMINO

Corrían, de forma acelerada, los tiempos en que la sangre y el orgullo ideológico se derramaba como líquido blanco sobre la mesa de centro, en un hogar donde las

costumbres siempre primaban sobre los deseos; por ello y por decisión de romper esas costumbres, el hombre decidió, a una corta edad, desplegar sus ideales y marchar hacia un desconcertante destino, pues las horas, los días, los paisajes, su ropa y el poco dinero que llevaba entre sus viejos pantalones, eran, además de extraños, a blanco y negro, o ¿negro y blanco? Bueno, al final, la mezcla de matices tomaría un rumbo diferente al conocer a una bella y prodigiosa dama.

Renunciar a la imposición ideológica, en esos tiempos cuando corrían las sometidas libertades, no era algo sencillo; mientras su padre departía en los sitios más reconocidos del pueblo, acompañado del dulce y venenoso elíxir que retrasa el movimiento corpóreo, pero extiende el lenguaje hacia mundos desconocidos, él era el encargado de una misión importante: llevarle el abrigo; de lo contrario, las consecuencias podrían ser desagradables en casa.

Con todo esto, él decidió, como ya se dijo, emprender su camino hacia lo incierto, pues era preferible estar a la deriva de un sombrío, o a lo mejor de un cálido, paraje, que estar “seguro” dentro de una trampa; era un acertijo que tendría que resolver. Cedió ante sus impulsos, unió paso a paso sus ideales y salió de casa, un cinco de agosto de mil novecientos cincuenta y ocho; a esa corta edad, el camino parecía sin fin, el movimiento de sus piernas era intermitente, la necesidad de comer brotaba de sus ojos, pero nada podía impedir su avance, pues estaba dispuesto a trabajar en cualquier oficio, mientras que su recompensa fuese la satisfacción de haber cumplido con su deber.

Cuatro de septiembre de mil novecientos cincuenta y ocho: veintinueve días después de su salida, y aún el camino era hostil; sus fuerzas eran escasas; de repente, el abandono de sus ideas estuvo a punto de vencerlo, pero siguió adelante hasta llegar a una pequeña población, donde la acogida de sus deseos se satisfizo; pudo retomar fuerzas, empapar su cuerpo con líquido cristalino, aunque en los matices de la historia esa característica de color no pueda diferenciarse, y limpiar un poco su cara, pues el vello en su rostro comenzaba a nacer, así como sus fuerzas de seguir también lo hacían.

Llegó a un estanco, de esos que por allá, en el viejo Caldas, llaman “fondas”, tomó asiento y pidió, a quien estaba de turno, una helada y refrescante cerveza, motivo más adelante quizá de pérdida, no solo de fuerza en sus manos, piernas y mente, sino del amor de la prodigiosa y bella dama; el sol era cálido y la sombra del tejado del lugar cubría al hombre; el día pasó y la confluencia del ocaso con la álgida noche comenzó a manifestarse en la población; el desgaste del camino había hecho ya estragos en él, así que preguntó dónde podía pasar el resto de la noche; el que lo atendió le recomendó un sitio donde los viajeros reposaban tras haber seguido sus huellas y retomaban aliento para, con el asomo del primer rayo de sol, emprender nuevamente el camino, pero el hombre había dejado el último peso, que guardaba dentro de sus viejos y rotos

pantalones, en ese sitio, por ello no pudo tender su cuerpo y descansar en aquel lugar; debió encontrar en la incomodidad del asfalto un espacio donde dormir y arrancarle a la noche un poco de luz, que surgía de la gran y tenue luna que acicalaba la silueta del lugar, como amparo, al tomar entre sus manos aquel trozo de luz.

La musicalidad del día llegó a la ventana de un espacio contiguo a la improvisada cama del hombre; ya la luna había guardado el brillo de su luz y el sol comenzaba, como lo predijo aquel que lo había atendido, a lanzar sus primeros y cálidos rayos de luz, para avivar sus hombros; se levantó del lugar, limpió un poco su ropa y lo recorrió, pues un espacio donde la luna siempre acoge con su luz el álgido correr del viento nocturno y el sol abre sus brazos para dar calor a sus habitantes, sin duda es un lugar agradable, entre cortos y largos pasos, Luego, encontró un viejo almacén, donde era característico que guardaran café en suficiente cantidad como para que el pueblo entero se deleitara con el aroma sutil entremezclado con el espeso humo del alquitrán; se acercó y le dijo a quien estaba de turno: “Buenos días; he venido recorriendo este viejo y agradable camino hace un tiempo; la voluntad de mis deseos exalta mis necesidades; tan solo quisiera encontrar en qué ocupar una parte del tiempo, mientras puedo reunir un poco de dinero y seguir por este viejo y apacible camino; le agradecería mucho que me brindara un espacio para trabajar.”

La persona que se encontraba de turno, mientras oía la suave melodía de un adiós, puesta en las letras de una confesión, extendió su mano y le dijo: “Sería un error, no darle mi ayuda a un viajero que, siendo tan joven ya, ha recorrido una parte de este viejo y apacible camino, como usted mismo lo ha dicho, pero la cosecha ha estado escasa y lo que le podría pagar no sería suficiente para que usted pudiera seguir su camino; sin embargo, estoy acabado por el paso del tiempo, así que su ayuda me sería muy grata; como le acabo de decir, la paga no sería una gran cantidad, pero, bien administrada, podría usted reunir algo de dinero”. El hombre, con una leve sonrisa, le dio un sí de inmediato, pues las circunstancias no estaban como para andar con exigencias y aunque, la noche anterior, la luz de la luna lo había acogido en cierta forma, el rincón de asfalto donde la había pasado le había maltratado la espalda.

Su labor iba a ser simple; hoy en día, el hombre recuerda con alegría, mientras exhala de sus viejos y acabados pulmones el espeso humo de su cigarrillo, cómo fue ese trabajo y cómo, por primera vez en su vida, había recibido un dinero a cambio de su esfuerzo, lo que da la ocasión para seguir este relato; debía alzar sobre sus hombros una cantidad de aquel grano exquisito y distribuirlo en los alrededores del pueblo, acompañado del buen campesino que le había ofrecido su ayuda y así, poco a poco, fue aprendiendo el oficio, uno de los tantos, que ha podido desempeñar a lo largo de este camino; poco a poco fue ahorrando algunos pesos y pudo, al fin, tener los suficientes como para manejar, de

alguna forma, su independencia y comenzar a disfrutar de los placeres de la vida, placeres que más tarde lo llevarían a conocer a una prodigiosa y bella dama.

Ocho de diciembre de mil novecientos cincuenta y ocho: el año empezaba a carecer de días y la tierra pronto comenzaría a dar una nueva vuelta al sol; el hombre había abandonado la pequeña población y se encontraba a su paso con las melodiosas y lóbregas letras del músico nostálgico y esperanzador de poesías, que rondaba esquinas y los espacios en los que el tiempo parecía que se iba a detener en el vuelo libre de un olvido; el “viejo Caldas” había quedado en el pasado; su padre había fallecido, perdido en el encanto de aquel humor líquido, y su madre, que ahora carecía de ánimos, pues su sangre corría de forma escasa por sus venas, hasta el punto de que murió, junto con la esperanza de que algún día podría volver a ver a su hijo. Con ello, el hombre retomó su camino en la búsqueda de algo desconocido.

Enero de mil novecientos cincuenta y nueve: siempre soñando despierto con llegar a su destino, con la sublime intención de encontrar la felicidad, que estaría a punto de realizarse y, por fin, su alma iba a dejar de ser la de un ente en constante errabundaje; sus pasos lo llevaron a la desdichada, en ese entonces, ciudad de Santiago de Cali, característica evidente pues hacía unos tres años una tragedia había ocurrido en ella población de manera accidental: “Fue como si el cementerio hubiera saltado al aire”, dice el hombre; en esos días, algo que marcó de manera relevante la historia, no solo de la ciudad, sino del país, lo que generaba un sonido en la ciudad, bohemio, nostálgico y, ¿cómo no con un referente tan similar?

A pesar de ello, la ciudad tenía su alegría y sus habitantes mostraban, a la vez, dulces sonrisas y lóbregos sentimientos, pues las lágrimas, ante un recuerdo, siempre afloraban al evocar algunos hechos del pasado de sus habitantes; el Barrio San Cayetano se encontraba en auge y el hombre escuchó, sin proponérselo, que las oportunidades laborales se presentaban en el lugar. Ahora, los días y las noches se parecían demasiado, puesto que el tiempo de trabajo era largo, los descansos eran escasos y la espera por un espacio de esparcimiento era tediosa, como aquellos tiempos en que la existencia del ser humano tan solo caminaba por la tierra en búsqueda de alcanzar el rápido palpitar del tiempo. El hombre logró emplearse en un pequeño negocio; su función era satisfacer cualquier necesidad alimenticia de la gente y allí, allí en aquel productivo lugar apareció, por primera vez, la prodigiosa y bella dama.

La rutina carecía de emoción; los parajes, aunque en su mayoría opacos, por la época quizá, tenían ese sutil detalle de ser espacios donde la alegría irradiaba entre los frescos humedales que engalanaban la ciudad, pero el hombre se encontraba, más que en un trabajo estable, perdido en la búsqueda insaciable, tal vez sin razón, de la mujer. Una mañana, en la que el sol calcinaba los techos de la ciudad, con el viento ausente entre

sus calles, era tan fuerte su luz, tanto que sus habitantes literalmente se estaban quemando, lo que de alguna manera beneficiaba el sitio donde el hombre trabajaba, mañana en la que había logrado saciar la sed de muchas personas, incluso por un momento olvidó su dolor y su amargura y su sonrisa fue pródiga en este día de intenso y calcinante sol, precisamente en esta época, en la que ya se adivinaba el final de los 50, su último tramo estaba a punto de terminar y con ello al hombre le había llegado el instante de cerrar varios episodios de su vida, en los que su libertad se trastornaba con recuerdos de un instante que jamás había vivido, al fin la vida, la fuerza divina o quizá el destino, le iba a brindar lo que su alma, su mísera pero fuerte alma, había estado esperando.

Una noche, en la que el hombre se deleitaba con el dulce aroma de un cigarrillo, mezclado con un amargo, pero suave, trago de licor, cuando la luna acompañaba la longevidad de los días, para posarse sobre el tejado de su casa, logró percibir un fresco y suave sonido; tenía unos años menos, su figura enaltecía el arpegio de una inspiración, el matiz de su mirada chocaba con su cigarrillo, que embriagaba su instante de desvelo, que quebrantó su voz; ella acercó su sombra por entre el reflejo de la luna; ante él, su presencia era así, no prodigiosa, pero traía consigo un detalle que cautivó de inmediato su corazón o su alma, como lo cuenta hoy en día, mientras ella oye con atención esta parte de su historia.

Delgada, como la línea que separa la existencia del ocaso del latir de un corazón, su cabello, de época, se destacaba sobre sus hombros, para dejar rozagante su aroma, acompañado de su caminar. El hombre se puso de pie suavemente o, bueno, no lo recuerda bien, si estaba de pie o sentado, hoy ya han pasado bastantes años; ante su presencia, dirigió su mirada hacia su mano y le brindó en el calor de la suya, la acogida que daría paso a un intercambio de sus nombres; luego, la luna se fue ocultando a raíz de la llegada del cálido y fuerte rayo de sol que exasperaba a la ciudad.

Ocho de agosto de mil novecientos sesenta y cuatro: el tiempo había transcurrido huidizo, entre quienes veían la realidad de manera hostil, mientras que el hombre y la mujer, en la agudeza de sus vidas, se hallaban viviendo en un acertijo, cual respuesta momentánea que se percibe en el ambiente de su hogar, por medio de una mirada, cual fuerza que aroma a ambas siluetas con el correr del tiempo. Así, los años de almas errabundas habían llegado a su final. Hoy han pasado ya más de 40 años; no lo sé, la verdad, pero lo único verídico es que, gracias a aquella dulce silueta, logró encontrar el complemento de sus ideas, en la conservación de su alma, en la eterna canción, de alguien que descubrió en la prodigiosa y bella dama la forma de cerrar las grietas del camino.

EXHALACIÓN

Comenzaba a sentir el final y el último tramo de un recorrido; como una dulce sonrisa y pródigo ambiente, había calcado una huella sobre la sombra de los hombros por un par de días; algunas partes del cuerpo habían soportado una voraz calcinación, de forma vivaz y refrescante a la vez.

El desfilar de rojas hormigas, de verdes horizontes, de calles color marrón e historias, cual cruce transversal, emana un recuerdo generado por la blanda y apacible voz, donde un sentido puede guardar fidelidad sobre una vieja hoja de papel, para originar el brote de sonidos, entre sus raras calles, largas y amplias avenidas, exuberantes paisajes, acompañados por una reiterada melodía.

Memo sonrío, pues el leve latir de sus manos se exalta debido a la diáfana sonrisa de su esposa que, con su compañía, brinda calidez y tranquilidad a su infortunada y prolongada estancia, en un pesaroso y viejo lugar; ha pasado un par de días ya y Memo le cuenta que se siente intranquilo por una razón anodina, su sueño se ve interrumpido por el constante goteo de una sustancia que le entra en el cuerpo sin consentirlo, de forma peligrosa quizá, pero sin más opción que dejar que así fuese; de lo contrario, su cuerpo comenzaría a debilitarse aún más y el anhelo de volver a ver el rostro de su esposa con libertad, y no únicamente cuando las normas de ese viejo lugar lo permitieran, se esfumaría como el latir del viento que corre por las mágicas calles de esa cálida ciudad.

Él lo cuenta con tranquilidad, pero no con un cierto deseo de apaciguar el cansancio de su cuerpo y poder cerrar los ojos, sino con el anhelo de aspirar el penetrante pero, a la vez, dulce, aroma del cigarrillo; cuenta en su mirada con una tristeza enorme por no poder recuperar sus fuerzas e irse a casa, pero, a la vez, expresa su deseo, e insatisfecho por sus acciones, pide, en medio de gritos silenciosos, que se le cumpliera dicho anhelo; su esposa, que le lanza una mirada embellecida por una lágrima que brilla como el cristal, le reprocha la petición y, por el contrario, lo lleva a que recordara cuál era la evidente razón de su tediosa estancia en ese lugar; él toma sus palabras con la mirada puesta en la sombra de sus sandalias, se pone de pie y recorre el trecho por el pasillo hasta llegar al baño.

Su esposa se dirige hacia una vieja ventana; la luz del ocaso le da forma a su sombra sobre el piso de la habitación, mientras lo espera; cuando ha retornado, de repente se acerca, y llega hasta el centro del sitio, alguien, cuyas noticias le generan aún más tristeza: su estadía en el lugar se va a prolongar por un tiempo más; de inmediato de sus ojos surge una evidente melancolía, mezclada con una irónica sonrisa; se levanta, da nuevamente unos pasos que lo acercan a la vieja ventana, donde su esposa le pone la mano sobre su hombro, viejo y cansado por el lento paso del tiempo, para tratar de avivarle la esperanza de que pudiera en algún momento salir de ese lugar, pero se acerca

ya la hora de salir y que Memo quedara de nuevo cortejado por la soledad, la vieja ventana y la imagen de la noche, engalanada por la bulliciosa luz de la ciudad; estos son sus confidentes en las largas horas de encierro.

En el instante en que su esposa parte a casa, quizá con la misma o incluso más grande tristeza, Memo siente que, al quedarse allí, ahora la noche es su confidente, cuando el sol duerme y la luna custodia e irradia su luz sobre los techos de la vieja y mágica ciudad, con las palmeras que amparan el movimiento de su ser y respiran con el fresco soplo del viento.

DON JOSÉ RICARDO

Una tarde normal en la casa de don Ricardo, conocido así por sus amistades; su nieto se acerca a pedirle que le narre una historia, de las tantas que él tiene por contar; don Ricardo suspira profundamente, le pide a su nieto una taza de café, se desconecta por un instante el oxígeno, y de su presente, que lo mantiene con vida, y empieza a narrar brevemente la historia con su “señora”.

Corría el año de mil novecientos veinte, en el mes de julio nace José Ricardo, hijo de dos humildes campesinos trabajadores de las haciendas burguesas en las tierras de Catambuco, pueblo ubicado al sur de Colombia, en el Departamento de Nariño.

Al segundo día de nacido lo bautizaron, como era de costumbre en aquel entonces. Creció rodeado de los hermosos paisajes de la tierra nariñense, junto con cuatro hermanos, de los que era el segundo en la lista.

De los años veinte, don José Ricardo recuerda que, en las escuelas, la educación que se brindaba era muy pobre; la pequeña escuela del pueblo ni siquiera tenía energía eléctrica, pocos libros, un maestro de estilo estrictamente conservador, pero, al menos, allí aprendió a leer y a escribir. Las tareas las hacía en las noches, en compañía de una “espermita”, ya que en las tardes el tiempo se destinaba al arduo trabajo del campo, pero a él le gustaban esos oficios; era feliz junto a los maizales, como también recogiendo trigo, papa, cebolla, etc., junto a las bestias, montado a caballo, en el ordeño de las vacas, alimentando a los cuyes, las gallinas, él era feliz en ese mundo, en el que se alimentaba de manera muy sana; recuerda que bebía mucha leche, “poleadas” de cebada, de quinua, de maíz, etc.

El campo era un espacio libre de violencia y de abusos; creció en un entorno de tranquilidad y paz. Don José Ricardo, brinda una sonrisa al hablar de aquella infancia y su mirada revela a un niño que transitaba por los hermosos campos sureños. Así aconteció su cálida y plácida niñez.

En los años treinta, marchaba hacia la adolescencia, enseñado a trabajar desde su niñez, como trabajador de la hacienda de los “Zaramas” (una familia con cierto reconocimiento social). Con quince años, le surgió su gran pasión por la música; creció en un ambiente en que las rancheras, el vals, el bambuco, el pasillo, el bolero, el pasodoble y la música religiosa predominaban. Así llegó a ser el cantor y el músico del templo del pueblo, con lo que se ganaba la vida, al recibir los “pesos” que el cura le daba por acompañar los cánticos de cada misa diaria, además de lo que obtenía de su trabajo como peón de la hacienda.

Don José, o “Ricardito”, como lo conocían en aquel entonces los habitantes de su querido y recordado pueblo de Catambuco, a la edad de 20 años conoció a una mujer, quien sería su compañera y la madre de sus hijos; quizá él, al momento de verla por

primera vez, de hablar con ella y confirmar su gusto, jamás se le pasó por la cabeza que la dichosa mujer, hija del administrador de la hacienda de los Zaramas, llegase a ser el gran amor para el resto de su larga vida.

El año de mil novecientos cuarenta marcaría para siempre la vida de don Ricardo; un largo suspiro surge de sus más recónditos sentimientos, en el momento de hablar de su querida María Delia; para don José Ricardo, quien es un tipo fuerte, el hombre no debe llorar, debe ser valiente en todos los momentos de la vida, pase lo que pase, cueste lo que cueste, pero la noche en que su María Delia falleció, unos años después, consternado, refiere que lloró como nunca en su vida, como nadie, ni siquiera sus hijos lo habían visto antes; gritaba lleno de dolor, de rabia; quizá hasta sus creencias religiosas ya no le importaban en aquel momento; dudaba de todo el tiempo que había gastado en sus eternos rosarios y que noche tras noche rezaba sin cesar; ya han pasado cinco años desde que su María Delia, su gran amor falleció. Don José, al término de su largo suspiro, sonrío y recuerda cómo enamoró a aquella mujer, su compañera y gran amiga, su querida María Delia.

Érase un día de abril de 1940; don Ricardo trabajaba como carpintero en la hacienda de los zaramas; llegaba a la casa del administrador a tomarse el típico cafecito de la tarde, cuando observó a una muchacha de porte bajo, color de piel blanca, de hermosa sonrisa, quien amablemente le ofreció esa taza de café con una tortilla; él simplemente le agradeció y le respondió:

— ¡Claro que sí!; Dios le pague, señorita. —Quedó plasmado ante la belleza de aquella muchacha, por lo que le preguntó al administrador:

— ¿Quién es la muchacha que me sirvió el cafecito? —El administrador le respondió, entre risas:

—Ricardito, la muchachita es mi hija; se llama María Delia. —Don Ricardo escuchó el nombre y desde allí idealizó su silueta, para llevarla en sus pensamientos para siempre. Casualmente, el 26 de abril la joven y simpática María Delia cumplía años y al joven Ricardo se le ocurrió llevarle una serenata a la casa de ella, cosa que a la joven muchacha le sorprendió y le agradó mucho; a pesar de ser tan joven, a ella, al ver tan llamativo gesto, le despertó un mayor gusto e interés por Ricardo. ¿Cómo un joven carpintero, trabajador de la hacienda, al que apenas le había brindado un café, ya estaba dedicándole una serenata?

Al día siguiente, Ricardo, nuevamente al tiempo del descanso, se acercó a la casita del administrador para tomar el acostumbrado cafecito, ansioso de ver a la joven María Delia, quien se acercó tímidamente con su belleza, sus cabellos largos en forma de trenza, al estilo de una ñapanga, con un vestido blanco y unas alpargatas, y le ofreció la

tacita de café con dos tortillas y una pieza de pan. Al término del café, la joven le recibió la taza vacía y, de paso, expresó:

—Joven Ricardo, gracias por la serenata; Dios le pague —y, sonrojada, se fue a la cocina. El administrador, entre risas, al ver el suceso, señaló:

—Ricardito, yo lo conozco desde que usted era un “guagüita” y déjeme decirle que me gustaría mucho que usted se casara con mi hija; usted es un hombre simpático, espigado, trabajador y sé que respondería como todo un hombre ante Delia. —Ricardo le respondió:

—Sería para mí un placer, don Eleazar, que usted me permita ser el esposo de su hija; tenga por seguro que yo cumpliré con mis votos y seré un buen marido. —Don Eleazar le respondió:

—Eso espero, m’ hijito, eso espero, para así darles mi santa bendición.

Pasaron unos meses desde que Ricardo y María Delia ya eran novios, se conocían cada vez mejor, se reían mucho; la joven solía ir a la mayoría de las misas para escuchar a su querido Ricardo en el piano, o el armonio (como solía llamarse a este instrumento); recorrían los hermosos campos sureños agarrados de la mano, corrían por los exuberantes campos verdes, comían frutas de los manzaneros, las uvillas, las moras...

Don Ricardo comenta que ese tipo de amores ya no se ven ahora; todo es distinto; los jóvenes de hoy en día no saben intensamente lo que es sentir el amor como en aquellas inolvidables épocas. En el año de 1942, Ricardo y María Delia llevaban dos años de novios; los jóvenes vivían felices el transcurrir de los días; eran una pareja de aquellas que da gusto observar e imaginar.

Un día de agosto de 1943, al joven Ricardo lo recogieron para que engrosara las filas del ejército; ni siquiera tuvo tiempo de despedirse de nadie, ni siquiera pudo hacerlo de su María; se lo llevaron con su mejor amigo de aquella época para que se presentara para prestar el servicio militar, pero, debido a las influencias de su padre con el teniente al mando, en el momento en que ya tenía casi las botas del uniforme puestas, el teniente decidió no reclutarlo, pero su mejor amigo no corrió con la misma suerte y aquella vez fue la última en que se estrecharon las manos.

Ricardo, junto con unos conocidos, que también se salvaron de prestar servicio militar, dichoso, se emborrachó a punta de guarapo, vino y aguardiente. Él recuerda, con risas, esos momentos:

—Fue una de las chumas que nunca olvidaré —comenta. Borrachito de alegría, de vida y, sobre todo, de amor, corrió hasta el pueblo a contarle a su María la buena noticia,

pero, al acercarse a la hacienda, observó a un grupo de mujeres vestidas de negro, al sacerdote reconocido del pueblo y a su María, desconsolada, que lloraba como una Magdalena. Su abuelo, don Belisario, había fallecido; el pobre viejito, que cargaba un guango de leña y atravesaba un humedal, había sufrido una pulmonía, que acabó con su vida.

Don Ricardo, en medio de su borrachera, agarró de la mano a María Delia y huyó con ella lejos de aquel funeral; huyeron del pueblo, de la tristeza, de los rezos, de la rutina, de la gente y sobre todo huyeron para “encontrarse a sí mismos”. Esa noche, a la madrugada, los dos, cuando se hallaban sentados, abrazados y cobijados únicamente por la luz de la luna y las estrellas conversaron mucho; María Delia lloraba en su hombro por la pérdida de su querido abuelo y tenía temor de regresar porque su madre la iba a castigar. Ricardo reía y le decía a María:

—No le ponga cuidado, que lo que se hizo hecho está; antes respóndame una pregunta: ¿quisiera darme el gusto de casarse conmigo en este mismo momento? —María quedó consternada ante tan sorpresiva pregunta, pero le respondió brevemente que sí, que estaría dispuesta y sería muy feliz a su lado. Al no ser más, Ricardo y María fueron clandestinamente a la iglesia del pueblo.

El padre Juan Calímaco Ortiz era un gran amigo de Ricardo, el que se destacaba por sus habilidades como carpintero y, además, había sido uno de los ayudantes para la construcción de la gran iglesia de la Virgen de Guadalupe, la patrona del pueblo.

Al respecto, Don Ricardo recuerda que, cuando estuvo de ayudante en la construcción de la iglesia, cavaron cinco metros para iniciar los cimientos del templo y, al terminar de cavar, encontraron restos de huesos, de calaveras y dice que afirmaban que donde está ubicada la iglesia de Catambuco antes era un cementerio de los antepasados indígenas y que en algunas partes del pueblo se encontraban las fosas con esterlinas, muñecos de oro, joyas...

El padre Juan Calímaco se encargó de celebrar el matrimonio de don José Ricardo y María Delia. Después, llegaron a la hacienda y, como era de esperarse, no se vio de buena manera lo que habían hecho, a espaldas de su familia, pero como dice don Ricardo: “Lo que se hizo, hecho está”. Meses después, se fueron de la hacienda a vivir a una casita que él construyó. Más tarde, José y María tuvieron su primer hijo, pero no por obra y gracia del Espíritu Santo. Este José, también de oficio carpintero, y a la edad de 24 años, fue padre por primera vez, y llamaron a su hijo: Javier Hernando, el mayor de sus diez hijos.

El nueve de abril de mil novecientos cuarenta y ocho, cuando don Ricardo se desempeñaba como chofer del colegio la Normal de la ciudad de Pasto y llevaba a su

lado al pequeño Javier, recuerda que, en horas de la tarde, la gente conmocionada corría y gritaba enfurecida, los liberales contra los conservadores; hubo disturbios, riñas; don Ricardo, en su carro, quedó atrapado entre el tumulto de gente; se escuchaba, entre la algarabía: “Murió Gaitán, ¡muerte a los godos, muerte a los conservadores!, ¡viva el partido liberal!!, ¡abajo los perros asesinos godos!”. Con estas palabras, recuerda don Ricardo aquel trágico día para la historia del país.

Al llegar al pueblo, lo esperaba su María con el cafecito de siempre y con su otra hija a la espalda. Ya se sabía en el pueblo sobre la muerte del caudillo Jorge Eliécer Gaitán. Rápidamente, aseguraron la casita, porque don Ricardo era de ideal conservador y esperaron hasta el otro día, hasta que se apaciguaran las cosas.

Llegaron los años cincuenta y don Ricardo y María Delia ya tenían cinco hijos: Javier, Alicia del Carmen, Guillermo León, Segundo Ricardo y Silvio Laureano. Guillermo León y Silvio Laureano fueron nombres que les dieron por las ideas conservadoras de don Ricardo, para recordar a los presidentes de aquellas épocas: Guillermo León Valencia y Laureano Gómez.

Don José Ricardo y su esposa, junto con sus hijos, decidieron mudarse a la ciudad de pasto. Ricardo, como ya se dijo, trabajaba como chofer del colegio la Normal Superior de Pasto y, en sus tiempos libres, lo hacía en la biblioteca; aprendió a tocar notas, pentagramas de instrumentos musicales como la guitarra, el acordeón, perfeccionó acordes en el piano..., y, además, debido a su voz, lo contrataron en casi todas las iglesias de Pasto, como la iglesia de la Virgen de las Mercedes, san Felipe, san Andrés, Santiago, para que fuera el cantor y el músico del templo.

Así se ganaba la vida don José Ricardo, que era chofer, músico, cantor, carpintero, además de que tenía sus conocimientos en la agricultura. Con su trabajo, ahorró unos pesos y construyó su casa propia cerca al colegio de la Normal. Así transcurrieron esos años, en los cuales vinieron dos hijos más: Rosario y Nelson, dos hijos que tuvieron un paso fugaz por este mundo; los recuerda cada noche en los rezos de su eterno rosario, el que día tras día y noche tras noche reza sin cesar y dedica a sus amados hijos: Rosarito y Nelson, a los que les eleva una oración.

Rosarito murió mientras iba acompañada de su madre, a la edad de cuatro años. Enfermó de pulmonía, al estar en las tierras de Catambuco, por andar descalza, jugando en el frío de la madrugada, sufrió una recaída que se llevó su corta vida. María Delia cargó a la niña en sus espaldas y se dirigió rápidamente en busca de ayuda; caminó por una hora, sin que nadie le brindase una mano para ayudarla hasta llegar al Puesto de Salud más cercano, pero era ya demasiado tarde; fue un golpe duro para don Ricardo y, en especial, para su María Delia, que perdió a su primera hija.

Nelson murió a la edad de veinticuatro años, víctima de un cáncer gástrico; según don José Ricardo, fue el mejor hijo que tuvo; lo recuerda con lágrimas en sus ojos, siempre que habla o le hablan de él. Un día de marzo de mil novecientos ochenta, Nelson se dirigió en una ambulancia rumbo a Popayán, para una cirugía de vida o muerte; se despidió de su hijo diciéndole:

—No me digas adiós, sino di un hasta pronto, hijo mío; ya regreso, quédate tranquilo. —Estas palabras las recuerda don José Ricardo con mucho sufrimiento; también dice que a su hijo no le dieron la importancia necesaria en Pasto; un médico del Seguro Social descartó que Nelson tuviera cáncer y le diagnosticó que solo con unos días de hospitalización sanaría, pero estaba muy equivocado; la enfermedad se le complicó hasta que se dio la orden de que lo trasladaran a Popayán para que lo intervinieran quirúrgicamente, ya que el Seguro Social no había la calidad de médico que pudiera hacerlo. Nelson se encontraba en la ambulancia y le decía a su madre:

—Mamá, tengo sed; saca unas monedas de mi bolsillo y cómprame algo para tomar —y nuevamente le repitió—: Tengo sed, mamá... —esas fueron sus últimas palabras; María Delia tenía un refresco y se lo dio lentamente; su hijo fue siempre una persona dedicada, que no le debía nada a nadie, una persona de esas que la muerte siempre elige. Nelson tomo el refresco que le brindaba su madre, lo que le dio unos alientos para resistir un poco más su agonía y, más tarde, en mitad del camino, miró a sus padres, agarró la mano de su querida madre y, sin decir más palabras, cerró los ojos para siempre.

Don Ricardo recuerda este momento y, en seguida, agacha la cabeza, contiene su respiración, cierra por un momento los ojos, el silencio se apodera del espacio y prefiere cambiar de tema, o tomarse otro tinto, para seguir hablando de un nuevo capítulo de su vida.

En los años sesenta, nacen los últimos hijos de don José Ricardo y María Delia; nacen Martha de Jesús, a la que llamaron así por haber nacido un veinticinco de diciembre; Juan Carlos, Amparo del Socorro, a la que llamaron así porque la auxiliaron y la adoptaron; y Alba Delia, su hija menor.

Don Ricardo, en la época de los setentas tenía una edad de 50 años, trabajaba aún como cantor de los templos y se logró pensionar por su trabajo y se desempeñó como trabajador en la construcción de la Panamericana. Recuerda de tal época el incendio que hubo en el antiguo mercado de Pasto, en una madrugada, pero a raíz de esto su memoria lo lleva a su niñez, cuando él, en 1926, conoció por primera vez el mercado antiguo de Pasto, que quedaba ubicado donde hoy es lo que se conoce como el Complejo Bancario, donde se ubica el Banco de la República; el antiguo mercado era un edificio de dos pisos, en el que se encontraba toda clase de alimentos, ropa...; él recuerda que, a los seis años de edad, se perdió en el mercado; recuerda que estaba con su padre y, de

repente, quedó solo en medio del tumulto de gente, empezó a asustarse hasta que un amigo de su padre, don Antonio Moreno López, lo encontró y lo llevó hasta él. Este señor es un personaje curioso, ya que fue el fundador del Centro Comercial Amorel. Entre risas y asombros, don Ricardo dice que ese recuerdo lo lleva en su memoria desde los seis años.

Así pasaron los días, los meses, los años de don Ricardo y su señora, en la crianza de sus hijos, hasta que se hicieran hombres y se casaran a hacer sus vidas, o a hacerse hombres, como él dice.

Las mujeres sufrieron un poco por la influencia conservadora de don Ricardo. La mayor, Alicia, no podía tener un novio porque su padre los espantaba; Martha de Jesús era una niña entregada a su madre y a su familia, muy inteligente y disciplinada, por lo que no tuvo muchos problemas con él. Alba y Amparo eran dos niñas, que se las ingeniaban para salir del cuidado de su padre, pero, en general, a lo largo de los años fue una familia unida, hasta el fallecimiento de María Delia, acaecido el 10 de octubre de 2011.

Este trágico día partió en dos a la familia de don Ricardo. Una noche en que María Delia mostraba mejoría de una enfermedad que le produjo un aneurisma cerebral, casualmente esa noche a ella la visitó la mayoría de sus hijos, estaba alegre y siempre con esa sonrisa pícaro que había enamorado a don Ricardo desde su juventud, pero esa fue la última vez que ella sonreía de alegría y paz. Siendo las doce de la noche, les pidió a sus nietos, los hijos de Martha de Jesús, la única hija que los acompañaba desde cuando era una niña hasta ese momento, una pastilla para que le calmara el dolor que le producía la presión en la cabeza; sus nietos pensaron que no era nada serio, ya que en noches anteriores ella siempre pedía una pastilla y bajaba hasta la alcoba de sus nietos e hija y dormía con ellos, pero esta vez ella no bajó las escaleras y se regresó a su habitación.

Cuando se hicieron las tres de la madrugada, don Ricardo dice que sintió un grito muy fuerte y pensó que María Delia se había caído de la cama, o algo parecido, pero la realidad fue que su María Delia ya había perecido.

En seguida, bajó donde su hija y sus nietos y golpeó las puertas mientras gritaba:

—¡¡Se murió Delia, se murió Delia!! —Sus jóvenes nietos subieron a ver a su amada abuela, a la que vieron que estaba de lado recostada, cerrada los ojos y dibujada una leve sonrisa; los nietos intentaron resucitarla, pues se negaban a creer que estuviera muerta; su hija salió en seguida a buscar una ambulancia, mientras el silencio y el llanto se apoderaron del espacio; llegaron unos paramédicos y, una vez hecho el reconocimiento, les dijeron de la manera más tranquila que María Delia llevaba media

hora de fallecida. Poco a poco fueron llegando los hijos de don Ricardo; unos lloraron y otros simplemente ahogaban su tristeza en el silencio.

Don Ricardo aquella noche lloró como nunca antes lo había hecho. A su mente venía cada uno de los recuerdos de su amada Delia, desde aquel primer momento en que ella le ofreció un café, aquel día en que le dedicó una serenata, los momentos vividos en el campo, cuando se casaron a escondidas y los años en los que lucharon juntos por salir adelante con sus diez hijos, los momentos en que perdieron a su hija Rosarito y a su querido hijo Nelson, todo pasó rápidamente por la cabeza de don Ricardo. Así fue cómo la muerte se le llevó lo más querido.

Al año siguiente de fallecer su esposa, don Ricardo, a pesar de vivir con su hija Martha y sus nietos, explica que ya no aguantó su soledad y tal vez tiene miedo de su destino final, o le teme a la “señora muerte”, como dice él. Siempre clama por su alma y cada vez que reza su eterno rosario encomienda a su esposa y a todos los muertos que la “señora muerte” se ha llevado durante su prolongada vida.

Se volvió a casar, y nuevamente a escondidas, pero esta vez de sus hijos; se casó tal vez por miedo a la soledad, a la muerte, o por caprichos de la vejez o “cosas de la vida”, como dice él.

Últimamente, él siente que la muerte se lo quiere llevar; dice que siente que le susurran al oído, que le tocan los pies, que oye ruidos a su alrededor; tal vez este miedo aumentó porque su hijo Segundo Ricardo falleció a los 65 años, debido a un cáncer, cuatro años después de que su María Delia pereciera. Cuando se enteró de esta triste noticia, él dice que había presentido por un sueño que su hijo moriría, pero se siente tranquilo y con fuerzas para afrontar a su “señora”, con la cual, en sus eternos rosarios, comparte un constante diálogo, en cada oración y rezo.

Don Ricardo, como lo conocen sus amistades, se toma el acostumbrado tinto de cada tarde; a sus 96 años, recostado en su cama, agobiado por el tanque de oxígeno al que debe estar conectado día tras día, observa el rostro de uno de sus nietos, le da la mano y le pide el favor de que cierre la ventana, las cortinas, prenda la lámpara de la Virgen y, por último, que le hiciera el favor de pasarle su rosario, porque era ya la hora de rezar

ESPACIOS DE VIGILIA

En general, las historias pueden contarse en diversas formas, desde la emocionalidad, la sensatez, la locura, la razón, incluso a partir de aquel mundo que solo el autor conoce, aunque quizá jamás nadie haya visto; es este el caso del personaje principal de este relato, que contiene, en el tono de su voz, algunas de estas características.

Su nombre, como todo el mundo lo reconoce, “El Vigía”; de cabello ligeramente corto, estatura media, nariz con cierta arista pronunciada, elementos que conforman el conjunto de una personalidad que solo es posible conocer en los diáfanos parajes de las noches tranquilas del sector; la luz del día es irrelevante en ocasiones, puesto que lo translúcido se encuentra ubicado en la transversalidad de sensaciones que se ubican entre los postes del mismo sector y su sombra, cual paso lento, contempla el más ínfimo detalle de cada fachada, custodiada por el movimiento de su mirada.

Cuando el mundo ha cerrado las altas cortinas del ocaso del día hacia el encuentro con la noche, él muestra ligeros sobresaltos, en los cuales deja en entredicho historias y anécdotas con un matiz puesto en la enseñanza de la vida. Su rutina comienza, a diferencia de la rutina de los demás, en el crepúsculo del día; puesto su indumentaria, listo el recipiente donde guarda un poco de una bebida caliente que abriga sus amaneceres, la oscura limpieza de sus zapatos y el dulce beso de su esposa, que lo afecta en lo hondo de su ser, son muestra del comienzo de una nueva noche y la espera de un nuevo amanecer. Había llegado el momento de encontrar al personaje, con la idea de conocer quizá su relato acompañado del paso tenue de su sombra, fulgurada por la silenciosa luz de los nocturnos bombillos que pendían de los postes, ubicados en cada solitaria esquina del sector; una voz suave surge de un desolado paraje y, en una vieja esquina, por donde su sombra camina, comienza a contar la historia que fluye de su voz para, en un proceso posterior, terminar en una hoja de papel:

—Fui un joven intrépido y forastero en la ciudad; mis padres habían abandonado el mundo terrenal, para elevar su alma hacia el encuentro con aquel ser omnipotente que interviene tanto en nuestras decisiones, hasta el punto de que, al final de nuestro tiempo, él decide qué hacer con nuestro destino, pero, bueno, entre tantos momentos de mi vida, recuerdo uno en especial que marcó mi existencia; hoy en día ya no hace parte de mi rutina, pero suele entremezclarse aún con el sorbo de café que me tomo cada 6 de la tarde, antes de partir hacia mi lugar de trabajo.

Cuenta, entonces, que la temprana pérdida de sus padres había dado un giro inesperado a sus expectativas de vida; hoy, con 55 años sobre sus hombros, surge con voz tibia ese momento, pero también trata de llevarnos al encuentro con una historia, común quizá, pero marcada en la nostalgia de su mirada, hace percibir cierto tipo de sensibilidad:

—Nací en un pequeño pueblo del Departamento, donde la naturaleza brota en los atardeceres y la luz tenue de los viejos bombillos engalana el paso de las sombras que se encuentran en los anocheceres; partí muy joven, a la corta edad de 10 años, hacia la voraz ciudad capital del Departamento, desde un entorno pleno de inmensos cañaduzales y extensos paisajes, y allí encontraría, sin siquiera imaginármelo, el trazo del pincel que enmarcaría una de las escenas más duras del teatro de mi vida; cuando

joven, fui en búsqueda de un lugar donde pudiera reposar el cansado paso de mis horas; al llegar a un lugar donde se percibía un aroma extraño, pero agradable, sentí cierta comodidad, puesto que allí se encontraba Luis, un viejo conocido de aventuras y pasos numerosos; él estaba brindándome su mano, para que yo pudiera descansar, pero como el destino es un poco controversial, en ese instante llegó, a aquel mismo lugar, otra persona, cuyo nombre no recuerdo exactamente, pero lo que sí recuerdo, de manera clara, es que venía de acabar de cometer un acto impune, a la vista de cualquier persona; había segado la vida de alguien y, para mi mala suerte, en aquel momento lo perseguían, los que persiguen a la gente, a veces sin causa, pero esta vez el motivo era fuerte, la policía; yo digo la mala suerte para los tres, pues la policía derribó la puerta que ocultaba nuestro miedo y entró dando pasos decididos para efectuar la captura de este individuo; mi presencia allí fue lo más inoportuno en ese momento, pues, por ese mismo hecho, mis manos quedaron aseguradas con unas esposas frías y hostiles, lo que llevó, por la fuerza, como siempre lo hacen ellos, a que me obligaran a dirigir mis pasos hacia la comisaría más cercana, en la que me acusaron de inmediato como su “cómplice”; aún resuena en mi cabeza ese dictamen del funcionario que, luego, impartió su orden, sin pensarlo y, como muchos de estos casos en este país, ocurrió que siempre llegan a “pagar justos por pecadores”.

De esta manera, “El Vigía” descansa de las palabras, mientras, de pronto, un ser extraño, vestido con unas ropas anchas, manos ásperas y una risa que muestra un par de agujeros en la dentadura, se acerca para pedir y buscar la manera de poder saciar su hambre física y mental, representada en un elemento metálico, o de papel, llamado dinero; “El Vigía” adentra la mano en la oscuridad de su pantalón y hace que saliese algo de él y lo arroja a sus pies, para, a la vez, decirle:

—Vaya, joven; tómese algo con esto. —De igual forma, no es posible saber cuánto era el valor de lo que le había dado y cuánto valor tenía para aquel individuo de ropas anchas. En fin, después de este pasaje, “El Vigía” toma nuevo aire, mira el papel donde se está grabando su voz y continúa:

—Nos trasladaron a una pequeña ciudad, muchísimo más pequeña que la capital, pues, me di cuenta de que, mientras recorría su centro, hacia el lugar de reclusión, pude observar lo angosto de sus calles, tanto así que la gente posaba su mirada en los autos y podía tocarla, con tan solo una sonrisa; nos arrojaron, así, arrojados, como cualquier animal, a una pequeña habitación, húmeda, oscura y con un reducido tramo de luz, que venía quizá, pienso, de la pequeña ciudad; mi dos compañeros, Luis y el “otro”, se sentaron en cada esquina de la habitación, sacaron de su bolsillo un pequeño rosario, que no tenía más de seis Ave Marías, pues pareciera que el tiempo había hecho estragos en ellos, y comenzaron a rezar, diciendo:

—Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre..., vénganos en tu reino y líbranos de todo mal. Amén. —Mientras tanto, yo oía su petición y me preguntaba: ¿Cuánto más mal puede haber en este mundo? Traté de cerrar los ojos, la hora se había perdido, pero con la llegada del primer rayo de sol, vi que el día, quizá el días más triste de mi juventud iba a comenzar. A las seis de la mañana, nuestros pasos, desde la pequeña habitación, nos dirigieron al encuentro con el juez, quien, con argumentos necesarios y legítimos, pero contra el “otro” y no contra mí, una vez oída la acusación, tomó la decisión de fallar una larga condena, tanto que hasta el día cuando pude salir de allí, mis manos, la expresión de mi rostro y la forma de mi mirada, iban a estar cada una con un cierto tipo de arrugas. Fueron palabras fuertes las que salieron de la boca de ese juez; derramé lágrimas sobre mi pecho, mientras aseveraba sobre mi inocencia, pero él, opaco como los colores de la ciudad en ese momento, no resolvió dar la cara; solo se levantó de su cómodo sillón, para dar paso a su ausencia.

Tres de la tarde, mis manos no habían tocado alimento hacía una par de horas, por ello decidí saciar mi hambre fisiológica, pero también el vacío de mi alma, con lo primero que encontrase en el lugar, que ya no me parecía una habitación, sino el ínfimo sitio donde pasaría un largo tiempo, hasta tuve que comer tiza, aquella que marca el verde tapete para reflejar el conocimiento en palabras; además de eso, engullí un par de trozos de papel higiénico, como si desde mi interior se expulsara cierta materia, que solo se deja en un lugar donde la libertad del cuerpo se expresa de manera natural; en fin, para alejar un poco el frío de mi cuerpo, encontré, en aquel sitio, una ruana y un sombrero, no sé, a lo mejor alguien los había olvidado allí, o, quizás, no los quiso llevar, pues quería cortar algunos lazos con el pasado; a Luis y al “otro” los enviaron a distintos “agujeros”, así llamaban a las celdas de retención, los dos que habían pasado mucha parte de su vida entre esas grandes paredes, llenas de un pasado lejano libre que, para muchos, aún no había de llegar.

Pasábamos “ella, él y yo”, sí, la ruana el sombrero y yo, allí en una pequeña esquina, en espera del fluir de los días, el tic tac del reloj en las noches, aunque salía todos los días a un pequeño patio, eso sí, el “más malo”, pues, según los que morábamos en ese reducido espacio, allí solo estábamos aquellos a los que se consideraba “peligrosos” y, por eso, nadie osaba “meterse” con nosotros, pero ¿de qué sirve ese papel si, al final, uno debía comérselo?, mientras la ruana y el sombrero se quedaban en la esquina del minúsculo lugar; una vez ordenaban dejar el patio, yo caminaba de espaldas hacia la celda y le preguntaba, al reflejo de mi sombra, cuándo llegaría el momento de salir, si los años iban a pasar de manera fugaz o serían lentos como un bostezo en la madrugada; unos días después, ya la barba se acrecentaba más y más, el número que llevaba en el uniforme de presidiario, en mi espalda, se iba borrando con el tiempo y sentía que mi vida, por lo menos la sentimental, se secaba, como aquel árbol al que el verano le quema las ilusiones de querer, una vez más, ver que la lluvia cayera.

Tuve que agredirme muchas veces, en todo sentido, y con algunos de los que vivíamos en ese pequeño mundo, donde se percibía siempre un sutil caos, relacionado algunas veces con mujeres que, en su delirio, habían acabado con la vida de sus parejas; con sujetos llenos de odio y perturbación a la vez en sus miradas y así una proliferación de situaciones, que me vi obligado, por alargar un poco más el respirar de mis días, a enfrentar en momentos, que llegaron a ser críticos.

Así, pasaron ocho años, en los que Luis había encontrado la muerte, durante un mes de diciembre, ya hacía unos dos años, pues había recurrido al suicidio, se había puesto de pie en lo alto de un viejo banco de madera y había utilizado una larga cuerda hecha con un manojo de trapos; el “otro” seguía contando a sus “amigos”, pues, seguramente, eso pensaba, que allí tenía “amigos”, sobre la ilusión de su “inocencia”, lo que se negaba con algunas de sus acciones, que habían acabado con la paciencia de algunos, pero, al llamar la atención de otros, de esa manera soportaba el castigo de Dios y de los hombres, por haber acabado con la vida de aquel desgraciado personaje. Dicen que por buen comportamiento se consiguen cosas mejores; así fue, me sacaron y dejaron que me llevara la ruana y el sombrero y, por este mismo hecho, hicieron que dirigiera mis pasos hacia un nuevo espacio, por lo que pasé a disfrutar de un “mejor patio”, como se dice en las cárceles; de alguna manera, mi vida cambió, pues ya no me catalogaban como prisionero “peligroso”, sino pasé a la categoría de “menos peligroso” —dice “El Vigía”, mientras dibuja una sutil sonrisa, frente a una vieja amiga —según él— que pasa por nuestro lado, y prosigue:

—La suerte me cambió, en un determinado momento: me encontraba reposando del cansancio sobre mi sombra, recostado en la vieja ruana, tapaba los rayos del sol, que entraban por una ínfima ventana, con el ovalado sombrero, cuando, de repente, me levantaron de un sacudón y me llevaron a un lugar, a un salón, donde se encontraba un juez, no aquel mismo opaco ser de unos años antes, que impregnaba con su aroma desagradable la ropa y el espíritu de quienes se le acercaban, el molesto olor a tabaco; esta era otra persona, a la que se observaba que tenía benevolencia en su mirada y, por ello, de un momento a otro mi alma se sintió sosegada por esa presencia, no sé el por qué, pero fue algo que percibí desde el momento cuando oí sus primeras palabras, pronunciadas desde su cómodo sillón. Así, me enteré de que, durante mi larga estadía en el lugar de reclusión, algunos habían hecho unas investigaciones referentes al caso que, cuando concluyeron, salpicaron a unos, comprometieron a otros y limpiaron mi nombre, para la fortuna de mi doloroso destino, lo cual dio cabida a la paz de mi ser, pues esa limpieza había servido para borrar de un momento para otro el número que me designaba, puesto sobre mi espalda, como morador de ese caos; sí, ahora estaba cerca de recuperar, no el tiempo perdido, porque ello es pensar en la forma sobre cómo volver de la muerte, si ella es tan árida, que extravía los pasos de quienes quieren encontrar un camino, pero sí el espacio para mi libertad.

Mi mente comenzó a imaginar muchos hechos, algunas potenciales alegrías; así que una lágrima brotó de lo más hondo de mi ser, pero esta vez tenía un sabor a tranquilidad:

—Por falta de pruebas —dijo el juez—, la sociedad me brindaba la posibilidad de poder seguir aumentando las arrugas, pero ya no enclaustrado en aquel mínimo lugar, sino afuera, donde los brazos pueden extenderse y los sueños pueden echarse a rodar, como hoja que el viento lleva sin cesar; allí, en ese instante, pude palpar el paso desde un rincón del inframundo hacia la puerta que llevaba a un paraíso, aunque, seguro, las calles de esa pequeña ciudad no lo fueran, pero, la libertad de que iba a gozar en adelante haría que fuesen como si lo pareciera.

Corre febrero de 1986, y había transcurrido ya un par de docenas de meses desde mi salida; entonces, encontré refugio económico en el oficio de construir grandes árboles de cemento, pero de igual manera pude comenzar a realizar mis propios ideales; carezco de muchos conocimientos, en muchos aspectos; no sé definir el amor, pero sé vivirlo de manera algo ingenua, al lado de la persona que decidió recorrer, junto a mí, el camino, hasta ahora, en compañía de dos ilusiones que se van convirtiendo en personas humanas y, algún tiempo atrás, decidí entrar en las oscuras calles de esta ciudad, “sorpresa” le llaman muchos, en uno de sus viejos sectores, donde el gusto de una sonrisa, el compartir con ajenos y extraños y el encontrar los pasos tambaleantes de algunos foráneos, provoca la tranquilidad de saber que, al final del a veces taciturno paisaje citadino, la sonrisa de esa compañera de experiencias, en el paraíso, siempre recibe el cansado albor de mi sombra, engalanada por la vieja ruana y el ahora roto sombrero y al entender que, a pesar de todo tipo de altibajos, siempre el cuerpo y el alma pueden resurgir desde la condición más baja del ser humano. —Este es solo un breve fragmento de una vieja vivencia de “El Vigía”, que se despide y brinda su mano a la que ha llevado estas, algunas de sus palabras, al papel, rodeado por la humedad de la noche, nublada por el terciopelo oscuro que se extiende sobre las nubes, pone su mirada sobre el asfalto y, quizá, le dice a su sombra, reflejada por la luz de los altos postes, bañada por las primeras gotas de lluvia que empiezan a caer desde aquellos “árboles de cemento” — como él los llamó—, que el tiempo había pasado casi desapercibido, pues, en el fondo, la armonía de su ser jamás se había dado cuenta de lo que había ocurrido.

ZAPATERO, A TU ZAPATO

Caminaba, en una tarde nebulosa entre charcos y con el agua encima, por lo que apresuré el paso; la noche deparaba un gran baile, engalanada de interesantes visitas, comida y música. Me dirigía a la calle de El Colorado, ubicada en el sector de Santiago, en Pasto, a recoger un par de zapatos elegantes, que el zapatero, don Luis, había dicho que tendría listos, para la noche esperada.

Al llegar a la zapatería, recordé que don Luis había sido un hijo del mejor amigo de uno de mis abuelos, hecho que despertó mucho mi curiosidad y pensé que, al aprovechar esa circunstancia, posiblemente me podría contar alguna anécdota sobre su labor y sobre su padre quien, según él me había dicho, había sido uno de los mejores zapateros conocidos en la ciudad, de modo que, cuando llegué, se lo pedí y él comenzó a hablar:

—Pues, joven, ¿cómo le dijera? Mi papá se llamó Jorge Pérez, conocido por sus amistades como don Jorgito; él fue un zapatero muy conocido por el barrio Santiago; en la ciudad de Pasto era todo un caballero, además de su gusto por la música y el bolero. Fue un zapatero de aquellos que satisfacían el gusto de sus clientes; su negocio, o su “puestico”, como él lo llamaba, estaba ubicado en esta la famosa Calle de El Colorado, calle que tiene su propia historia, decía él, cuando le preguntaban.

Según mi padre, la calle de El Colorado es conocida así por una matanza sangrienta, en el diciembre negro, en el año de 1822, cuando nuestro dizque “Libertador” mandó a matar a cuanto pastuso y pastusa hubiese en la ciudad; incluso decía que las mujercitas se refugiaban en la iglesia, pensando que allí los soldados comandados, no sé si estoy mal, por un tal General Sucre, no se atreverían a entrar, por respeto al templo; sin embargo, cuentan que entraron con todo y caballo, mataron y violaron a las mujeres que se escondían en la iglesia de Santiago. La calle de El Colorado se conoce así por, digamos, casi ríos de sangre que bajaban por esta precisa calle, ya hace muchos años antes.

Vaya a saber uno si la historia que tanto contaba a sus amistades, cuando le hablaban de su puestico, sea cierta, pero don Jorgito sí que era alguien muy completo: además de arreglar y remontar zapatos, él leía mucho, decía que aquella historia la leyó de un personaje, historiador, y no sé si fue amigo suyo, él es un tipo muy famoso en nuestra ciudad, llamado Rafael Sañudo. —Don Luis, heredero de aquel puestico de su padre, que aún conserva una gran clientela, la mayor parte de los días se encuentra allí, rodeado de zapatos llamativos y cuadros, de los que me llamó la atención uno, en el que estaba un señor elegante, con sombrero, chaleco, un reloj de bolsillo y unas alpargatas, estilo de los años cuarenta; entonces, le pregunté si él hombre que aparecía en el cuadro era su padre.

—Sí, joven, él es mi padre; ese cuadro es una reliquia para mí; esa imagen es una foto de cuando mi papá tendría unos veintinueve años; creo que fue de un año antes de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, si ni estoy mal. Mi padre era un conservador por herencia, pero liberal de pensamiento; era un gran lector, como ya se lo había dicho; él, en la mañana, recuerdo, madrugaba a las cinco de la mañana, iba a la misa de seis, regresaba, tomaba su café, se sentaba en una mecedora, prendía un cigarrillo o un habano y leía el periódico; a mí me gustaba mucho observarlo; luego, después de leer el

periódico, me llevaba a la zapatería, se ponía su overol, alistaba sus instrumentos, el martillo, las tachuelas, el pegamento, las plantillas, y empezaba a ordenar cada par de zapatos que tenía que remontar, los ponía en un turno: los tacones de los zapatos de las mujeres, una cantidad de zapatos elegantes, de todo tipo y gusto se encontraban ahí.

Yo, de pequeño, pensaba por qué mi papa tenía tantos zapatos; eran tantos..., no sé si era exagerado, pero, en niño, me decía que mi papá se ponía un par de zapatos por cada día del año. Así, un buen día empezó a enseñarme el arte de arreglar un calzado, detalle por detalle, paso por paso: “Lucir un buen calzado describe a una persona”, me decía mi querido padre. En ese momento, yo, extrañado, miraba mis zapatos. Uno de esos días, me dijo: “Bueno, empecemos: zapatero, a tu zapato”. Esa frase, según mi padre decía, era parte de una historia en la que un pintor estaba mostrando su obra y, preciso, pasó por ahí un zapatero, vio el cuadro y le dijo al artista:

—Señor a ese calzado le falta algo. —El artista le respondió:

—Pues, sí, tiene mucha razón. —De modo que el artista pintó de nuevo aquel detalle y, nuevamente, el zapatero, al observar la pintura, mencionó que aún le faltaba algo, por lo que el artista, ya enojado, le dijo:

—Usted solo critica los zapatos, no se fija más de los zapatos hacia arriba; dedíquese a lo suyo, señor zapatero. —Entre risas y nostalgia, don Luis recordó esa historia.

—Bueno, joven, tengo mucho trabajo que hacer; ya le comenté una breve anécdota sobre mi padre, que en paz descansa, y sobre la labor de un zapatero; pues, así herede el puestico de mi padre, ya hace casi veinte años me encuentro en esta labor, que me da el pan de cada día y, también, la oportunidad y el arte de conversar con muchas personas, así como usted, que vienen y charlan un momento, hasta que les entrego sus zapatos.

Así conocí a don Luis, el hijo de don Jorge, gran amigo de uno de mis abuelos, quien comparte muchas historias con las personas, habla mucho con señores mayores, porque le recuerdan a su padre y eso hace que don Jorge aún se mantenga en la memoria de su hijo.

Al final, me despide cordialmente de don Luis; esperando conversar algún otro día con él, me entregó mis zapatos, que quedaron al pelo, como nuevos y listos para reestrenar en la gran fiesta programada para esa noche.

“DIDGERIDOO”

“El sonido es medicina para el alma; el alma es libertad de pensamiento.”

Estas fueron las palabras que llegaron a mis manos, en el instante que pasaba por ese pasaje lleno de colores, en el centro de la ciudad, cuando mis oídos percibieron el

extraño recorrer de un sonido que acogía la atención de ausencias mentales puestas en el paso ficcional de un par de transeúntes, quienes recorren este mismo sendero día a día y observan, con opaca visión, toda la policromía que muestra este lugar, pero “Lobo” tenía ese toque particular en la forma de emitir sus notas, debido al sutil instrumento que reposaba en sus manos, en sus brazos y en la posición de sus pies; decidí, entonces, pausar las etéreas ideas que llevaba en mi cabeza para acercarme y poder escuchar un breve fragmento de ese “sonido medicinal”, lanzado desde los verdes pulmones, posados los ojos sobre la mirada de este personaje, al que quise robarle un poco de su tiempo; di un par de pasos hacia su presencia, para ahondar en su mirada sobre la monocroma imagen de mi camiseta; en un dulce silencio, prosiguió con el sonido de aquel particular instrumento; suspendí, con una frívola interrupción, aquella melodía, para expresarle una intención, la que saciaría una duda, que moraba en mis ojos; quería saber qué historia contenía aquel heteróclito instrumento; se detuvo el exhalar de sus pulmones, volvió a calar la monocromía de mi camiseta y brindó, con paciencia, el sendero de palabras que generan este relato:

—He recorrido, con la caricia de una insondable mirada, ocasos en los que un tramo de luz, surgido de la exquisitez del final de una jornada, ponen entre mi pecho y el abultado sonido de mi barba cierto toque de inspiración, para encontrar el sendero hacia un dulce sonido, que siempre cala mis manos con la más sutil tranquilidad, debido a este viejo instrumento, amorfo como la idea de explicar la existencia de un dios, pesado como la conciencia en tiempos de una penuria voraz, que quema una remota gota de sudor puesta sobre mi cabeza, pero ligero ante el andar de mis manos, cuando pasan su huella sobre el sendero de una natural silueta, con una mirada color zafiro y un aroma con sabor a viento; la naturaleza de la vida ha sido mi fiel compañía en noches cuando el sueño celeste de encontrar la silueta de una estrella se ve proyectado muchas veces en las arduas rocas, que han tropezado con el sendero de mis pies descalzos, aunque hubiera pasado gran parte de mis veintitrés sobre un arco iris, puesto siempre sobre el asfalto; la ausencia de mis últimos quince se encuentran en aquella natural compañía, puesta sobre el dulce sonido del agua, entre verdes tejas y hoscas caminos; “didgeridoo”

es el nombre de este menguado instrumento, que llegó hasta mis manos de una manera poco usual: me encontraba en el placentero viaje de liberar mi mente hacia mundos donde el error es parte del tacto y el acierto es ausencia de experiencia; por lo que los budistas, en su vasto saber, llaman “arte de meditación”, había adquirido esta forma de pensamiento de saber que la felicidad no se encuentra en la pueril esencia del dinero, ni mucho menos en el vano recorrer de un camino en su busca, sino puede estar en un



encuentro con la tranquilidad, y ello está en nuestro interior.

De repente, un “extraño” personaje acercó sus pasos a mi alrededor, permitió el regreso de mi alma hasta el cuerpo, al verse en el sentido deber, debido a la imagen que surgía de mi sombra, de entregarme el trivial trozo de árbol, en el esplendor de su naturalidad, en las líneas de mis manos; alcé un poco la mirada, recorrí el solitario lugar y en el

momento de emitir un sonido envuelto en palabras para preguntar por qué lo había hecho, respiró en silencio y dijo:

—El lenguaje es un vehículo que permite al ser humano, comprender la noción del mundo, pero la música encuentra en la intención de su promulgar, la esencia de la vida, puesta en la polisemia de diversos estados de la conciencia; así como tu sombra viaja atada al paraje de tus pies, ella transporta el movimiento de esos mismos pies, impulsados por el perpendicular camino de un estado llamado virtud.

El estado de mi mente había quedado en un trance entre entender el porqué de sus palabras o, mejor, asimilar su sentido; mis manos eran torpes ante el blando material del instrumento; el foráneo, que mantuvo su mirada puesta sobre la huella de mi barba, al recorrer con sus manos mi espalda, provocó un círculo de sensaciones sobre ella, dio un par de pasos hacia el lugar donde yacía mi sombra, bajo el color transparente que procedía de la menguante luna, que desaparecía por entre un par de parajes que, por el color de las horas, se tornaban ya lóbregos; ante la visión de mis oídos, el desgaste de mi viaje había comenzado a provocar el suave latir de mi corazón, hasta que el sitio comenzó a escasear de diafanidad, para dejar que reposara la extensión de mis pupilas sobre el blando lugar donde había pasado gran parte de aquel tiempo, de extrañas coincidencias y particulares experiencias. “Lobo”, que dirige cada palabra hacia el asfalto que sostiene al instrumento, lo toma con un poco más de fortaleza en el momento en que surgiera de su mente aquella grata experiencia, percibe el sonido de una moneda que cae a lo lejos dentro del recipiente donde yace un par más de ellas, lo que le permitirá, a lo mejor, esta noche retomar un poco de su fuerza física para seguir brindando aliento a su alma; aquella moneda había llegado debido al estirar de una mano, ausente ahora; tras desaparecer por entre la policromía de aquel paraje, sonrío y dice:

—De forma perpetua, este instrumento me ha brindado compañía y ha generado el equilibrio de lo que el ser foráneo llamó virtud; no estoy seguro si esas fueron sus palabras, o tan solo eran el reflejo expresado de un gran sentido, pero lo relevante sería cómo pensar en aquella virtud, al lograrlo a través del surgimiento del sonido único que emite tan dulcemente; es algo que lleva de manera involuntaria y agradable a transitar por una serie de parajes y palpitar ciertas emociones que salen del brote de su ser, rasgan las vestimentas del día a día, provocan la libertad de una expresión estética relacionada, de forma evidente, con el quehacer de una subyugada conciencia, que emite un plácido estruendo, pero nunca en el exterior, sino en el dominio interno de sus pasiones.

Siempre solía caminar entre zonas de húmedas tierras, rojizos arreboles y paisajes puestos en dulces acuarelas; había palpitado, con la misma intención física y espiritual

con que exhalaba, desde el carmín de mis pulmones, el viento que profanaba la melodía de este instrumento, que abre su mente en pro de una estancia poco usual, la de encontrar, entre quienes promueven una idea errante de la vida, un constante latir de pasos, los que han transportado a tratar de encontrar y contraer con el instrumento el reflejo de una idea, puesto en una policromía de miradas, cada una de ellas con el dulce crujir de una lágrima. Así, con cada paso, cada amanecer, cada respiración, se apodera de mi conciencia, para revelar una tranquilidad, puesta en el paso tenue de un recuerdo; es la voz de la tierra, la herencia del escape. Los antepasados representan el encuentro con nosotros mismos.

De repente, en el sitio donde “Lobo” se encuentra sentado y exhala las “sanadoras notas” del “didgeridoo”, suena una voz perturbadora, cual amorfo sonido, que aleja la concentración de su palabra y espíritu; señala que su presencia, cerca de la entrada del lugar, no es grata, puesto que la clientela del sitio se siente un poco “molesta”; por esa misma razón, “Lobo” levanta su pasiva mirada hacia el interior, desde donde se proyecta esta voz, y dice:

—Las personas, en el constante alboroto de la rutina, no entienden la relevancia espiritual que contiene este instrumento; siempre es una lástima que el desconocimiento de nuestra esencia se vea siempre reflejado en este tipo de acciones; ahora debo desplazar mis pasos hacia un lugar diferente, donde el valor del sonido que surge del instrumento no se vea interrumpido por estancias alternas a su musicalidad; el día comienza a irse, mis pulmones están un poco exhaustos, pero mi espíritu se encuentra en ese estado de paz, la misma que provoca el silencio del silencio, que es la música; el silencio del ser, que es dios; el silencio del tiempo, que es el alma; aunque el dinero ha manifestado su ausencia, eso carece de importancia en el instante mismo de encontrar esa paz; por ello, aunque debo movilizar un poco mis pasos, también debe hacerlo mi espíritu; del instrumento no solo surgen notas, emite melodías o, muchas veces, provoca “incomodidad” en quienes desconocen su intención; lo que importa, al final, es como este sonido medicinal alivia y calma las heridas del alma, puesto que, cuando ello sucede, el ser eleva su espíritu hacia el origen de la existencia, lo que provoca el placer de vivir siempre con una constante y tranquila sonrisa, ¡no es más!

“Lobo” levanta su cuerpo del sitio donde está sentado, da nuevamente una mirada a la imagen de mi camiseta, sonrío para expresar el sentido de lo que acababa de decirme, recoge con sus manos el instrumento, me hace a un lado, quedo en silencio por lo que acabo de escuchar, pongo la mirada un instante sobre el asfalto, cuando la levanto su ausencia hacía parte de mi presencia; “Lobo” seguro ya se dirigía hacia el primer fragmento de luz que se extendía desde un viejo poste en aquel paraje, extendía su mano, desde la lejanía de mi presencia, para hacer un gesto de despedida a aquella tarde,

cuando, por un momento, la rutina salió de base y la magia de la palabra reveló su policromía en la musicalidad de este relato.

ESCAPE

Dentro del más sutil silencio, posado quizá en la mirada intrépida de quien pasa la rutina de su tiempo en medio de lustrosos engranajes que apaciguan una lágrima que se asoma sobre una mejilla, en el momento en que la sombra de un recuerdo se tomaba de la mano con mi sombra, cual paso en medio de intemperantes huellas, tatuadas por el frío de la noche, llega hasta el encuentro con Jim, el personaje que, bajo la luz de un trago de licor, precisamente, cuenta este fragmento, loable diría, de un esbozo, cual sentido sonoro, que ha enmarcado su vida:

—La familia, siempre, juega el papel de ser un constante apoyo, en situaciones negativas que provocan problemas y desilusiones. —Comienza, con este pequeño señuelo, para llamar la atención—. Me encontraba pasando por una serie de tropiezos,

en los que, cada vez más, mi alma y espíritu, se hundían como barco a la deriva en medio de un desierto líquido, que lo único que hacía era secar el aire de mi pecho, al asfixiar la posibilidad de volver a ver a mi madre, aquella que, con una sonrisa, apaciguaba mis penas, pero el movimiento de mi cabeza era una constante rueda, en un arduo giro que no sabía cómo frenar, aquel hostil desierto despertaba la sensación de que tuviera una potencial y absurda reacción ante todo y todos; la agresividad brotaba por los poros, el dinero se esfumaba con cada vaso de licor, lo que aumentaba el delirio lagrimal de aquella mujer que había dado el reconocimiento de mi existencia. Mi madre, en una situación en la que ella, y los demás miembros del espacio contiguo a mi hogar, estaba siempre en el lado del sufrimiento, pero mi cabeza, en aquel constante giro, no podía parar, al impulsar, en el ocaso de cada semana, a cumplir la misma cita, con ella, una emperifollada y “clara” figura, que con aroma en su silueta lograba siempre envolver mi pensamiento, dejar sueltas las huellas de mis manos, para lograr que el equilibrio del cuerpo se esfumase, hasta el punto de quedar cobijado por el frío y policromo asfalto, donde mi figura reposaba, por el efecto maligno que me provocaba aquella figura, tan esbeltamente perfecta, tan calcinantemente destructora; así, las mañanas se tornaban opacas, como el paraje de la ciudad que envolvía los techos de las casas, con una constante desazón en la conciencia.

Desde sus manos se gesta el movimiento de un no, como golpe de pecho que toca de manera fuerte, con la mirada dirigida hacia el asfalto, aquel que esa noche estaba lleno

de grumos provocados por la constante caída de lluvia sobre la ciudad, mientras prosigue su palabra, para tratar de secar nuestras presencias con una estructura metálica:

—Mi madre, aquella mujer que sufría en silencio por el constante errabundeo de mis pasos, en compañía de lo esbelto de esta figura, una botella de licor, contrajo una extraña enfermedad, puesto que su cuerpo había resguardado en su interior años de un reposo mental, que le habían provocado quizá este mal paso; con el paso del tiempo, tuvimos que llevarla hacia ese frío sitio, donde la muerte ronda en sus pasillos de manera constante, para darle un poco de reposo a su cuerpo, mientras tanto yo trasladaba mis pasos hacia la puerta del hospital, para inhalar, en un esbozo del tiempo, desde la forma de un cigarrillo, en espera de una mejoría, en relación con mi vida y la



de mi madre.

Soy una persona con un gusto musical, que se inclina a aquel género que promueve el sonido del corazón, como un tambor que retumba en la mirada de la gente, ese sonido que mueve la silueta de las personas, en la algarabía de una canción, un ritmo que genera sensación, goce y “son”, como lo llaman muchos, la Salsa, de forma particular, que lleva, en el repertorio de mis emociones, un autor, como sentido musical, que remite la fuerza de sus ideas hacia un carácter social; de forma peculiar, existe, para la relación de esta historia —esboza una sonrisa, como forma que permite el sentir de un

silencio con sabor a recuerdo—, una melodía, como sentido que expresa el verdadero motivo por el cual me encuentro hoy evocando esos tropiezos; la familia hace parte constante de la proliferación del amor, pero, en esta situación, debe atraparlo un control, alguien que permita la entrada a un estado de reflexión, que deje se liberara el alma de las cadenas que detienen el paso sonoro de la vida; quizá las circunstancias se contraponen a las ilusiones, la enfermedad, la ronda temporal de la muerte, los excesos que permiten el daño del espíritu, el ímpetu de un comportamiento inadecuado, son, de alguna forma, signos, para quien los vive, de cómo encontrar la forma de salir de ellos; dicen que los abismos son lugares oscuros, en los que el hombre se encuentra cayendo siempre, pero siempre existe, alrededor de nuestras vidas, una motivación para no permitir la caída libre de nuestro cuerpo en esos abismos.

La familia es el apoyo más importante en la vida de cualquier persona, porque solo en ella el apoyo es constantemente incondicional; la canción de mi preferencia expresa de manera clara el sentido de mis recuerdos, el tiempo lo cura todo, con ayuda de la reflexión y el encuentro con Dios, hace posible que toda historia de vida contenga la musicalidad de un final, que incluyó, en mi caso, un fragmento de tranquilidad; mi madre ha mejorado y ello repercute en mi diario vivir; aquella expresa cita, con la visual voluptuosidad de aquella figura, ha dejado de ser constante; espiro el paso del tiempo en forma de cigarrillo, de manera ocasional, al tomar en mi mano una copa de ese venenoso líquido que equilibra las sonrisas con el dibujar de una lágrima, pero no de forma tan frecuente, como ocurría en algún momento del pasado, porque el amor de mis padres y el que le tengo a mis hijos se encuentran en inalcanzable cansancio, porque, a pesar de los problemas, familia es familia y cariño es cariño.

El tiempo, en que había puesto mi escucha para estas palabras, fue fugaz; debía cumplir con un foráneo encuentro, mientras Jim saca del fondo de su gris chaqueta un cigarrillo, para inhalar, como él dice, una parte del tiempo, nos estrechamos la mano, para dar paso a una despedida, espontánea; quizá dentro de un momento encontraremos nuevamente la presencia de la palabra, bajo una luz calada por la álgida caída del agua sobre el cuerpo, en compañía de una esbelta y sagaz figura que, cual un brebaje, provoca la evocación de un recuerdo. Jim se retira del lugar, su silueta comienza a esfumarse por entre el brumoso camino, hacia el encuentro con un par de amigos, que le preguntan, con aire de curiosidad, qué habíamos terminado de hablar; entonces, da un giro a su cabeza, para alzar la extensión de su brazo, para darnos un hasta pronto, de amistad. Jim había logrado un escape, debido a la escucha de esta melodía, en noches de reflexión y ese encuentro espiritual.

DON GUILLERMO Y SU ACORDEÓN

En una noche, fría, álgida, aburrida, silenciosa y escalofriante, me encontraba camino a casa cuando, de repente, oí el sonido de una canción folclórica nariñense. Ese sonido provenía de una casa ubicada por la calle 16, en la ciudad de Pasto; la curiosidad me llevó a golpear la puerta de aquella casa y allí apareció un señor, que dijo llamarse don Guillermo, el protagonista de esta historia.

Músico de vida, comerciante de “profesión”, me invitó cordialmente a que tomara una taza de café y fumara un cigarrillo. Me senté, rodeado de un espacio musical y, una vez establecido el diálogo, esperé con ansias que me contara alguna de sus anécdotas como músico. Él tomó un sorbo de café, encendió su cigarrillo y empezó a narrar:

—Inicié mi carrera musical a los 14 años; aprendí a tocar el acordeón con mi padre y lo dominé en seguida; sin nadie más que me enseñara, escuchaba mucho las canciones de la radio, como boleros, salsa y en especial música folclórica y típica de Nariño. Así, a partir del buen oído que caracteriza al buen músico, tomaba las notas y acordes hasta que dominaba como un juguete el acordeón-piano; recuerdo, con gran emoción, cómo interpretaba en mi acordeón canciones de Richie Rey y Bobby Cruz y las dominaba a la perfección.

Con un grupo de amigos formé una orquesta, que se llamó “Los alegres del ritmo”; cada quien cumplía con su función: estaba el que tocaba la guacharaca, la guitarra, la batería, el vocalista y yo, el acordeonero, y el más joven de la orquesta.

Ensayamos arduamente, por seis meses, interpretando canciones típicas, como La guaneña, El Miranchurito, etc., hasta que tuvimos la oportunidad de tocar en ínfimas fiestas, como bautizos, primeras comuniones, matrimonios, grados, etc., y, poco a poco, tuvimos una mayor acogida, pues ya nos invitaban a las fiestas populares de los pueblos nariñenses, como Sandoná, Nariño, La Florida, La Cruz, Catambuco, etc.

Llevábamos dos años compartiendo nuestra música en cada pueblo y en cada rincón de Nariño, hasta que nos invitaron a Mercaderes, Cauca, a las fiestas que año tras año tienden a celebrar. Era el año de 1963, y yo con apenas 16 años, recuerdo con mucho júbilo aquella noche, porque conocí al gran Tito Cortés, un cantautor famoso de aquella época, tumaqueño de nacimiento, que vivió casi toda su vida en Cali y fue un cantautor reconocido a nivel nacional e internacional, pues sus canciones, como Alma tumaqueña, Reconciliación, Si te vas, etc., lo llevaron al éxito.

Esa noche, junto con Tito Cortés, tocamos juntos aquellas canciones, compartimos, dialogamos y hasta nos emborrachamos, junto con la orquesta. —De acuerdo a las

descripciones de don Guillermo, respecto a cómo Tito Cortés manipulaba la guitarra, se refería a él, entre risas, y le decía que era el Jimmy Hendrix criollo, cosa que a Cortés le había causado risa.

—Aquella noche, con gran alborozo, la recuerdo como una etapa inicial como músico. Luego, hasta la edad de 20 años, estuve con mi querida orquesta “Los alegres del ritmo”, pero, entonces, entré a prestar el servicio militar a la policía nacional de Colombia; ocurrió, también, que mis compañeros ya no deseaban vivir de la música. Nos separamos y quedaron como recuerdo aquellas noches de fiesta, de algarabía, de júbilo, como recuerdos inolvidables, al son del folclor y la cumbia de nuestro querido Nariño, —y termina diciendo, con fuerza, don Guillermo, con su acordeón entre manos, interpretando La guaneña—, ¡qué viva Pasto, carajo!



Luego de estar en la policía nacional, que más me trajo fue dolores de cabeza, —dice don Guillermo, entre risas—, ya que casi no salgo vivo para contar el cuento, viví en Cali cinco años, acompañado de mi acordeón y tocando en bares, en las calles de Cali, junto con diferentes grupos y cantantes de poco crédito y, además, con mi ingenio de

comerciante, así me rebuscaba la vida, pero, entonces, decidí volver a mi Pasto querido, a reencontrarme conmigo mismo y siempre acompañado de mi querido acordeón que, aún hoy en día, a los años que tengo, conservo y toco, como aquel juguete que tenía desde mis catorce años.

Ya con 25 años de edad, me invitó el grupo Ronda lírica, el grupo folclórico con más éxito que ha forjado nuestra tierra, a interpretar canciones típicas, como: El miranchurito, Café amargo, Pastusita, Chambú, entre otras. Allí toqué mi acordeón y compartí con el gran Bolívar Mesa, el vocalista y forjador de tan famoso grupo musical.

En una de aquellas fiestas musicales, llenas de aguardiente, whisky, baile, mujeres, música, folclor, conocí al famoso Luis “el chato” Guerrero; charlé mucho con él, entre copa y copa, e interpretamos canciones como El Cachirí, Agualongo etc. Esa fue otra de aquellas noches que la música me ha dejado en esta vida —dice don Guillermo, con cierta tristeza.

Ahora, a su edad, siempre en sus tardes, en los fines de semana, en los momentos en que la melancolía y los recuerdos agobian su existencia, en un pequeño estudio está esperándolo su fiel compañero de toda una vida, su viejo acordeón, que representa a este viejo y no muy conocido personaje que ha interpretado la verdadera música, que es la esencia del territorio nariñense, que conoció y tocó junto a grandes personajes, como Tito Cortés, Bolívar Mesa y Luis “el chato” Guerrero.

Don Guillermo acaba su café y el último cigarrillo que tenía, se levanta y dice:

—Verdaderamente, recordar es vivir; la vida de un músico es alegre mientras dura; es como este café que acabo de tomar y este cigarro que se acaba de esfumar. La música, como la vida, son instantes efímeros que, en la vejez, vale la pena recordar, como lo he hecho en esta ocasión.

ROTACIONES

La rutina marca una pausa en el calendario; comenzaban un par de días cuando la cultura y creencias de la gente se plasmaban en la algarabía que confluía en un silencio en los templos de la ciudad; mientras la luna brillaba sobre sus extensos campos, iba caminando tras el paso adelantado de mi sombra, hacia un premeditado encuentro con quien brindaría la pasividad de su tiempo y el sonido de su voz para evocar una historia, cuyo tema es inusual, dentro de las tantas anécdotas que rondan en el sector; la naturaleza de una “rotación” logró que descansara un par de mis pasos en la entrada del lugar donde habita el personaje, quien estaba presente tras una vieja cortina; lanzo un llamado hacia el encuentro, su ausencia pasaba hacia lo irreal, brindó un saludo tenue como la misma luz de la luna que se posaba sobre el asfalto del sector, lo recibo con amabilidad, abre desde el esplendor de la cortina e invita a que siguiera mi sombra, tras el pasillo de su casa, cuyo destino es un último rincón, donde se encuentra la cocina; tomo asiento, mientras Flor, así se llama ella, deja que el café, que reposa en un pequeño recipiente, tome un poco de calor, para, en el instante de tomarlo, poder abrigar un poco su voz, con la idea de que lanzase de su diáfano recuerdo aquel relato, que puede dibujarse en este trozo de papel:

—Hace un tiempo, en una tarde perpetuada por el frío amanecer de la ciudad, me encontraba sentada frente al viejo marco metálico de la ventana, desde la mañana con una cálida frialdad, que permeaba el amplio color cenizo de mis cabellos; fue entonces cuando, por cosas del destino quizá, decidí tomar una vieja maleta, puesta bajo la cama cerca a un par de sandalias, con la firme decisión de emprender un viaje hacia el encuentro con el interior de mi conciencia, en una tierra donde la sabiduría no se rige por las largas líneas de un libro lleno de saberes, ni tampoco la refleja el andamiaje académico, que muchos promulgan como conocimiento real, más bien es un lugar donde esos saberes se incorporan en la popularidad de quienes los han vivido y “trabajado” —término acuñado, en variedad de ocasiones, por quienes divulgan saberes ancestrales— y no por lo anteriormente contado; en fin, iba yo, con una de mis hermanas, hacia el lugar, lleno de atractivos paisajes, donde el aire se siente a través de la naturaleza del asfalto, a pesar de que el camino era un poco áspero, además de largo, pero la experiencia que estaba a punto de vivir sobre el rastro de mi piel me dejaría, hasta ahora, con un par de vestigios marcados en mi vida.

Caminábamos, con mi hermana, dando un par de pasos tranquilamente hacia la “maloca”, donde podría contemplar y vivir la experiencia de aquella planta, cuyo viaje provoca un afamado encuentro con nuestro interior, da espacio a una serie de “rotaciones”, círculos, vueltas, espirales, revueltas, donde el espíritu sufre y palpa la

sensación de liberarse del cuerpo, errabundear por el sector, en fin provocar en la mente la ilusión de transportarse hacia otro espacio. El sendero iba llegando hasta su final pero, de repente, una presencia poco usual venía enfilada hacia nuestras siluetas, la de un viejo “chamán”, de aquellos que manejan policromos saberes, que dejó tatuada en mí una lóbrega mirada, algo que estampó huellas en mi interior, no de la manera como mi conciencia esperaba, sino con una diferente intención, la de poder robar la esencia de mi alma, para encontrar en la claridad de mi espíritu el alimento de su maldad. —Flor deja a un lado la taza que contiene el espeso café, sopla un poco su calor, para posar su mirada en una vieja figura, figura que jamás pude percibir. Mi cuerpo comenzó a sentirse un poco trémulo, las manos generaban un blando sudor y el corazón aceleraba el paso de latir hacia el golpe con mi pecho; fue una sensación muy poco agradable, tanto que, en ese instante, tomé un cigarrillo que traía en mi bolsillo, lo encendí para inhalar aquel venenoso humo de tabaco, para hacer que sintieran mis nervios que el episodio ya era historia, quizá ellos lo comprendieron así; para mi mala suerte, aquella mirada no solo había trastocado algunas funciones del cuerpo, sino que había quitado la tranquilidad de mis noches, para convertirlas en largos y extensos parajes, donde el firmamento nocturno reflejaba aquellos dos grandes ojos, que perpetraron, con su sombría luz, la huida de la paz de mi habitación.

—Habíamos llegado a la “maloca” para revertir, de alguna manera, aquel efecto malévolo, clavado en mi conciencia, para ingerir un poco de la esencia de aquella planta, cuyo poder curativo quitaría de mis venas todo el mal provocado; nuevamente la mala suerte o el poder de aquel oscuro personaje iban ganando la partida; comencé a generar desde mi ser malos pensamientos en forma de un líquido espeso, cuyo fin era llegar hasta el suelo; el cuerpo reflejó el cansado paso del día en la ligereza de un movimiento, con lo que pudiera reposar mi mente, durante un instante, cuando logré cerrar los ojos y, con ellos, dar un paso lateral hacia la cortina que protegía la entrada de aquella “maloca”. —Nuevamente, realiza una pausa, mientras echa un breve bostezo, para poder seguir rememorando aquel pasaje de su vida; el cigarrillo ya no hace parte de su rutina, logra transformar el tiempo en pequeños cuadros, vistos alrededor, tan pintorescos como los colores que conforman la cortina de la entrada del pasillo. Continúa diciendo:

—La noche había llegado a su fin, el día traía sus primeros rayos de luz, para darle color al paisaje; traté de levantarme, pero la sensación de lo ocurrido retornó de forma ligera a mis pensamientos, lo que llevó a que mi cuerpo cayera en un largo letargo; una lágrima escasa recorría el pómulo izquierdo de mi rostro, me encontraba en una sórdida incertidumbre, pensaba en cómo mi vida cambiaría, en cómo mi alrededor se tornaría hacia otro sentir, el corazón lanzaba un par de gritos y las manos tomaban con poca fuerza un trozo de tierra, con la idea de poder dejar atrás este trago amargo. —Regresé a la ciudad, aquella misma tarde; el sol posaba un poco de su luz sobre las calles, la gente

transcurría de manera rutinaria, hacía sus quehaceres; mi hermana regresó a su hogar, quizá con la misma preocupación por la “rotación” de mi situación; el tiempo pasó, lento como aquella vieja manecilla que sigue sus pasos, las noches se tornaban cada vez más difíciles de sobrellevar; no sabía qué hacer, en verdad; de repente, mi hermana decidió compartir algo de su presencia en mi casa; conversamos un poco acerca de lo ocurrido, tratando de encontrar una posible solución; Miriam —que así se llamaba— me dijo: “No te preocupes, todo saldrá bien; la intención comienza a desaparecer”.



Obscuro retrato

Diego Alexander...

La intriga se apoderó de mí, aunque con un tinte de tranquilidad; dejé que el tiempo siguiera su curso, hasta que una solitaria noche, cuando me encontraba en el ínfimo espacio de mi habitación, mi cuerpo se sentía agotado por el transcurso de las horas y lo abrigué con la amplia sábana, lo que le daría descanso a mis movimientos, encontré, en el paso de mi sueño, aquella penetrante mirada sobre mi ser; tal fue mi reacción que el corazón, como en la vez anterior, palpó tan rápido, se aceleró tanto como se pasan mis horas en aquellos encuentros con la policromía de mis cuadros; traté de arrancar esa mirada definitivamente, cuando una voz, que se acercó al larguero izquierdo de mi cama, dijo con suave calma estas palabras: “Ten fe.”

Traté de buscar el origen de esa voz, pero todo ello había transcurrido tras el lúcido episodio del sueño donde estaba sumergido mi espíritu; el ímpetu de mi conciencia rebosó la copa del ensueño, desperté de manera abrupta; moví, con ligeros pasos, mi cuerpo hacia la cocina, tomé un vaso de agua, para refrescar el fuego de mis manos; en un instante dado, el cuerpo comenzó a sentir una ligera sensación de paz, una pequeña dosis de tranquilidad; la larga espera por este instante había pasado; Miriam, quien, en el amplio conocimiento de estas experiencias, había logrado entrar en el espacio de mi mente donde la penetrante mirada había intentado sembrar la semilla de su maldad, puesto que la persona a la que correspondía había fallecido el mismo día en que decidí regresar a la ciudad, desde entonces su mirada había quedado fijada en mi mente; debido a la benevolencia de Miriam había podido erradicar ese espíritu que, en el fervor popular, llaman el “mal de ojo”; lo curioso de la historia es que ella jamás manifestó su presencia, ni desde el instante del desafortunado encuentro con el chamán, ni tampoco en el momento en que ella y yo “conversamos” para encontrar una posible solución a lo que estaba ocurriendo; su presencia física había desaparecido hacía algunos meses, solo su imagen, reflejada en mi mente, se había introducido y creo que aún lo hará por algún tiempo. —Flor deja escapar una pícaro sonrisa; ante el silencio de mi mirada, dirige nuevamente la suya hacia aquella vieja figura, la misma que en un primer momento yo no había podido percibir, pero que, con el término de la historia, se encuentra metida en mi imaginación, sacude un poco el cenizo color de su cabello, toma el tiempo en su reloj, marcan las 11 y 30 de la noche, tarde ya para mi presencia en casa ajena, se despide con esa misma sonrisa y me pide un último favor:

— ¿Puede apagar el bombillo?; se encuentra muy arriba y esta noche debo dormir sola; mi hija y mis nietas se encuentran fuera de la ciudad. —Solo un par de cuadros acompañan mi paso hacia la habitación.

Doy un par de dolorosos pasos desde aquella cocina hacia el encuentro con el pasillo que me llevaría a ver la vieja cortina, para dejar que mi sombra hiciera parte nuevamente del asfalto decorado por la tenue luz de la luna llena, cual diáfano color que

se resalta aún más, mientras saco un cigarrillo para renovar desde mi mente aquel relato que había acabado de escuchar.

MUERTE EN LA CALLE

Un miércoles en la noche, divagando entre la gente, entre la noche, entre variedad de olores, colores y sabores, observé a alguien en “búsqueda del rebusque”, que cuidaba carros y, con un pedazo de pan, alimentaba a su único y fiel amigo, su protector, su compañero de vida, de muerte en la calle.

Curiosamente, al ver a este personaje con su perro, recordé un cuento de José Félix Fuenmayor, un escritor colombiano, titulado: La muerte en la calle. Me acerqué a la persona con el ánimo de que me contara una historia, que empezara por cómo había conocido a su fiel compañero, llamado Ranger.

Carlos Alberto, el protagonista de esta breve historia es un tumaqueño, de 33 años de edad; según él, tiene la edad de Cristo, y empieza a decir:

—Vivo en la calle hace cuatro años, me gano la vida cuidando carros casi todo el día; la comida me la gano “rebuscando” en restaurantes, cafeterías, cualquier chuzo, en compañía de mi perro. A mí, la gente siempre me tiene presente, yo no soy un bicho raro para ellos. Gracias a Ranger, mi perrito, mi socio, mi “parcero”, como le quieran decir, la gente nos ha cogido un aprecio que nos mantiene con vida a los dos; ya sabe, parece, cómo es la vuelta, la movida en la calle es una cosa verraca; el tan solo estar vivo, respirando el nuevo amanecer, el día a día es algo que agradezco mucho a mi Dios, porque, sea lo que sea, yo tengo fe, aunque si algo le pasara a mi perro, que me lo maten o me lo roben, esa fe no sé para qué sirva, pero todo está en la mano de Dios, de Chuchito lindo, ¿si me hago entender, loco?

Carlos Alberto fumaba un cigarrillo que yo le ofrecí, además de unos cuantos centavos; observa todo su alrededor mientras su perro estaba acostado mirando que todo esté bien; quizá estaba más cuerdo que su propio dueño, en aquel momento.

—“Panita”, este perro todo pulgoso, pero hasta más inteligente que yo, y lo digo sin vergüenza alguna, me salvó la vida, aunque para mí la vida es una miseria, y más para alguien como yo, que estuve preso, privado de la libertad durante diez años, “encanado”.

Carlos me pidió otro cigarro y suspiró tan fuerte que, entre el humo del cigarrillo, quizá quería que su alma también se elevara y se esfumara como aquel Marlboro que sujetaba entre sus manos tronchadas y quebrantadas.

—Me encanaron cuando tenía 19 años por razones que ya no importan; pagué cuatro años en la cárcel de Tumaco y me trasladaron a la cárcel de acá; en Pasto cumplí mi sentencia y hace cuatro años que vivo en esta ciudad; no regresé a Tumaco porque allá la vida ahora está “caliente”; creo que si voy, me matan, y dejar a mi Ranger abandonado, sí, ¡ni por el putas! La vida en la cárcel es otra historia que no se la cuento, porque simplemente quiero olvidarla, aunque sé que es imposible, pero yo me siento ahora un hombre nuevo, pobre, sin plata, vicioso quizá, más quién sabe cada cual sus vicios sean, ¿sí me entiende?



Lo más bonito que recuerdo de la cárcel son los primeros días de libertad, aunque la vida misma sea una cárcel [entre risas]; salí de allá; bueno, me pregunté, ¿y ahora qué

hago? No tengo donde ir, no tengo casa, no tengo familia, no tengo nada; quise acabar con mi vida metido en el vicio, hasta que sea un don Nadie, una bazofia más de este puta mundo. Fue, en esos días que deseaba volver a robar para poder comer, cuando por el Barrio Marquetalia miré a este cachorro rondando una esquina; lo adopté, dormía conmigo en las calles, la gente me miraba con él y me tiraba cualquier moneda, o cualquier billete de a luka [entre risas]; me seguía a todos lados; llegó un momento en que no sabía si él me seguía a mí o yo lo estaba siguiendo a él; creo que esos momentos en que uno está con la mente volando a otro planeta, a otro mundo, él siempre estaba ahí protegiéndome de que nada me pasara. Se convirtió en mi mejor compañía y ahora los dos somos inseparables y me gano la vida humildemente cuidando carros; es lo que hago, buscando el pan de cada día, tanto para mí como para el viejo Ranger. —A Carlos Alberto, nombre de jugador de fútbol, de cantante, quizá le esperaba otro futuro que el de cuidar carros para ganarse la vida, sin embargo transmite felicidad a las personas que lo rodean; es un “callejero” como su perro Ranger, que quizá fue quien le enseñó a vivir en la calle.

—Bueno, mi pana, ya le conté una parte de mi historia, cómo conocí a Ranger, mi perro, mi socio, mi compañero, mi tranquilidad; ahora tiene tres años y lo cuido más que a mi propia vida, y sé que morirá algún día y ese día que muera yo me voy con él y moriremos aquí donde nos conocimos, en esta selva de cemento, como decía Héctor Lavoe, en esta calle que me trajo, me trae y me traerá mucha felicidad y tristeza; eso es todo, mi buen amigo; áspero, bacano dialogar así, pero nos tenemos que ir a buscar nuestros cartones, nuestros periódicos para dormir, más quién sabe el despertar.

Carlos Alberto se marchó junto con su fiel amigo Ranger; en un cuarto de hora, compartió su historia; entre un par de cigarrillos, un pedazo de pan y muchas risas, se fue a buscar una manera de salir de su conciencia; a lo mejor quizá desearía él ser el perro y que su perro fuese él, o quisiera que su perro adoptara el lenguaje humano para que, en el momento de ir a dormir, compartieran ambos un cigarrillo, conversasen, se rieran, se emborracharan y murieran en la calle, en uno de los tantos andenes que han recorrido.

SALTOS DE PERSPICACIA

La hora del café se acercaba; el padre, el personaje de las constantes grietas en el camino, estaba a punto de cerrar el negocio que durante algún tiempo les había brindado la posibilidad de subsistir en esta “selva de cemento”, como lo menciona cierto artista conocido entre los más comunes lugares de la ciudad; mientras tanto, esperaba frente al negocio a una persona cuyos pasos habían recorrido, según sus palabras: “muchas partes del país”, en uno de los oficios más comunes, pero gratificantes, que tiene la gente de esta ciudad: el rebusque; así, eran las cinco y treinta de la tarde, en el reloj que marcaba el paso del día, y encuentra al “viejo Richard”, así lo llaman quienes han conocido, de alguna manera, los pasos que ha dado en su vida, de pie, mientras aguarda el momento de contar el siguiente relato:

—Parcero, —comienza diciendo—, yo empecé en este negocio aproximadamente hace trece años, cuando logré obtener mi título como bachiller y quise comenzar a vivir el mundo, por medio de la ganancia de un dinero, con el fin, primero, de poder darme cierto tipo de gustos y aportar, de alguna manera, a los gastos de mi hogar, como todo el mundo; he sido empleado y lo fui, en primera instancia, en un lugar donde la mercancía se encuentra en constante salida, por la cualidad de sus precios y su uso; comencé ganando cierta cantidad, lo cual me brindaba la posibilidad de darme algunos gustos; era 1995, un año, de alguna manera, agradable, pues mi estabilidad se encontraba en equilibrio y mis ganas de vivir afloraban, al punto tal de que el alcohol y los cigarros eran un deleite para mis sentidos; ropa, zapatos y la soltería eran el constante aliciente de mi vida.

El tiempo pasó y el contrato en aquel lugar había caducado, pero la oportunidad de seguir trabajando no cesó y, hermano, logré entrar a un sitio similar, en algunos aspectos, en donde la paga era un poco reducida y aquellos gustos ya no tenían tanta constancia; mitad de año laborando en aquel lugar y la realidad nuevamente daba un golpe certero a mis ilusiones; otra vez el tiempo de trabajo había llegado a su fin, así que decidí seguir intentando y, siendo perspicaz, ingresé a un sitio donde el producto es aquel que salvaguarda el paso de la gente, en el camino de la rutina y, allí, de manera afortunada, conocí a la madre de mis hijos, lo que trajo consigo, además de felicidad, una responsabilidad, ya no con mis gustos, sino con mi primer hijo; por ello, el dinero que ingresaba a mis manos pasaba desapercibido, pues debía responder no solo por mi estabilidad, sino por el bienestar de aquella criatura, que estaba bajo el cariño y el amor de mi esposa y yo.

En ocasiones, me gustaba disfrutar de un trago, un cigarro y una conversa en compañía de aquellos “amigos” que se encontraban en una situación económica diferente; saliendo de “canal”, como se dice comúnmente cuando una persona siempre deja entrever la falta de dinero para tomarse un trago, a veces realizaba esa acción, pero ellos, al ver mi situación, comenzaron a murmurar lo real de mi estado y, evidentemente, fueron dando un paso al costado.

Nuevamente la vida me dio la oportunidad de retornar a mi primer lugar de trabajo, pero el tiempo de laborar fue corto. Era ya junio de 1998, el mundo se encontraba en el apogeo de un evento, cuyas emociones y pasiones se entremezclan con tanta fuerza que la realidad se trastoca y todas las miradas se centran en ese evento, el mundial de fútbol, Francia 1998. En la época del mundial, tuve la oportunidad de salir a vender “láminas” (o “caramelos”, como los llaman otros), referentes al evento, así que obtuve un buen ingreso y la situación en casa y mi situación, en cuestión de probar un trago, cambió momentáneamente, pero el mundial terminó, así que la situación volvió a tornarse compleja.

Entonces, encontré un empleo, en donde el café hace parte del andamiaje y la gente deleita el paladar de la palabra en compañía de este producto, así que servía y atendía a esas personas, gente “cachetuda” que, de manera constante, lo mira a uno como “menos” y la cabeza siempre debe estar abajo, porque, de lo contrario, el jefe siempre está recordándole a uno que: “Detrás suyo hay gente que, en verdad, necesita el trabajo”; así, hay que “aguantarse” todo eso.

Por eso, tomé la decisión de buscar un nuevo rumbo, fue cuando la ilusión de una promesa llegó a mis manos: una marca reconocida había requerido de mis servicios y experiencia como vendedor, pero, repito, “tan solo una promesa”; el trabajo se encontraba sujeto a fuerza, explotación y falta de seguridad, tanto en salud como en lo social, al punto de llegar a desgastar mi propia ropa por el sacrificio que debía hacer en esa labor, cargar, llevar y traer mercancía de la marca, en fin, dejando a la deriva a mi familia y su estabilidad.

“Hermano”, en 1999 abrieron un nuevo almacén en la ciudad, trabajé durante un tiempo allí, pero la explotación seguía siendo constante, por parte de la persona que se encargaba de impartir las órdenes, a pesar de que el trabajo realizado era demasiado pesado, pero el horario era demasiado extendido, la paga no era igual; un día, llegando al fin del mes once de aquel año, ese personaje preguntó dónde podía conseguir los elementos necesarios para la realización de una comida, en vísperas de fin de año; por mi parte, presté mi voluntad y lo induje a cierto lugar de la ciudad, donde podíamos conseguir esos alimentos; compró las verduras más llamativas, los “bultos” más grandes y las frutas más dulces, pero, en un momento dado, aquel día una orden que no me

pareció, pues mi ropa se encontraba en un estado de limpieza, que no estaba dispuesto a desperdiciar por realizar una labor que no me correspondía, pero sus palabras soeces y su mal trato me hicieron enfurecer, así que, nuevamente en el lugar de trabajo, obedecí de mala manera, como decimos por acá, e ingresé todo lo que habíamos traído hasta una bodega, dentro del establecimiento, pero su arremetida no paró allí, pues comenzó a “montármela” hasta el último día de aquella temporada, finalizando mi trabajo con una paga que no correspondía a lo pactado, en el contrato, y me “echó”.

Diciembre es una época en la que todo es felicidad, alegría y paz, la gente sonríe y disfruta de muchas cosas, familia, amigos y demás cosas, pero mi situación no daba pie para esas celebraciones; el fin del 99 y principio de dos mil han sido una de las peores temporadas de mi vida, no por la falta de esposa, hijo, familia y amigos, sino por la incomodidad de la falta de dinero. —Una pausa, “el viejo Richard” atiende una llamada, referente a la labor que realiza en la actualidad, la misma que quizá lo ha puesto en el plácido y confortable sitio que lo ha llevado a conseguir el sustento diario, pues, en este país, el “rebusque” hace parte de la actividad de millones de personas, para poder sobrevivir y, entonces, cuenta cómo se inició en esta labor:

—“Hermano”, —dice, girando su mirada hacia un conocido que le saluda cordialmente, de manera espontánea—, entré en estado de depresión, le pedí a mi madre hasta para poder deleitarme con un cigarro; a causa de ello, aparecieron “amigos” que, en vista de mi situación, me brindaban una o dos copas de licor; así comencé a tomar la costumbre de “arrimarme”, como se dice por ahí, a ellos, para conversar, reír, recordar y hasta anhelar tener un trabajo, todo ello conducido por el delicioso elixir del alcohol, acción que repetía, entre semana, cuando tenía la oportunidad u oportunidades; no era cuestión de alcoholismo; mejor mencionarlo como la manera más fácil de escapar y olvidarme de aquella depresión, por la falta de empleo; no estaba siendo perspicaz.

El tiempo pasaba y el momento de trabajar no llegaba; mi madre se empezaba a tornar un poco “aburrida” por la constante “ayuda” que me daba, pues llevaba sobre sus hombros el peso de una carga familiar, ya que mi padre jamás tuvo “velas en ese entierro”; intenté varias veces encontrar un trabajo, pero las respuestas siempre eran desalentadoras; busqué y busqué, pero no tuve fortuna en ello. Mi madre laboraba vendiendo la suerte, dibujada sobre un número y una serie, en un papel. Un día, yo había comprado tres docenas de calcetines, para brindarle la posibilidad a mi madre de tener un ingreso extra, pero ella hizo caso omiso a mi propuesta; aquel día comencé a tomar unos tragos y, en el instante de llegar a casa, pude observar encima de un viejo armario esos calcetines.

Al día siguiente, después de aquellas copas, tomé la decisión de buscar dinero, por medio de los calcetines, así que empaqué las tres docenas, hice un cálculo espontáneo y

me dije: “Si logro vender una docena, tendré algún dinero para ‘tomar una semanita’, más o menos”, así que salí de casa y emprendí el camino hacia el encuentro con el objetivo, sitios y lugares conocidos en la ciudad, barrios por donde había dado los pasos de mi niñez, esquinas donde había entablado las primeras conversas con el amor y espacios donde mi juventud había quedado plasmada en los muros de un recuerdo, tanto que, en ese instante, tenía tanta vergüenza en mí, como en el temblor de la voz para comenzar a “ofrecer” el producto, pues las apariencias, en esta y muchas ciudades, juegan un papel importante en el momento de vender algo, menosprecian a quien trabaja en este oficio, que es como cualquier otro... —el “viejo Richard” levanta las manos, en forma expresiva, para exteriorizar un sentimiento de simpleza y realidad—, ... sin darse cuenta que todo mundo, en esta sociedad lo hace o lo ha llegado a realizar; al final, comprendí, “hermano”, que la vergüenza era la que me impedía vender, pero, en un espacio donde la gente llega y se va, abordando buses, carros y hasta “carretas de caballos”, se encontraba un viejo amigo mío que, con un tono sarcástico e irónico me llamó, diciéndome: “¡Eh, medias de mil!” riendo un poco.

Me acerqué, con la mayor educación del caso, porque en la estancia en el almacén aprendí a ser respetuoso, y le dije: “Buenas caballero, ¿en qué le puedo ayudar?”, y su sonrisa fue aún más irónica; al final, me compró un par de calcetines y, así, logré obtener los primeros “mil pesos”; en aquel mismo lugar, una vieja campesina llamó a mi presencia, dejando ver su interés por el producto, y accedió a comprar dos pares más —nuevamente una sonrisa surge del “viejo Richard”, para decir—: aunque el billete de aquella viejecita estaba muy viejo, tanto como ella, pero eso no importó, pues era la segunda venta; estaba tranquilo. Así, llegaron las 5 o 6 de la tarde, no lo recuerdo, el final de la jornada, y en mi bolsillo tenía una cierta cantidad, que no había visto hacía un tiempo; así transcurrió la semana y, al finalizar la misma, había logrado obtener un dinero, que solo hubiese sido posible con el esfuerzo de dos o tres semanas; las “ganancias de tomar” habían desaparecido por completo; reflexioné y me dije: “La vergüenza que tenía o, más bien, el temor de que alguno de mis amigos, vecinos o compañeros del colegio me viesen, voy a convertirla en dinero”. Así comencé en este negocio, el comercio de calcetines, viajando, conociendo y compartiendo con muchísima gente, dando a conocer mi trabajo, porque “este es mi negocio” y con él he podido salir adelante y cumplir una serie de cosas que, hace 13 años, lo que llevo en esto aproximadamente, no hubiese podido lograr; es por eso que el orgullo de ser un “vendedor de calcetines que recorre las calles” lo llevo siempre presente, transmitiéndole ello a mi esposa e hijos. Ahora lo dejo, “parcero”, porque debo ir a entregar una mercancía en aquel lugar. —De esta manera, el “viejo Richard” alza la maleta y un par de bolsas, donde lleva toda la mercancía, pero, también consigo, el peso de un pasado, que lo ha hecho ser una persona de bien; el peso de un presente, que le brinda la posibilidad de vivir de buena forma, y la responsabilidad de un futuro, el de su

familia, o el suyo quizá; a la larga, solo el tiempo y las circunstancias determinarán la respuesta, pero lo único verídico es que esta gente, como él y como muchos en este país, encuentra en el espacio de la “informalidad” una razón fraterna para vivir, porque la vida no es un juego, donde debemos dar siempre “saltos de perspicacia”.

CACERÍA DE IMÁGENES

De camino, entre calles vacías, entre días calurosos y álgidas noches, vi a alguien que dibujaba, retrataba y pintaba lentamente un confuso y extraño rostro; me pregunté si aquel señor, de figura delgada, rostro melancólico, que insinuaba una cierta frustración, quizá porque sentía que ya está en una edad en que uno se pregunta: ¿yo qué he hecho de mi vida?, ¿por qué nunca fui lo que quise ser?, ¿por qué mis sueños salieron de manera equivocada?, pero Edgar, que así se llama el protagonista de esta breve historia, dice:

—En esta vida, nadie debe arrepentirse de absolutamente nada.

Me acerqué al señor, el que, de tan solo verlo, inspiraba el deseo de plasmar su figura en un gran lienzo, le dije si aceptaría conversar y compartir una de sus anécdotas de vida por un momento conmigo; Edgar aceptó, pero no al instante; con un cierto “ego”, respondió:

—Bueno, muchacho, uno siempre tiene algo que contar, pero hoy no es el día; debido a que tengo que terminar esta “obra de arte”, venga mañana a mi casa, por ahí a las tres de la tarde y con mucho gusto charlamos, ya que tengo también unas poesías que acabo de terminar. Un tiempo después, recogió su carpeta llena de retratos y variedad de paisajes, me extendió la mano y se marchó, como si mi presencia le incomodara.

Fui, al día siguiente, a su casa, que era un largo andén; miré por todas partes, pero Edgar no se encontraba allí; observé a un grupo de ancianos y jóvenes, que día a día van a la iglesia a recibir de las monjas una taza de café y un pedazo de pan, les pregunté a algunos de ellos si sabían algo de Edgar; uno de ellos, en seguida, me respondió que él no solía ir mucho por ahí y que rara vez iba a recibir su café.

Recorrí algunos lugares cercanos en búsqueda de Edgar, pero fue en vano, excepto que en algún momento miré hacia el suelo y descubrí una hoja manchada por algunas gotas de la lluvia, era el retrato de una mujer, que no me pareció tan llamativo, razón que me llevó a pensar que ese retrato podría haberlo hecho Edgar.

Pasó una larga semana y, a pesar de mi búsqueda, no encontraba a Edgar por ningún sitio, nadie me daba razón de aquel señor que se consideraba un “gran artista” y hasta poeta, hasta que, en un atardecer, lo vi que caminaba lentamente, me le acerqué con cautela, caminé hasta el final de ese largo andén para alcanzarlo y le dije:

—Buenas tardes, señor Edgar, ¿cómo ha estado? —Él volteó, me miró y respondió de muy mal humor:

—Otra vez usted, muchacho; pensé que ya no volvería a encontrarlo, ya que no vino a mi casa y a la hora que yo le había dicho. —Esa respuesta me sorprendió; en seguida le dije que yo sí había ido donde él me había dicho y a la hora estipulada, pero nadie me había dado razón de él ni de su paradero; que, incluso, lo había estado buscando por una semana y no lo había encontrado sino hasta ese momento. Edgar me miró muy seriamente y, con una sonrisa dibujada en su rostro, empezó a decir:

—Joven, es que mi casa no es ese andén, mi casa está en todas partes; yo, como artista, debo de estar en muchas partes, que no creo que usted conozca, razón por la cual no me encontré; espero que para la próxima tenga más suerte, para así poder charlar con usted y contarle mis experiencias. —Yo le pregunté si aceptaría hablar conmigo solo por un instante, solo cinco minutos de su tiempo, pero él respondió:

—Ya es tarde, muchacho, a esta hora tengo que marcharme, pero venga a mi casa el viernes en la noche y, seguro, conversaremos. —Nos estrechamos las manos y, entre risas, para no mostrar mi desconcierto, le dije:

—Señor Edgar, tarde es cuando amanece —y me marché, camino a casa.

Volví el viernes y, como esperaba, no lo encontré, así que decidí dejar que pasaran varios días, para empezar de nuevo mi “cacería”; recorrí algunos lugares que poco o, mejor decir, nunca había recorrido antes; recordé que en uno de esos panoramas, que Edgar, quizá sin querer, dejó que yo viera, había una iglesia, que se me hizo muy familiar; sospeché que ese dibujo representaba un lugar muy frecuentado en las tierras sureñas nariñenses; como no encontraba a Edgar, decidí, sin pensarlo mucho, ir a aquel lugar.

Al llegar a Catambuco, un pueblito cerca de la ciudad de Pasto, empecé a deambular por sus calles, a ver a su gente y no descubrí el rastro de Edgar, sino hasta que me llamó la atención que allí estaba el mismo grupo de jóvenes y ancianos que ya había visto antes; ellos se encontraban fuera de la iglesia y esperaban recibir algunas limosnas, o recibir alguna comida de parte de la comunidad, ya que, el domingo, al pueblo de Catambuco lo visitan mucho por su majestuosa iglesia. Le pregunté a uno de ellos:

— ¿Sabe si el señor Edgar ha estado por aquí?, —pero recibí parecida respuesta a la de unos días antes:

—No, joven; Edgar rara vez viene los domingos por acá. —Al regresar a casa, estaba algo alterado; me sentía como si, con Edgar, estuviera jugando al gato y al ratón, cosa que, a pesar de todo, me causó algo de risa.

A la mañana siguiente, en el mismo caminar de todos los días de la semana, pasé cerca de una galería de arte y vi hacia un lado y, ¡qué sorpresa!, Edgar estaba ahí, sentado con una franela en el bolsillo y un pincel en las manos, dibujando y vigilando unos carros. No deje que me viera; pensé que si me le acercaba, se incomodaría y de nuevo se iba a perder; por eso, seguí mi camino, con la esperanza de volverlo encontrar al día siguiente.

Así, comprobé mis sospechas; resulta que Edgar siempre, en las mañanas, estaba sentado pintando y vigilando al frente de esa galería de arte; así que, un martes, decidí acercarme a él, que me divisó y me miró con asombro, así que le dije:

—Señor Edgar, ¡qué sorpresa encontrarlo por aquí! ¿Cómo ha estado? ¿Será que ahora sí me puede regalar un poquito de su tiempo? —Él me respondió:

—Muchacho, pensé que ya no le interesaría encontrarme y conversar conmigo, ya que han pasado varios días y usted no daba señales; le cuento que hoy sí voy a poder contarle una anécdota, de las tantas que he vivido, pero lástima que hubiera llegado a esta hora, porque marcan las doce y debo marcharme a buscar mi almuerzo, así que vuelva en la noche, jovencito, que esta vez sí me va a encontrar en mi cambuche, en aquel andén que ya conoce; espero que cumpla y no falte, ya que pienso cambiar de personaje y así ya sería más difícil que usted vuelva a reconocerme. —Edgar me extendió nuevamente su mano y yo le respondí:

—No se preocupe, don Edgar, que lo que yo he estado buscando ya lo encontré y déjeme decirle que agradezco haberlo conocido y que usted hubiera compartido su tiempo conmigo.

Así conocí a Edgar, ese personaje protagonista de esta breve historia, artista, trabajador y, hasta me atrevo a decir, gran “imitador” ya que, por sorpresas que da la vida, supe que en realidad era el nombre del dueño de la galería de arte, donde pintaba y vigilaba los carros; él era el maestro que unos días antes había conocido como aquel señor de rostro melancólico.

¡Vaya a saber qué personaje estará representado ahora, qué “cacería de imágenes” estará haciendo para dibujar día a día esos hermosos y extraños retratos y paisajes que lleva en su vieja carpeta!

PASO FRAGMENTADO

La última hora de labores había terminado, así que salí de mi sitio de trabajo para dirigirme a casa, el reloj marcaba casi las ocho y veinte de la noche, el frío de las calles y su hostilidad engalanaban de cierta manera el recorrido a casa, cerca de una de las avenidas más conocidas de la ciudad, donde comercio y multitudes se compaginan para ampliar esa hora de regreso; se podían vislumbrar a lo lejos artículos y elementos, en ocasiones superfluos, que hacen parte del itinerario de los muchos transeúntes que intercambian ilusiones o necesidades a cambio de una cantidad justa de dinero y allí, mientras espero el transporte que me llevará a casa, me encuentro con un personaje que abriga las álgidas noches del sector, con una bebida que no solo abriga el temblar del cuerpo de la gente, sino acoge el alma en un suspiro; la venta de café ambulante es el oficio que “El mono” ha tenido durante mucho tiempo, más aun cuando de su boca siempre surge una respuesta positiva en el momento en que cualquiera de los muchos transeúntes le pregunta

— ¡Oh, monito!, ¿cómo vamos?, —y su acertada contestación segura es:

—Todo muy bien, cada día mejor—. Antes de que el transporte llegara hasta la extensión de mi brazo para su parada, quise hablar un poco con él; en la paciencia de sus palabras, como el humo de aquel café que se alarga hacia la oscuridad emperifollada por la luz del comercio, hace remembranza de este relato:

—Estaba yo muy joven, cuando comencé a buscar la manera de cómo ganarme la vida; tenía cerca de 18, mi esposa y yo trabajábamos en cosas independientes, venta de ropa o zapatos y uno que otro elemento que nos brindaba cierta economía, pero no la suficiente para cubrir gastos en general, así que decidimos ahorrar algo de dinero y emprendimos un viaje, hacia otra ciudad, grande, de amplias calles y bellos lugares, fría como la madrugada de domingo, de clima medio como el atardecer de un paisaje, que por su historia siempre ha acoplado miles de personas en ellas en búsqueda de empleo o una oportunidad de progresar; pues como te digo, “Zarco”, las cosas acá estaban un poco difíciles, más cuando el poco dinero que teníamos, mi esposa lo estaba malgastando y eso así no tendría resultado, así que, como te dije al principio, nos fuimos de acá. —Hace una pausa, en el recorrer de la historia, mientras uno de los muchos transeúntes, se acerca para adquirir un poco de café, a cambio de unas monedas; “El mono” lo sirve y le brinda una diáfana sonrisa, para dejar salir en sus palabras un:

— ¡Con mucho gusto!

— ¡Ah!, y ¿qué?

—Bueno, como te venía diciendo, nos fuimos allá, pero créame “Zarco” que la situación no cambió; sssss —dice, con esa expresión que muchas veces se lanza para referirse siempre a un mal aspecto—, trabajábamos y vivíamos en una constante ceguera, digámoslo así, pues no eran labores estables y vos sabes que las necesidades no esperan, ni mucho menos los gastos; entonces, nada, pues debimos pasar un buen tiempo en dicha situación, ¿sí me entiende?; ella comenzaba a entrar en desespero; yo, siempre confiado en Dios, sabía que esto iba a cambiar y que, como dice el dicho: “No hay mal que dure cien años ni cuerpo que...”, bueno, usted ya sabe, tuve que sacrificar los espacios con ella, las horas y, por mucho que me doliera, decidí que había que tomar una decisión. Alguien por ahí me dijo que un señor, un hacendado muy poderoso, estaba muy enfermo y necesitaba una ayuda, para poder trabajar, así que tomé un transporte hacia su lugar de residencia y allí estaba él, acostado sobre sábanas limpias y bien planchadas, una cama de fina madera y gran porte en una amplia habitación, que incluso superaba el espacio en donde mi esposa y yo compartíamos las noches, muchas veces en vela, pensando en solucionar el día de mañana.

Ese alguien, viejo “Zarco”, era un primo mío, que había trasladado no solo sus pasos, sino también sus sueños, a esta población y había conocido a este señor, que le brindó una mano y su apoyo para, de alguna forma, poder salir adelante, esta quizá era para mí una prueba que Dios, o el destino, habían colocado en mi sendero; me acerqué de la forma más cordial a aquel hombre, de barba ancha y oscura, con una mirada larga, que recorría mis piernas y manos, y una energía simple, pero confortante para quien pudiese entablar una amena conversación con él.

—Buena tarde, —dijo—; el nombre que llevo no tiene más importancia que lo que te quiero proponer, por ver, en tus pasos, el cansancio de no encontrar una alternativa para salir adelante, pues la persona que te ha traído hasta mí me ha dado una buena referencia y por ello he decidido ayudarte; ¿ves todo este gran espacio, este bello paisaje y la extensión de esta finca? —De inmediato respondí que sí, pero con la intriga de saber a qué se refería exactamente.

—Esto me pertenece, ha sido el fruto de un arduo trabajo, años de sacrificio y la recompensa es esta: una gran y cómoda casa, una cantidad de dinero que satisface cualquier tipo de necesidades; el progreso de una familia, que ahora es tan solo un recuerdo, etc., etc., etc..., pero ¿sabes?: sí te digo que me falta algo y que ello precisamente es lo que me ha impedido trabajar y seguir cosechando los frutos de una vida confortable durante algún tiempo ¿Qué pensarías que puede ser? Pues, “Zarco”, la respuesta no podía tenerla de inmediato; daba y daba vueltas, pero, en verdad, no se me ocurría nada, pues uno piensa, ¿cierto?, que cuando la estabilidad económica está bien puesta, pues no le puede a uno faltar nada, entonces ¿qué le impedía seguir en su

trabajo? Nuevamente me miró de arriba hacia abajo, con aquella mirada larga, que comenzaba a inquietarme; respondí:

—La verdad, no tengo idea, pues veo que todo lo que tiene ha sido fruto, como usted lo dice, de mucho sacrificio; entonces, no lo sé. —Esbozó una leve sonrisa, mientras que mi primo se iba, para no escuchar la respuesta de aquel señor.

—Sabes, “monito”, —me dijo—, el dinero en la vida no puede verse como algo indispensable para alcanzar la felicidad; —me dijo—, he trabajado, sí, pero algún tiempo atrás los médicos me han determinado una falencia en mis extremidades inferiores; es decir que mis piernas ya no sirven de nada y el tiempo que me queda de vida, aunque no es mucho ni tampoco poco, ya no lo puedo disfrutar como estoy acostumbrado a hacerlo, así que, por esa razón, estoy recostado sobre estas sábanas limpias y esta gran cama, hecha en madera de pino, pero ¿de qué me sirve, si mis pies ya no pueden transportarme donde yo quiera?; pues, dependo de tu primo para poder mover no solo la parte útil que queda de mi cuerpo, sino también el movimiento de mis sueños y anhelos se ven estancados por este infortunado suceso, así que te propongo una cosa... —Ante esta respuesta quedé como que ¡ah, puchas! y esperé con atención su propuesta, aunque no tenía idea de cuál sería.

—Veo que tienes una postura joven y de buen semblante; ¿sabes?, quiero que escojas lo que desees, esta casa, cualquiera de los autos que están fuera, uno de mis mejores equinos o toma la clave de mi cuenta personal y retira la cantidad de dinero que te parezca, para que así no debas preocuparte más por necesidades de ese tipo... —mi reacción fue, más que una sorpresa, una sospecha, pues ¿cómo, cierto, un desconocido le va a ofrecer todo esto y hasta más, diría yo, a otro?, —... pero, con una condición, —dijo—, dóname tu columna, para que así me puedan operar, pues todo lo que tengo es tan solo material de satisfacción, pero no existe nada como poder caminar, correr e ir en busca de los sueños, trotar, saltar y recorrer el mundo por los caminos más sencillos; puedo viajar por el mundo, claro, pero siempre estaría dependiendo de algo o alguien y ello sería demasiado frustrante para mí, así que la decisión está en tus manos.

En ese momento, comencé a entender que el desespero y la angustia de mi situación no se podía comparar con la de aquel señor; había caído en cuenta, “Zarco”, que la cuestión no se trataba de afanes, más bien de valorar y saber que las capacidades físicas que uno tiene debe aprovecharlas al máximo y no dejarse acongojar por cosas que no tienen importancia; de inmediato, la respuesta que tenía en mis manos se la brindé:

—Gracias, señor; ha podido abrirme los ojos, pues no tenía la idea de valorar lo que tengo y lo que Dios me ha dado, ¿sabe? Quiero enfrentarme al mundo y luchar por los sueños.

—Veo que la sensatez hace parte de ti; muy bien, tu primo tenía razón; eres una persona en la que se puede confiar y la que tiene un empuje y ganas de salir adelante; te deseo lo mejor y que la vida te llene no solo de cosas buenas, sino de felicidad. —En ese instante, le extendí mi mano y, en el momento de darnos el apretón, el señor, y toda la escena, desapareció, la luz del sol había quemado un poco mi cara y, cuando desperté, mi esposa estaba allí, en el más pleno de los sueños, creo, no sé, ¡ja, ja, ja!, pero ese día, “parce”, salí y logré conseguir una base de dinero para comenzar mi propio negocio, comencé a vender café y más, ¿cierto?, en aquella ciudad donde este producto tiene su mayor producción en el país, tomé las riendas de mi vida y supe que volar, correr, caminar o saltar no es cuestión de tener anhelos económicos; más bien pienso, “viejo Zarco”, que es poder de decisión y saber encontrar el camino, para usar bien nuestras piernas y alcanzar nuestros sueños. Bueno, ha sido un gusto haber conversado, lo dejo, debo ir a vender los últimos cafecitos de la jornada, porque siempre cada día es mejor; nos vemos, chao, “viejo Zarco”.

Así, a pesar de que el transporte que me llevaría a casa hubiera pasado un par de veces más de las previstas, dejo que el café, que me ha brindado “El mono”, despida la última parte de su calor y tomo el último sorbo de su contenido, mientras él, que se va perdiendo entre la multitud, deja que caiga sobre sus hombros la luz de los altos postes que alumbran el sector y la mano de todos aquellos que lo admiran y saben que es una persona que ha sabido recorrer una parte de este camino.

SILUETA MUSICAL

La semana comenzaba a dejar el rastro de sus primeros días, el tiempo y la rutina se habían tomado de la mano para, con la presencia de una luna intermitente y un fuerte viento, que acariciaba con su melodía los techos de la ciudad, generar un encuentro, entre dos conocidos, uno de los cuales hace surgir, por medio de sus remembranzas musicales, la apertura a esa historia de desamor, que quizá ha marcado su vida, de manera permanente:

—La música ha sido, para mí, el alimento que ha dado pie a lo poco que tengo; comencé en este oficio desde que tenía cerca de 18 o 19, no recuerdo muy bien, pero, de manera infortunada, por culpa de la música perdí a la madre de mi hijo, quien es tu amigo, por cierto; yo tenía un grupo de música tropical, que estaba teniendo su auge en ese tiempo; junto a mi hermano y un par de amigos, ensayábamos horas y horas, con mucho esfuerzo, eso sí, para llegar a cumplir el sueño que tienen muchas personas a esa edad, ¡la fama!, pero, de forma inoportuna, esto se volcó hacia un lado negativo y, aunque hoy en día tengo una esposa y un hijo, que también conoces, ese episodio de mi vida fue algo agridulce, por decir, pues, como te acabo de mencionar, perdí a una persona muy importante para mí. —Henry deja escapar un suspiro desde el interior del movimiento de sus manos, quizá al recordar, con cierta tristeza, esa parte de su pasado que aún toca el movimiento de sus pensamientos:

—Mis amigos y yo comenzamos a tener un poco de fama en el sector, un par de contratos aquí, una invitación por acá, una cortesía más allá, en fin, y con ello vino, de manera igualitaria, pero certera, el encuentro con las largas noches de goce, algarabía, juergas y todo lo que conlleva el ser un músico “reconocido”; al menos, ese era el pensamiento que nos rodeaba, pues las largas horas de trabajo y de disciplina habían comenzado a dar un poco de frutos y, por ello, esa actitud; además la grata combinación de rumba, música, mujeres bonitas y alcohol, fue lo que nos condujo, como se dice comúnmente, “del cielo al infierno”.

Mi esposa o, mejor dicho, mi ex-esposa y yo esperábamos la llegada de nuestro hijo, una ilusión que alentaba cada día las ganas de seguir en este oficio; el tiempo pasó y él llegó a nuestras vidas, dándoles un nuevo aire, incluso fue inspiración de un par de melodías, pero no le vayas a decir, él no lo sabe, que logramos tocar y dar a conocer en el medio, aires musicales que ponían a gozar a cuanta persona los escuchara. Yo tocaba, aunque aún recuerdo un poco, lo que se llama “bongó”, pequeño instrumento, de percusión, ¿lo debes conocer, verdad?

—Claro que sí; es más, he intentado un par de veces tocarlo, pero no ha funcionado; soy una persona con poca magia para provocar sonidos en un instrumento.

—Listo; entonces, como te dije, esa mezcla de todo ello me dio la oportunidad de conocer a una muchacha que, aunque era menor que yo, no tuvo reparo en tener una relación conmigo, pues, sin que sea necesario que me creas, en esa edad yo tenía mi buena apariencia o, como suele decir la gente, mi “pinta”, y ella me buscaba; irónico ¿cierto?; al final, el tiempo, el consumo de trago y el paso de los años van acabando con eso. —Del interior de la cocina, llega una voz dulce, tenue, que atraviesa la puerta que separa el sillón, donde se encuentra sentado Henry, que dice:

—Amor, ¿les sirvo un cafecito?

— ¿Quieres un poco?—me pregunta.

—Está bien, gracias.

— ¡Sí, m’ hija!, con tres de azúcar. —En el fondo, aparece su actual esposa, con la que tiene un hijo más, que me brinda una sonrisa sutil, al decirme:

—Buenas noches, joven. ¡Qué gusto verlo por acá! —Con una respuesta similar, el encuentro es espontáneo y, al volver a poner mi atención en la mirada, posada encima de los lentes, que tiene Henry, sigo oyendo su relato:

—Como venía diciéndote, conocí a una muchacha alta, ojos color marrón y un cabello largo exquisito; recuerdo muy bien esos detalles, porque ello era lo que más me gustaba; bailaba y, además, tenía un gusto sutil por el canto, así que, al dejarme llevar por la emoción y sin pensar en la razón, comencé aquella aventura que, luego, se convirtió en el motivo por el cual perdí a la mujer que amaba.

Estábamos en constantes encuentros, a escondidas, como dice la canción, siempre acompañados de un trago, una cerveza, en compañía de un par de cigarros; las noches se volvían más y más largas; el gusto pasó a ser un estado de cariño y, con esto, la imagen de mi esposa iba desapareciendo, así como la poca fama que habíamos logrado con mis amigos; yo estaba cada vez más ausente del grupo, mi hijo iba creciendo, estaba casi por cumplir su primer año, pero, créeme, poco lo vi crecer, reír y hasta llorar, pues mi vida giraba en torno a esa muchacha, pues el control de esa relación ya se me estaba comenzando a salir de las manos. —En las tazas de café queda su último sorbo y, luego, la mujer da, una vez más, un asomo de su presencia, para recoger los recipientes y llevárselos, sin interrumpir la conversación:

—Comenzábamos a sentir que no podíamos vivir el uno sin el otro, el tiempo no me alcanzaba para casi nada y la relación con mi esposa se tornaba cada vez más opaca, constantes discusiones, por mi trabajo, por la falta de atención, tanto a ella como al niño, y las mentiras que siempre le decía, respecto a los “ensayos”, pues no quería, ni

tampoco pretendía, que se enterara de la verdad de mi ausencia, pero la muchacha y yo estábamos tan “encarretados” que poco o nada me importaba si se daba cuenta o no.

Una noche, en la que departíamos en un sitio conocido de la ciudad, en ese entonces, pues hoy en día suelo caminar por allí y tan solo queda el recuerdo de lo que fue aquel encuentro bonito pero, a la vez, triste, que viví en esa oportunidad, bailamos, conversábamos de ese alegre sentimiento y dejábamos que el tiempo pasara, sin que nos percatáramos de ello y de lo que estaba a punto de experimentar; el sitio estaba lleno, la música era acorde a nuestro gusto, ¡la noche era nuestra!, pero jamás pensé en encontrarme en esa situación.

Mientras tomábamos el último sorbo de licor, puesto en una mediana copa, alcé la mirada en busca de la persona que nos estaba atendiendo, pero lo infortunado fue que, delante de esa persona, se encontraba la madre de mi hijo, la mujer que había estado conmigo durante tanto tiempo, pero que ahora había descubierto una verdad que, por su peso y su complejidad, era algo inevitable de que se llegara a conocer y mucho menos de entender; Carolina, ese es su nombre, no quise mencionarlo por temor a recordar. — Nuevamente, Henry deja escapar un suspiro, pero esta vez con un sonido más opaco y hostil, tanto como la soledad del ser en medio de un desierto, lleno de ilusiones.

—De inmediato, ella dio la vuelta, clavó una mirada en nosotros, que lastimó mi corazón, aunque yo sabía que, no había nada peor de lo que le había hecho; el telón cayó; aquella muchacha y yo quedamos perplejos por este incómodo instante, y dejamos de inmediato ese amor, furtivo. Quise alcanzar el largo paso de mi esposa, pero ya había desaparecido entre la gente que se encontraba allí; para mi mala suerte, no pude volverla a ver por mucho tiempo, pero, ¿sabes una cosa? —me pregunta con cierto sosiego—, aunque el tiempo ha pasado y hace mucho no la veo, hoy en día me siento tranquilo pues, aunque no lo creas, descubrí que ya no la quería, ya no sentía amor por ella; más bien, era un situación de compromiso, pues la muchacha y yo estábamos ya enamorados; no voy a negar que me dolió, en verdad, su pérdida, sí, pero, al final, aquel amor furtivo ha marcado no solo mi vida, sino el nuevo rumbo que decidí darle al lado de aquella muchacha, la cual has visto durante todo este tiempo que hemos estamos conversando. —No puedo evitar sentirme sorprendido por esta última parte de la historia; además, no sé a quién se refiere, pues la conversación solo ha sido entre los dos y nadie más se ha presentado en el relato.

— ¡Muchacha!, —dice Henry—, ¿nos puedes hacer un favor?

Tras la cortina que separa la cocina de los sillones, vuelve a sonar una dulce y tenue voz, que ya había pasado por nuestros oídos, sin que yo pudiese darme cuenta, para dejar así en entredicho el porqué de aquella “pérdida” transformada en un evidente y placentero cambio, para Henry.

— ¿Me espera, que voy a ir a fumar un cigarro, con este otro conocido? —Así, el narrar de dicha historia llega a su fin; mostramos la sombra de nuestras manos sobre el asfalto que cubre el antejardín de su casa, se proyecta la extensión de la mano para hallar una sorpresa y exhalar una certeza, en medio de una suave y lánguida cortina de humo alquitranado, para, luego, comenzar un nuevo relatar sobre lo que muchos llaman siluetas musicales.

DON BRAVO, EL TENDERO

Transcurría la tarde de un domingo de aquellos que por diferentes razones son tediosos; por casualidad, la música de El gran combo, un grupo famoso de salsa, llegó a mis oídos; la canción que sonaba era “Azuquíta p’ al café”; en seguida, recordé que debía ir a la tienda a comprar una libra de azúcar para el café de la tarde. Todas las tiendas cercanas estaban cerradas, pues quizá la gente percibía el tedioso domingo sobre sus espaldas. La única tienda que estaba abierta era la conocida tienda de don Bravo. Al llegar a la tienda, él estaba sentado al lado de las vitrinas antiguas de madera, que ocultaban su presencia.

— ¡Buenas tardes; a vender! —En seguida, salió don Bravo—. Por favor, ¿me vende dos mil de pan y un litro de leche? Muy seriamente, como él se caracteriza, me pasó las cosas, me dio las vueltas y se volvió a sentar, oculto entre las vitrinas.

Don Bravo, o don Eduardo, como es su nombre, es un personaje de unos 70 años aproximadamente, de aspecto muy conservado; tiene su tienda hace ya más de cuarenta años, que está ubicada al frente de la capilla de las visitandinas, cerca al Parque Infantil, en Pasto. Luce casi todos los días o, por decir, todos los años un delantal largo de color gris, con grandes bolsillos, donde guarda las monedas para dar el cambio. Es de ideología conservadora, asiste a misa todos los días a las seis de la mañana y abre su tienda de igual manera, sin importar que el día esté tedioso o aburridor. Para él, su tienda, aparte de su esposa, es lo más apreciado que tiene en la vida.

Se preguntarán cómo hice para que él estuviera dispuesto a contarme una breve anécdota y me regalase un poco de su tiempo, ya que su tienda es muy frecuentada y la que mayor clientela tiene en el sector; sin embargo, ese tedioso domingo me favoreció.

—Don Eduardo, disculpe, ¿sería usted tan amable de compartirme, en un breve tiempo, una anécdota suya como vendedor, de su vida, o lo que usted pueda contarme?

—No entiendo por qué a un joven como usted le interesa saber sobre mi vida; pierde usted su tiempo; vaya, mejor, y tómese su café; no pierda más el tiempo. —Al menos, supe por qué la gente le decía don Bravo; de algún modo, esperaba esa respuesta; le dije que estaba interesado, porque, además de que en el barrio es un personaje muy conocido, de hace ya muchos años, estaba interesado en escribir sobre él.

—Bueno, joven, pues no sé qué contarle, aparte de lo que sabe, según imagino, lo que la gente ha dicho; no soy un tipo diferente a los demás, sino con un carácter fuerte, que he llevado, al pasar de los años; me gusta hacer las cosas al derecho, como Dios manda, atender mi negocio, ir a misa, pasar tiempo con la familia y esperar que la muerte me lleve; esta tienda la tengo hace ya cuarenta y ocho años, para ser exactos; el 18 de mayo

de 1968 fue el primer día o, como se dice, la inauguración; los niños y niñas del Colegio Las Franciscanas y todos los habitantes del barrio estuvieron presentes, ya que hice una pequeña fiesta; a pesar de que la gente piensa que soy alguien bravo y de mal humor, en esos tiempos era aún joven, me gustaba ver a la gente feliz y contenta; para los niños, les ofrecimos, con mi esposa, muchos dulces; para la gente, una comilona y un baile; bueno, en fin, fue un día de esos inolvidables.

Don Bravo quedó en silencio por un momento, mientras tanto llegó una monja a comprar muchas cosas; don Bravo la atendió de muy amable forma; quizá la conversa le subió el ánimo por un instante; con ella, hablaron sobre la situación de la iglesia, sobre las ventas de empanadas que las monjas hacían cada domingo, sobre la familia, mientras tanto yo esperaba a que terminaran su amena charla.

—Joven, pensé que se había ido; bueno, ya le conté cómo empecé mi tienda; déjeme decirle que esta tienda es tan vieja como lo es la Panadería Alsacia, la Valladolid, o la Papelería El Trébol, entre otras; la vida, en aquel entonces, no era tan costosa, todo, digamos, pues, no en exceso, pero le alcanzaba al bolsillo de las personas, a diferencia de ahora que todo está más caro, que da miedo; entonces, con esta vida tan costosa, ¿cómo no quieren que uno no sea bravo? Hace veinte años, por ejemplo, un cuarto de arroz estaba en unos 2800 pesos y ahora está a 16.800, si no me equivoco. La inflación nos tiene jodidos, este país nos tiene jodidos; esa es una de mis razones por la cual me defino como una persona seria, por las injusticias y la pobreza que existe en este país. Yo no soy una de esas personas que solamente se queja; yo, en lo que pueda, ayudo y más aún cuando era joven, pero ahora, fíjese usted que mi edad ya no está para esos trotes; ahora, mi vida está aquí, en mi pequeña tienda, mi familia y la gente; soy de pocos amigos, pero con los que tengo me basta.

Se dice que todo tiempo pasado fue mejor, joven, y, la verdad, para un viejo como yo, que vive de recuerdos, tener algo en qué pasar el tiempo es algo por lo que estoy agradecido a la vida y a Dios; recuerdo esos años primeros en la tienda; luego, tuve a mis hijos, ahora nietos, y la tienda aún está ahí; es lo máspreciado que tengo y espero que si algún día muero, alguno de mis hijos siga con la tienda, pero todo se acaba, ¿verdad, joven?

—Tiene razón, don Eduardo; usted es una persona muy sabia y que ha servido a la gente por casi 50 años; eso es algo de admirar; le agradezco mucho por regalarme un poco de su tiempo; ¿me vende un queso, por favor? y lo dejo porque ahí viene la monjita de nuevo. —Recibí el queso, le di la mano y el agradeció, también, por el poco tiempo que habíamos charlado; de modo que me fui, camino a casa, a preparar el café, me senté en el comedor, escuché nuevamente la música, suspiré y dije entre mí:

—Al fin, este tedioso domingo ha terminado.

MADRE ABUELA

En el Barrio Santiago, ubicado en Pasto, justo en la esquina de la majestuosa iglesia, doña Leonor se encuentra sentada en un banco de madera, con una canasta de plátanos, bananos y tomates. La viejecita, de ya 83 años, pasando un día, acomoda su asiento y desde las ocho de la mañana hasta siete de la noche se sienta ahí a esperar que alguien le compre las pocas cosas que tiene para ofrecer.

Inusualmente, pase por ahí, le compré unos dos bananos, para el camino, que era largo, le pagué con un billete de dos mil pesos, pero como ella no tenía cambio, me fio la compra.

—Señora, mañana paso nuevamente por aquí y le traigo los 500 pesos; es usted muy amable. —Ella, con una sonrisa, que me recordó la sonrisa de mi finada abuela, dijo:

—Tranquilo, joven; cuando pueda me los paga, que tenga un buen camino.

Al día siguiente, en horas vespertinas, pasé nuevamente por el lugar y me llamó la atención que la señora estaba dándole de tomar agua a un vagabundo, que estaba con una botella vacía de licor en sus manos; ella lo tenía en un rincón del andén cobijado y pendiente, también, de sus canastas de frutas.

—Señora, ¿cómo está usted? Vine a pagarle los 500 pesos y, de paso, me vende una mano de plátanos y dos mil de tomates, si es tan amable.

—Jovencito, gracias; claro, venga le vendo los tomaticos y los plátanos, que están maduritos.

— Señora, disculpe la pregunta: ¿el señor que está ahí es pariente suyo? o ¿me equivoco?

—Sí, él es el menor de mis cuatro hijos; la vida no es fácil, pero, gracias a Dios y a la Virgen, estamos vivos; él se me volvió un alcohólico; un vicioso, en fin. Ya no va a la casa a dormir, se la pasa en las calles, sabrá Dios en qué pasos ande, pero, hel' áhi, fíjese que uno como madre siempre debe estar con los hijos. Los demás hijos se fueron a otras ciudades, me abandonaron; la vida en injusta; después de haberlos criado, ellos se fueron de la casa a otra ciudad; me mandaban algo de vez en cuando. Mi hijo mayor sí fue todo un hombre, por él tengo los pocos pesos que me quedan, pero después de su muerte todo cambió, pero, bueno, es un poco larga la historia jovencito, ¿para qué le voy a quitar su tiempo? Se ve que usted es un joven muy juicioso. Le puedo pedir el favor de que me ayude a cargar esos cajoncitos hasta más allá, que ya se hace de noche y debo irme.

—Claro, señora, con mucho gusto, pero, si quiere, puede, en este ratico, seguir contando y, también, hablarme un poco más sobre su vida; es bueno compartir con las personas, ¿no cree usted?

—Claro, tiene razón, ¡qué pena con usted, aquí sin ofrecerle ni un cafecito!, ya hasta me da pena, usted sabe. Pues, bueno, joven, mi madre se llamó Gertrudis Rodríguez; mi padre, Juan Carlos Bastidas; crecí aquí, en esta ciudad, cuando aún no habían edificios, todas las casas eran grandotas, con sus bonitos patios, sus amplios corredores, las calles eran empedradas; los domingos de mercado eran lo mejor; mi mamacita me llevaba a vender la papita a la gente y, desde pequeña, yo seguí en este oficio de alimentar a la gente, ya que mi padre fue un campesino y hasta administrador de una honorable hacienda.

La ciudad era tranquila en ese tiempo; fíjese que ahora es tan ruidosa y la gente tan huraña; no sé, todo ha cambiado, me siento orgullosa y agradecida con mi Señor de haber pasado mi infancia, mi niñez, como se dice, en tan buenas épocas...; sin duda alguna, lo mejor de mi vida; después, ya llegan los hijos y obligaciones que le sacan las canas a uno; como este que tengo acá, dormidote allí, y borracho.

Antes, no había mucha gente como ahora, no había tanta pobreza como ahora; la comida era más saludable; en mi caso, vivía muy bien. Con el pasar de los años, la muerte de mi hijo mayor y muchas cosas más hicieron que ahora esté mal, pero no hay que bajar la cabeza; como decía mi mamacita: “las pastusas nunca nos damos por vencido”; somos descendientes de las ñapangueras, las mujeres guerreras y verracas, como se dice, joven.

Bueno, joven, otro día hablamos masito, porque tengo que irme con el borrachito a la casa y el camino es larguito; que tenga usted una buena noche, que Dios lo bendiga; gracias por la comprita. —Doña Leonor hablaba con un sentimiento eufórico, como esperando que la muerte ya se la llevara, pero es por sus hijos por los que está aun con ganas de vivir, por el que falleció, por los que dice la abandonaron y por el que aún sigue a su lado, a pesar de las circunstancias; es una de tantas señoras que suelen estar en los andenes vendiendo sus frutas y verduras, para ganarse el pan de cada día.

La vida quizá fue injusta con ella, pero ella no es injusta con su vida; hace lo que sea para estar bien; al otro día, siempre lleva sus canastas, siempre está en la esquina de la iglesia recibiendo a su hijo, que llega borracho, pero que, cuando está bien, le ayuda a vender y a conseguir las frutas y víveres. Doña Leonor me recuerda a mi querida abuela y quizá por eso me quedé ahí acompañándola y escuchándola, como si yo fuese un nieto suyo que solamente quería oírla. Ella se despidió de mí y desde entonces siempre paso por ese lugar, le compro unos bananitos y a veces me quedo saludándola por un momento, ya que me satisface verla sonreír cuando me acerco y le compro algo de su canasta.

TESTIMONIO DE AMÉRICA

Justo, cuando oía la emisora, llegó a mis oídos un poema de Agualongo en la voz de Humberto Álava, conocido como Beto por sus amistades y familia, con un tono de voz y con un manejo de la palabra envidiable; un personaje único, por su voz prodigiosa.

Humberto Álava Apráez es uno de los pocos pastusos que dedican parte de su vida al arte de la declamación, aparte de ganarse la vida como profesor de inglés-francés. Nació en enero del año de 1960, hijo de un gran contador y de una gran señora, llamada Julia Apráez, apellido muy reconocido por estas tierras nariñenses.

Entre tantas charlas que hemos sostenido, recuerdo momentos en que era un niño y cada vez que oía en la radio una de sus poesías, grababa en un cassette su voz y, junto con mi hermano mayor, “declamábamos” sus poesías, como La palabra, de Aurelio Arturo, Quiero beber, de Luis Felipe de la Rosa, La marioneta de trapo, de Gabriel García Márquez, entre muchos más, cuyos títulos y nombres no recuerdo.

En niños, jugábamos a remedar a Humberto, su voz y sus movimientos, pero, en verdad, nos gustaba mucho, aunque hubiera sido por un breve tiempo, e imaginábamos o pensábamos que Humberto era un actor, como los que aparecen en la televisión.

Ya, meses antes, sostuve una charla con Humberto, en la que le pregunté cómo era su vida en la adolescencia, cómo llegó a ser uno de los mejores declamadores que tiene Nariño.

— ¿Cómo te dijera? Yo fui una persona que aprovechaba su juventud; o sea, me gustaba tener amistades, salir a pasear; en el Colegio, participar en eventos de poesía, de danzas, me destacaba por participar en el área de Lengua castellana, en eventos de declamación; desde ese entonces, empecé a declamar para concursos, pero era más un pasatiempo, no como algo que, de verdad, me apasionara; yo quería ir a la Fuerza Aérea, pero, al final, por una cuestión de salud no pude alcanzar esa meta.

En una de esas andanzas juveniles, empezaron a llegar los vicios, como los del cigarrillo; fumaba demasiado, no había un solo día en que no fumara menos de una o dos cajetillas diarias; también, me gustaba beber licor en cada fiesta que se presentara, ya fuera en el barrio o en una reunión familiar, en bautizos, en matrimonios, etc.; me gustaba mucho bailar y conocer mujeres y eso, en mi juventud, me trajo quizá mala fama.

Me goce al máximo los años ochenta, me vestía de acuerdo a la moda, escuchaba mucho música anglosajona, como los Rolling Stones, Los Beatles, y también la salsa clásica, Héctor Lavoe, etc. Era una persona joven, pero que día a día me gozaba la vida, porque, ya de viejo, ya vienen las obligaciones; como se dice por ahí: “Todo tiempo pasado fue mejor”; igual, así es la vida.

Luego, ya vinieron los hijos; dejé de beber porque en un accidente casi pierdo un ojo: imagínese que estamos en una fiesta y hubo una pelea con un amigo por problemas de mujeres; ya sabe, el loco sacó un LP de la rocola y me lo lanzó directo a la cara, desvié mi cabeza y me pasó, afectando mi ojo izquierdo; por eso, ahora uso gafas y no miro del todo bien con este pobre ojo. Luego, dejé de fumar porque tuve un problema en el corazón que, de verdad, casi me cuesta la vida; tuve que estar hospitalizado en Cali por varios días, mi vida me estaba pasando cuenta de cobro.

En ese momento trabajaba como contador, en el antiguo Banco Central Hipotecario, de acá, de Pasto y, por cuestiones de salud, no me renovaron mi contrato y quedé prácticamente sin ningún sostén económico, al menos para ese tiempo y, como si hubiese adivinado lo que iba a suceder, estudiaba en las noches la carrera de Licenciatura en inglés-francés en la Universidad de Nariño.

Para ese entonces, yo era casado y me divorcié; tenía dos hijos en ese tiempo, ahora ya han venido tres más. Listo, ese es un breve resumen de cómo fue mi vida en mi juventud.

—Gracias, Beto, y cuénteme por qué su obra como declamador se conoce como Testimonio de América.

—Sí; al momento de ya ejercer la docencia por varios años y de superar la ansiedad de no volver a fumar y no tomar alcohol, aunque poco lo hacía, por cuestiones de salud, mi voz era lo que quizá llenaba tal ansiedad; yo soy amante de la poesía, como lo son varios de mis familiares, así que, desde ya muy joven, aprendía de memoria muchos poemas, como los de Aurelio Arturo, Pablo Neruda, Luis Felipe de la Rosa, Porfirio Barba Jacob, etc. En los noventas, empecé a participar en encuentros de poesía y declamación en varios Colegios de la ciudad; luego, saqué a la venta varios cassettes en que estaba grabada mi voz con los diferentes poemas, especialmente de autores nariñenses, y así surgió la idea de Testimonio de América, porque presto mi voz para que emergiera el pensamiento de nuestros antepasados, como lo hago en el poema de Agualongo, en el de Oh, mi general, la palabra de Aurelio Arturo, etc.; sirvo de testimonio a partir del eco de mi voz, para transportar a los oyentes, amantes de la poesía, de la historia pastusa, de sus antepasados “indios”, que despierten y se den cuenta de nuestro arraigo cultural, para que se sepa de dónde viene y surge la cultura de nuestra región. La declamación es una expresión artística, una técnica narrativa, un dominio de la palabra, para recrear, en un acto de pocos minutos, el legado de diferentes autores, nariñenses y latinoamericanos. —Beto hablaba con una cierta emoción, que se notaba hasta en su ojo izquierdo; hoy en día es considerado no uno, sino el mejor declamador de Nariño; era gratificante verlo en vivo sobre una tarima, declamando, con esa voz que lo identifica, acompañado de música de fondo; pocas personas tienen ese talento y valor para desgajar de su voz tan bellas palabras.

—Bueno, al final, mi voz fue mi sustento económico; vendía mis CD en casi todos los Colegios de Pasto y creo que hasta de Nariño entero, a profesores y estudiantes, también por el hecho de que, en las instituciones, ya se ha perdido esa práctica de declamar.

Ahora ya trabajo en Bogotá y siempre presto mi voz cuando hay encuentros literarios, es lo que más disfruto hacer; me considero un testimonio de América al viajar por distintas partes de Colombia prestando mi voz para recrear a todos nuestros antepasados latinoamericanos, guerreros, héroes y poetas de nuestra América. Declamar se convirtió, con el tiempo, en lo más apasionado que puedo hacer para salir de la cotidianidad.

Bueno, eso le cuento, porque, precisamente, estoy invitado a un encuentro literario y voy a recitar unas cuantas poesías y demás. Espero que le sirva lo poco que le he comentado; en fin, le conté que casi pierdo la vista, casi muero a causa de mi corazón, pero, gracias a Dios, mi voz aún sigue intacta. ¡Dios lo bendiga! —Fue algo especial que sirvieran de testimonio las palabras de Beto, alguien que salió adelante, sobrevivió a enfermedades, se gozó la vida en su juventud; ahora, es momento de marchar a casa y utilizar su narración para que sirva de testimonio para muchas más personas.

A RAS DE SUELO

Eran las cuatro de la tarde, el día se tornaba lluvioso y demasiado escalofriante; las calles molestas en todos los sentidos; la gente caminaba rápidamente, con la ansiedad de terminar nuevamente una ardua semana, con sus “aburridos” trabajos, un sinsabor había en cada rostro que observaba; al pasar por la iglesia de San Juan, conocida por ser la primera iglesia de la ciudad de Pasto, vi en sus alrededores a un llamativo señor, con una gorra, un bastón y un vaso entre las manos; ya lo había visto antes, pero esta vez me quedé observándolo minuciosamente; casi siempre lleva una chaqueta de grandes bolsillos color habano, un jean y un par de viejos zapatos; es ciego y siempre está en horas de la tarde afuera de la iglesia cantando; quizá no se da cuenta de que la torre, encima de su cabeza, está por sucumbir, o tal vez no lo sabe; ahí está siempre ese humilde señor, que no responde ni siquiera a su nombre o talvez, al momento de cantar, no le gusta que lo interrumpan; canta y canta sin cesar, para recibir limosnas de la gente; es de muy pocas palabras, pero canta con el alma tristes boleros, la mayoría canciones del famoso cantante ecuatoriano Julio Jaramillo.

En el momento en que me acerqué a él, con unas cuantas monedas, cantaba en voz muy grave:

Quiero comprarle a la vida
Cinco centavitos de felicidad...

La voz no era tan llamativa, pero producía un sentimiento de tristeza, además de que la lluvia engalanaba su canto; mucha gente pasaba y le daba unas monedas en el vaso que sostenía; la mano le temblaba al son de su voz; no agradecía, simplemente cantaba y cantaba; talvez quería parar, solo hasta que la lluvia terminara.

Decidí ir a hablarle; deposité unas monedas en el vaso que sostenía y le dije:

—Señor, disculpe, ¿cuál es su nombre? Él respondió:

Quiero tener yo mi dicha
pagando con sangre y con lágrimas.

Entendí que no quería hablar con nadie, solamente cantar y recibir sus monedas, sus centavitos y marcharse, a quién sabe dónde; el hecho es que es un personaje inusual, que siempre está cantando a orillas de la vieja iglesia, sin ver esa torre que está en mal estado y puede, en cualquier momento, caer encima suyo, pero no se da cuenta o no le da importancia; lo único que le interesa es que su voz se escuche entre el pasar de la gente, entre la lluvia, entre los días tediosos y así marcharse con su bastón a preparar su repertorio para el día siguiente.

Seguí mi camino, después de pasar por la vieja iglesia, esperé un taxi, porque la lluvia estaba incesante; luego de que varios pasaran rápidamente, un taxi, al fin, paró; me llamó la atención que el chofer era una persona ya mayor de edad o, al menos, su

aspecto físico lo denotaba; casualmente, este señor también escuchaba unos boleros, pero no de Julio Jaramillo, sino de Alci Acosta, un famoso cantante colombiano; en mi pensar, me decía: ¿qué pasa con este viernes, con la lluvia, con la gente o conmigo mismo, que todo huele a tristeza y soledad?

El chofer, luego de que acabara, la canción me preguntó:

—Joven, ¿a dónde se dirige?

—Voy hasta Anganoy, señor. —Solo movió la cabeza y no dijo nada más. Le pregunté qué hacía cuánto era taxista y me dijo:

—Voy ya como diez años transportando gente todos los días y fines de semana, todas las noches. —Él se fijó en mi curiosidad por saber de su vida como chofer y, como lo esperaba, empezó a narrar su historia.

—Jovencito, yo conduzco desde los ocho años de edad; yo manejaba la camioneta de mi padre, cuando vivía en el campo; todas las mañanas lo ayudaba a transportar las siembras, como la papa, la cebolla, el repollo, las cantinadas de leche, etc., y desde esa edad mi padre me enseñó a manejar; le voy a contar una experiencia que tuve por ahí en los años cuarenta; yo soy el mayor de nueve hermanos, todos vivíamos en Catambuco.

En ese tiempo, había todo eso de las peleas, las cosas políticas, entre conservadores y liberales; joven, ¡eso sí era cosa brava!; mi papá era godo, o sea conservador, pero era de esos indios, fíjese usted, como se dice, bien comidos, y él, ya tomado sus traguitos, empezó a gritar por las calles del pueblo: ¡Vivan los conservadores, abajo los rojos!, ¡Viva Laureano Gómez!, etc., etc., y, claro, como era de esperarse, fue saliendo una gallada de liberales, más o menos unos cinco o seis eran, todos armados con sus buenos palos y machetes, dispuestos, creo que, a matar a mi papá. Empezaron esos cinco y mi padre, como era bien fuerte, eso, de una trompada los mandaba a la porra; no me ha de creer usted, pero ¡qué trompadas que repartía!, pero, como era de suponerse, con esos machetes ya le daban por la espalda, pero, eso sí, no lo podían tumbar; ellos también echaban sangre de las narices; yo, en ese momento, me encontraba llegando a la casa con mi hermano menor y miramos, pues, que le estaban pegando a mi papá; teníamos un revólver con una sola bala; la hicimos estallar, para que espante a los liberales; imagínese, ¡unos guagüitas, apenas yo con doce años, mi hermano unos ocho años!; apenas escucharon el balazo, salieron corriendo; ahí aprovechamos y bajamos para subir a mi papá a la camioneta y, antes que se vinieran de nuevo los liberales, yo cogí esa camioneta y hágale monte abajo, para llevar hasta acá a Pasto a mi papá, que estaba sangrando mucho y, eso sí, de la adrenalina de saber que mi papá quizá ya se iba a morir, además de sentir esa sensación de que lo están persiguiendo a uno, ¡no sé cómo no nos estrellamos!, pero llegamos en máximo media hora al Hospital San Pedro, en Pasto y mi papá, ya de 90 años, aún me recuerda que yo, junto con mi hermano y siendo unas guagüitas, le salvamos la vida.

Por eso, siempre recuerdo y cuento esta historia a personas así como usted, joven, que se les ve las ganas de conversar, de escuchar a mayores como uno que, al mirar de la gente, parece que no significara nada, pero fíjese que todos tenemos, sea buena o mala historia, algo que contar, mi joven. —Justo, a un par de cuadras antes de llegar a mi destino, el señor taxista terminó su relato, como si supiera ya hasta dónde iba, calculó el tiempo para contarme esa historia; le agradecí mucho que hubiera conversado conmigo y me hubiera narrado esa anécdota, le pagué la carrera y le dije:

—Señor, que tenga buen día; espero que, de pronto, nos volviéramos a ver para conversar y conocer otras anécdotas de su vida.

—Claro, joven; con mucho gusto, que le vaya bien. —Al despedirme de este amable señor, caminé un poco y timbré a la puerta de una señora, que estaba buscando, pues ya era la hora precisa en que el cuerpo pide ansiosamente una tacita de café caliente, el frío ya me estremecía hasta los huesos y la noche ya se acercaba para cobijar esa melancólica y pesada tarde de viernes; doña Teresa, que así se llamaba la señora, abrió la puerta; cordialmente, como siempre lo ha sido, me invitó a pasar a su morada, me sirvió una exquisita taza de café, con una arepa y una empanada de añejo; hablamos, como era costumbre, de la familia de cada quien, de la salud, de los estudios, etc.

Doña Teresa es una señora de unos sesenta y cinco años, es una de esas señoras que es amable con todo el mundo; representa mucho a las madres pastusas, diría, aquellas que se rebuscan sus propias cosas para sustentar a su familia a como dé lugar; me recordaba a una de mis abuelas, que ya había fallecido unos cuantos años antes, razón por la cual suelo visitarla. Al terminar el café, ella me dijo:

—Bueno, usted vino a que le cuente una pequeña historia, ¿cierto que sí? Voy a ser breve, porque tengo que hacer una vueltica más tardecito; déjeme decirle que yo he vivido muchas, pero muchas cosas; le voy a contar que cuando era una niña vivía con mis papacitos en una hacienda; mis abuelos vinieron hasta Pasto provenientes del Tolima; recuerdo que no me faltaba la comida, vivíamos bien, a pesar de ser tantos; siempre tomaba vasados de leche y comía mucha cuajada, queso, frutas etc.; por eso, a pesar de los golpes que da la vida, nunca me he roto un hueso y me han salido pocas canas; nunca olvidaré esos tiempos. Luego, crecí, nos fuimos de la hacienda para Pasto; ahí, empecé mis estudios en las Franciscanas; solo terminé la primaria, porque era la mayor de mis hermanos y obligatoriamente tenía que ayudar en los quehaceres a mi madre, por órdenes de mi papá, pero así aprendí mucho, a preparar recetas y muchos platos exquisitos, como usted ya los ha probado, ya que trabajé desde un principio con mi mamá en hoteles reconocidos, como el Hotel Agualongo y, después, en el Hotel Don Saúl; además, hice un curso con las hermanas de la Visitación, de costura y tejido; también, participaba en decoración de eventos, como grados, matrimonios, etc., y de todo eso se aprende de la gente, de la vida; usted me entiende.

Así, ya tuve mis hijos, unos salieron flojitos pero, a pesar de que unitos no acabaron el estudio, aprendieron, así como yo, de la vida misma y se saben defender muy bien; eso le cuento; espero que le sirva y no le cuento más, porque no me gusta hablar mucho de

mi pasado; al menos, le pude contar algo a usted, porque ya me había pedido el favor; espero que vuelva y saludos a la familia. —Doña Teresa se despidió rápidamente, porque tenía que irse a visitar, según ella, a uno de sus hijos; quizá hablar de su pasado hizo que saliera un poco de su rutina y decidió hacer algo casual para tan tedioso y extraño día, como el de ese viernes.

Seguí, nuevamente, mi camino, un poco extrañado y decepcionado, porque esperaba que doña Teresa me hubiera contado una anécdota más detallada y amplia o una mejor historia, no solo sobre su vida pasada, como su niñez y sus hijos, pero, bueno, no quise interrumpirla y tampoco obligarla a que me hablara sobre otra de sus anécdotas.

Ya, en horas de la noche, caminé cerca de una hora por la vía Panamericana hacia el centro; así, llegué a la calle de los tríos, como se la conoce hoy en día, me tomé una que otra cerveza; de nuevo el clima me puso de mal humor y empezó una copiosa lluvia, lo que hizo que me escampara en una tienda y, entonces, cerca de mí, un señor, con una guitarra a su espalda y un cigarrillo en sus dedos, me pidió un fósforo; para suerte mía, no tenía ningún fósforo, pero en la tienda le ofrecieron un mechero. En esta situación, decidí preguntarle al señor el nombre; él me dijo, en seguida:

—Mi nombre es Jesús Achicanoy; mucho gusto; soy el requinto del grupo Armonía Tres; ¿de pronto, busca nuestros servicios?

—No, señor, gracias. Y usted, ¿hace cuánto que es músico?

—Joven, ya hace veinte años que soy músico y hace unos ocho años que transito por estas calles y, como puede ver, así nos ganamos la vida. —El músico me miró y pareció que adivinara lo que yo quería saber, por lo que decidió continuar, aunque, al parecer, lo tomó como si fuese una entrevista.

—Bueno, joven, le cuento que yo nací en el año de 1949, el día 9 de abril; soy el menor de cuatro hermanos; no siempre he sido músico, sino que, en mi tierra, la música, como el pasillo, el bolero, la música andina se lleva en la sangre. A los treinta años, ya me dediqué de lleno a la música, al oír ya a Julio Jaramillo, a Los Panchos, a infinidad de músicos, que mi padre escuchaba y tocaba en su vieja guitarra; él fue quien inspiró en mí el gusto por esta música y, luego, el legado pasó a mi hijo, quien también es parte del trío que formamos.

Bueno, en cuanto a la vida de un músico, ¿qué le puedo decir? Ya nos ve, aquí; nos pagan por animar las fiestas, por entristecer a la gente, al recordar sus viejos amores y así, también, entre cada noche y cada acorde de una guitarra, pasan y pasan los años del músico, pero, eso sí, con el trago o el guaro que nunca falta. Todo mundo dice que la vida de un músico es difícil y triste, pero déjeme decir, según lo que pienso, que todas las vidas de las personas, y más en un país marcado por la violencia desde hace ya muchos años, todas tienen una vida difícil; nosotros antes, al contrario, a partir de nuestro arte, le damos color a la vida, le damos alegría, como también tristeza; así nos

ganamos el sustento diario, cantando, tocando y rememorando la buena música, para todo el público en general.

Yo, en mi vida, he trabajado en muchas labores, en talleres de cerámica, carpintería, fui chofer de bus, pero la música es lo que más me ha llenado y alimentado el alma, es lo que me hace tener cada día ganas de vivir y seguir adelante. Cada noche que salimos, junto con todos los compañeros aquí presentes, es como un alivio de ya terminar entre todos el pesado día que se tuvo; sacamos cada quien su guitarra, empezamos a tocar y a esperar al cliente que desee pagar para llevar una serenata a su amor, a su desamor, a su madre, etc., un poco de nuestra música para ellos. —En ese momento, después de oír a don Jesús, quise darle las gracias por su narración; en mis manos tenía una botella de licor, a la que apenas le quedaban unas cuantas copas más, de la que habíamos tomado mientras pasaba el aguacero, entonces llegó un muchacho en una camioneta y contrató al grupo Armonía Tres para que fuera a dar una serenata en las afueras de la ciudad; don Jesús, amablemente, recibió la última copa de brandy, la bebió, se despidió y se marchó.

Después de esa charla con el señor Jesús Achicanoy, con el alcohol que ya se había apoderado un poco de los sentidos, cuando la conciencia empezaba a adormecerse, recorrí algunas de las calles mojadas por la lluvia, las lágrimas, las ilusiones rotas, caminé ya con la esperanza de encontrar la senda a casa pero, también, con ganas de encontrar alguna otra sorpresa.

El reloj marcaba las once y, en mi camino, me crucé con un bar conocido como de “La Chava”, un bar tradicional de la ciudad; dicen sus clientes que La Chava lleva ya más de cuarenta años atendiendo a su clientela; ahora lo administran los nietos de la señora a la que hace honor el nombre; al entrar, se oían boleros, tangos, salsa, en fin. Un lugar lleno de discos LP, con carátulas de clásicos músicos, fotografías del Pasto antiguo, todo se refería a algo clásico y bohemio; después de tomar unas cervezas más, en una de esas mesas vi que se encontraba un amigo, amante de la salsa, el cine y la literatura; después del respectivo saludo, le recordé alguna de las muchas historias que Jairo, así se llama, me ha contado desde que lo conocí, como la vez que fue a Canadá a estudiar un diplomado en cine y cortometraje; también, le recordé alguna de sus charlas sobre literatura, hasta le dije que había leído su novela, titulada La mojigata; le recordé sobre sus charlas sobre salsa, en las que hablaba de que, en la Fania All-Stars, no eran todas las estrellas, pues faltaban otros, por lo que él decía que era la Fania no All-Stars; una vez comenzada la charla, Jairo se largó a conversar y habló de multiplicidad de cantantes y, así, me di cuenta de que sabe de historia de la salsa al derecho y al revés, desde el más conocido hasta el menos conocido y, una vez enganchado en su plática, prosiguió:

—Como te digo, loco, pues yo te puedo hablar de muchas historias, ¿si me entendés?; te puedo contar que estuve en un concierto en Cali, de Henry Fiol, me colé en la fila, entré, me chumé, tenía una cámara, tomé fotos; mejor dicho, en fin; el man estaba ahí, en plena tarima, con su traje y sombrero negro, mientras los integrantes de la orquesta estaban todos de traje y sombrero blanco; esa noche bailé, hasta quedar con callos en los pies; fue una locura completa, en plenos años de gloria en Cali, los ochenta, ¿sí me

entendés?; todo eso era una locura total, ¡uff!, trago, drogas, mujeres, música, ¡qué buenos tiempos, viejo! —Esperaba esa historia de alguien como Jairo, aunque, de acuerdo a su tono de voz y comportamiento similar al que me encontraba, estaba con unos tragos de años, que llevaba encima; Jairo es un personaje de aquellos que son auténticos, por su manera de narrar, contar y enseñar.

—Te puedo contar sobre una farra inolvidable, en la que amanecí en el otro lado del charco; estaba en Cali, ya que viví por allá casi veinte años y, casualmente, llegué a parar a una finca de un narco, ¡uff!, ¿sí me entendés?, allá, en plena finca, con todos los juguetes a nuestra disposición; terminamos creo que de “mulas”, pero llegamos vivos y cuando retomé la razón en España, loco; recuerdo que estaba en Cali y, al otro día, no... ¿te imaginas? —Al preguntarle alguna cosa sobre cine, me dijo:

—Respecto al cine, te digo que mi director favorito es Yazujiro Ozu; cuando era joven, me hacía llamar Yazujairo, pero, bueno, de cine no quiero hablar ahora. —Cuando le pedí que me hablara algo sobre literatura, me sentí como si estuviera en una clase; atento, lo escuché y trataba de grabarlo en mi memoria; a pesar del estado en el que me encontraba, recuerdo perfectamente lo que Jairo decía:

—Viejo, para empezar, la literatura, el cine, todo es un arte; el ser humano es una mierda, destruye su naturaleza; nos destruimos entre nosotros mismos, así que el arte, la lectura y la escritura, a la que considero la mejor de las drogas para el ser humano, en que imaginas tantos mundos, miras tantas cosas, plasmas tu creatividad, tu imaginación, es algo bonito, es lo más hermoso que el hombre ha hecho. —Le hablé, ya un poco borracho, sobre literatura erótica y él me mencionó un resto de autores, entre los cuales recuerdo que se refirió a Marco Tulio Aguilera, con sus Cuentos para después de hacer el amor, sus Cuentos para antes de hacer el amor; también habló sobre el ruso Vladimir Propp y su Morfología del cuento, etc. Entonces, para cerrar sus palabras, Jairo me miró y terminó diciendo:

—Viejo..., mejor dicho, yo, por una charla de estas, ya cobro una platica. —Luego de dirigirme, con Jairo, a rematar la noche, con unos cuantos amigos y amigas más, decidí marchar a casa; ya eran las diez de la mañana del sábado, iba totalmente vacíos los bolsillos, pero con la mente llena de historias y nuevos aprendizajes; en tan solo un viernes, que se pintaba con una cierta melancolía, salí a la calle y, a ras de suelo, reuní varias nuevas historias, me emborraché de vida por un momento, conocí a algunas personas y terminé la noche escuchando salsa, mientras retumbaba en mi mente la idea de que, sin duda, “estamos hechos de historias”.